SALVADOR DE MADARIAGA

PRESENTE Y PORVENIR DE HISPANOAMERICA

Y OTROS ENSAYOS

EDITORIAL SUDAMERICANA

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

PRESENTE Y PORVENIR DE HISPANOAMÉRICA

Y OTROS ENSAYOS

SALVADOR DE MADARIAGA

PRESENTE Y PORVENIR DE HISPANOAMÉRICA

Y OTROS ENSAYOS

WITHDRAWN
UCR LIBRARY

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

PQ6623
A4P73

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1959, Editorial Sudamericana Sociedad Anónima, calle Alsina 500, Buenos Aires.

PRESENTE Y PORVENIR DE HISPANOAMÉRICA

I. LA FAMILIA HISPANA EN LA FAMILIA UNIVERSAL

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Cada época tiene su escala. La de Pericles da la ciudad-estado; la de Luis XIV da la nación-estado. Hoy vamos sin remisión al Continente-Estado. Comienzan a dibujarse sobre el planeta las nuevas cristalizaciones que se irán formando para alternar a escala con los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ya se ven los perfiles de una Comunidad Británica permanente, quizá más reducida pero más coherente que la actual. Ya se va dibujando una Agrupación Islámica que podrá comprender a las naciones desde Pakistán a Marruecos. Ya apuntan los indicios de una solidaridad africana y de una, o quizá dos federaciones asiáticas, la morena o aria y la amarilla.

En este mundo de una mañana que alborea, figura por ley natural una Federación Iberoamericana.

Figura por ley natural. A nadie se le ocurriría excluirla, a nadie, ni aun a los que a veces niegan su existencia. La unidad iberoamericana es un hecho de la naturaleza histórica, que se afirma de por sí, para bien o para mal. Trae el impulso de una tradición tres veces secular, en la que se hunden las raíces de su fuerza y de su debilidad, las razones de su satisfacción y las de su desengaño. En aquellos tres siglos alcanzan sus ciudades un esplendor sin rival; son Lima y Méjico no sólo centros de riqueza sino focos de cultura y de estilo; y en la historia del mundo, la fami-

lia hispana actúa con fuerza propia, como una de las protagonistas de la gran novela universal.

Hoy no sucede así. Hoy, la familia hispana, dispersa en sus dos docenas de soberanías, no representa apenas en la historia papel positivo y activo. Tan sólo ejerce una función pasiva, de objeto más que de sujeto de la Historia. Bien es verdad que así ocurrió antaño también durante la segunda mitad del siglo XVII; y que aun cabe decir que las raíces más hondas del mal actual se hallaban ya en germen en la época imperial, quizá desde el reinado de Felipe II, quizá desde el mismo 12 de octubre de 1492. Pero subsiste en perspectiva histórica el contraste entre la función activa de la familia hispana en el antiguo régimen y su función pasiva hoy.

El remedio está en la vigorización de la familia hispana como tal. Es evidente que si las dos docenas de naciones que la constituyen entran en la era del Continente-Estado en orden disperso, están condenadas a una esclavitud colonial si no a una extinción gradual como tales unidades con estilo propio. Ya hemos visto que constituyen una unidad natural. Si no logran verter esta unidad natural en un molde político y económico que les permita actuar en la Historia, van a la muerte.

Los obstáculos en esta vía son formidables. La naturaleza física se yergue ante ellas con barreras de las más imponentes que el planeta opone a la unión de los hombres. Las naciones de habla española del continente sur se sitúan en semicírculo sobre la periferia del inmenso Brasil, cuyos obstáculos internos le vedan actuar de foro central. Clima, fauna, flora, hacen de la gran república portuguesa de Sudamérica un elemento dispersador. Las circunstancias naturales y aun políticas de Panamá constituyen otro obstáculo

físico; que deja a Méjico y Guatemala, así como a las demás naciones del Istmo apartadas al norte del continente donde viven sus naciones hermanas. Comienza, no obstante, a actuar la aviación como factor de acercamiento, y no deja de tener su significación el hecho de que venga a ser Lima –la antigua capital virreinal– el nudo aéreo del Continente hispano.

Quizá más graves aun que los obstáculos físicos, los obstáculos morales que se oponen a la unión han de poner a prueba los espíritus rectores de la familia hispana. En primer lugar, el nacionalismo. No vayamos a condenarlo atropelladamente. Como conciencia de un ser colectivo con carácter y estilo propios, el nacionalismo tiene un lugar concreto y una función creadora que hay que respetar. Es además un brote natural de la cultura. Ábrase un mapa de América y se verá que donde pasó España salieron naciones; y sólo quedan colonias donde otras banderas ondean. Por algo será. Este algo, helo aquí: donde pasó España hubo universidades. Buenas o malas. Pero las hubo.

Si fuéramos ahora a condenar el nacionalismo de las naciones hispanas, condenaríamos esta fecunda labor de la cultura española en América. Pero aun afirmando lo que de positivo y creador tiene el nacionalismo hispanoamericano, cabe destacar lo que a veces tiene de negativo y retardatario al negar la unidad natural de la familia hispana.

Esta negación se da con frecuencia (aunque quizá menor que hace treinta años) y puede proceder de sectores muy distintos del pensar-sentir americano. En la Argentina y en Chile se encuentran gentes que miran de arriba abajo a los países más al Norte que llaman "las repúblicas de plátano". Hay también en América (como en Europa) quienes se niegan a reconocer la tendencia a la agrupación continental, y persisten en concebir la política internacional al

estilo de 1600-1900, como una intriga entre naciones. Dejaré para más adelante otro modo de negar la unidad hispana de América, para decir ahora que los modos hasta aquí descritos me parecen equivocados pero respetables. El que dice: "la unidad hispanoamericana no existe" comete, a mi ver, un error de hecho, pero no disparata. Cabe discutir con él. El que sí disparata es el que dice: "la unidad existe pero no tiene nada que ver con lo hispano".

Claro que los que tal postura adoptan tienen que empezar por cambiar de nomenclatura. ¿Cómo van a decir que la unidad hispanoamericana no tiene nada que ver con lo hispano? Pero no es cosa fácil cambiarle el nombre a algo natural. Tengamos aquí los apuros que pasaron Sancho y Don Quijote cuando había que dar algún nombre al rucio-caballo o al yelmo-bacín. Los tales negadores han dado en llamar a "eso" *Indoamérica*. Nunca tal hicieran. Los uruguayos y los argentinos alzan las cejas: "¿Indo? Y ¿qué es eso?" "Ah (he leído que les contesta con gracia sin igual Carrera Andrade), pues si no tienen indios, habrá que importarlos." Pero no queda aquí la cosa.

Porque si lo que los que pusieron en circulación "Indoamérica" se proponían eliminar lo hispano, se equivocaron de medio a medio. ¿Hay nada más hispano que llamar *indios* a los naturales de América? Y obsérvese que el error hispano es doble: dar un solo nombre a tantos pueblos distintos, y darles el nombre de un país oriental con el que nada tienen que ver. Ambos errores los lanza a la Historia el loco de Cristóbal Colón, y los sostiene España tres siglos con tesón digno de aquel verso famoso grabado en una espada:

Procure bien acertalla
el honrado y principal,
y si la acertare mal,
sostenella y no enmendalla.

De modo que llamar Indoamérica a Hispanoamérica es llamarla Hispanoamérica no ya por evidencia, por costumbre, sino por empeño en abrazarse con los ojos cerrados a dos errores españoles.

¿Qué habrá en "Hispanoamérica" que, con tal de evitarla, a tales contradicciones lleva? Prosigamos nuestra disquisición que quizá nos revele la clave de este misterio. Afirmemos ante las naciones no anglosajonas del continente excluyendo el caso singular de Haití... Ah, pero ya que de Haití se trata ¿quién no admiraría cómo las naciones rivales de España (es decir todas las grandes) se las han arreglado para inventar eso de América Latina so pretexto de que en Haití se habla francés? Entre "Indoamérica" y "América Latina", apañada se queda la pobre América Hispánica expulsada de su casa. Y ¿qué tendrá que ver Haití con Cicerón? "Nous-autres, Latins", decía un día en Ginebra un delegado de Haití, por cierto excelente orador e inteligente diplomático, aunque del color de la antracita. Sigue el mundo antihispánico intentando borrar de la Historia los tres siglos que España imprime su sello indeleble en el Continente americano. Y sigue contando con el apoyo consciente o inconsciente de tantos y tantos hispanoamericanos rezagados en una visión histórica de las guerras de separación o separatismo que llevaron a San Martín al destierro y a Bolívar a la muerte.

Algo tendrá el agua cuando la bendicen. Algo tendrá "Hispanoamérica" cuando la reniegan. Pero comencemos por afirmar que o no hay unidad hispanoamericana o si la hay radica en lo hispano. Esta afirmación es una perogrullada. Los "indios" no tienen nada de común; ni lengua, ni tradición, ni tipo físico, ni costumbres, ni folklore, ni absolu-

tamente nada. Los negros tampoco. Si de Argentina a Méjico y de Chile a Guatemala hay unidad, esta unidad es hispánica. Si no se admite lo hispano, no hay unidad.

Atenuemos ahora lo que de absoluto puede tener este aserto apuntando que cabe estimar en su debido valor otras dos tendencias unitarias: la continental o panamericana y la india o indigenista. Pues bien, parece que cabe afirmar que uno de los obstáculos morales más serios a la realización de la unidad hispanoamericana es precisamente la impureza de las tres tendencias unitarias: la hispana, la panamericana y la indigenista.

La tendencia unitaria hispana, que es la fundamental, padece la enfermedad más grave de todas. Se llama cursilería; y su síntoma más aparatoso es que suele llamarse la *hispanidad*. Este síntoma se manifiesta sobre todo entre gentes de derecha, tanto de España como de Hispanoamérica; y consiste en una querencia hacia el Antiguo Régimen. Cuidado. No hay que condenar el Antiguo Régimen demasiado a la ligera. Quédese para otro lugar el justipreciarlo. Pero, en fin, aunque hubiera sido perfecto, le pasaría lo que a la yegua de Roldán, que era perfecta pero estaba muerta. Estos tales de la Hispanidad aspirarían a una Hispanoamérica católica a machamartillo, aristocrática y engolada. Se les llena la boca cuando hablan de tradición; pero es dudoso que tengan ni idea de lo que es tradición.

Porque para ellos la tradición es como un muro de piedra que se ha quedado atrás y al que hay que volver, retrocediendo; siendo así que, como la misma palabra lo declara, la tradición es el impulso que el río humano que llamamos pueblo o nación, recibe del pasado y transmite al porvenir; de modo que, de igual modo que mirando a monte se ve venir el río monte abajo hacia nosotros y mirando a valle

se le ve seguir valle abajo alejándose de nosotros, y el impulso es el mismo, así en un pueblo, mirando el pasado sentimos el impulso que llamamos la tradición; y mirando hacia el porvenir sentimos el impulso que llamamos progreso; pero el impulso es el mismo. Lo que no ven pues los de la Hispanidad es que tradición y progreso son uno y lo mismo. Quieren que España y toda Hispanoamérica vuelvan a los Reyes Católicos; y no se dan cuenta de que los Reyes Católicos a fuer de tradicionales, fueron unos reyes progresistas que cambiaron radicalmente la vida de España. Tanto que si un régimen contemporáneo español hiciera con los magnates económicos y militares de hoy lo que los Reyes Católicos hicieron con los magnates feudales de su tiempo, se consideraría como archirrevolucionario.

¿Qué de extraño que invitados a una hispanidad de cartón piedra los hispanoamericanos contesten: "Antes América Latina o Indoamérica que eso"?

En esta actitud de retroceso frente y contra la falsa hispanidad, los hispanoamericanos se encuentran con otra de las tres tendencias unitarias del Continente; la llamada panamericana. Esta tendencia no es continental. Es norteamericana, en su iniciativa. Aspira a establecer una solidaridad entre las dos Américas en condiciones psicológicas muy peculiares. Las raíces de esta solidaridad serían dos, una geográfica, histórica la otra.

En cuanto a la geografía, el Continente no se ha prestado de muy buena gana a este juego hasta una época reciente. Ya lo hemos visto al tratar de la unión del Sur. Pero con el advenimiento de la aviación, cambian las formas, y comienzan a dibujarse grandes líneas de solidaridad física. Con la solidaridad física de las comunicaciones, va

progresando una asociación o "comercio" humano que no deja de tener su interés.

La otra raíz de la solidaridad que invoca el panamericanismo es de índole histórica, y alude a un episodio común en la historia de ambas Américas: la emancipación de sus seres nacionales y su separación de las madres patrias respectivas, Inglaterra y España. Todas las naciones americanas nacen de un transplante, y esta circunstancia continuaría a crear entre ellas cierto "compañerismo histórico" de ex colonias. Esta asimilación no parece muy fundada. Es posible que se apoye en un falso paralelo entre las *colonias* norteamericanas y los *reinos* hispanos. Siempre me ha parecido falso el epíteto "colonial" aplicado a los países hispanos, aunque exacto en el caso de los ánglicos. Lima y Méjico fueron capitales como no lo fue ¿qué ciudad de Norteamérica? Ni siquiera existió una con que compararlas. Pero, con todo, cabe concebir un como compañerismo ex colonial que da color de existencia al panamericanismo.

Pero el panamericanismo no es simétrico. El desnivel entre una república y todas las demás lo hace irremediablemente impuro. Aunque los norteamericanos quisieran, no podrían impedir que la presión de su prepotencia haga del panamericanismo una tendencia de efectos unilaterales, donde, como dice el refrán de los jugadores españoles, *de enero a enero el dinero es del banquero*. La tendencia no aúna, más bien divide, precisamente por el efecto inevitable de la presión del poder. De modo que se van produciendo infiltraciones culturales, económicas y políticas, todas en sentido norte-sur, y apenas si alguna favorable a una unión real y sincera de las naciones del continente.

El examen objetivo del panamericanismo se ve así forzado a concluir que, pese a los grandes servicios que de cuando en cuando presta a tal o cual país de Hispanoamérica, su

efecto es a lo largo *panamericano* en un sentido análogo al que antaño tenía el pangermanismo, es decir, de expansión de la influencia de los Estados Unidos. Así se echa de ver en ciertas formas superficiales (aunque significativas) de esta influencia, como el esnobismo de los nombres y vocablos ingleses, la penetración del desdichado sistema (?) de medidas anglosajón, con sus millas y galones y pies, la sustitución del whisky por el jerez y otros signos de imitación sobre lo que habrá que volver. Pero subsiste la conclusión esencial: que si los países hispanos han de subsistir como tales y no llegar a degenerar en cosa híbrida, ni ánglica ni hispánica, a lo New Mexico, tendrán que transfigurar el panamericanismo constituyendo al sur una fuerza federada de dimensiones suficientes para tratar de tú al norte, quitándole así al panamericanismo su índole unilateral.

Es pues evidente que por el camino panamericano no se va a la unión tan necesaria, que, en la *naturaleza histórica*, tiene que excluir a los Estados Unidos y al Canadá. La familia iberoamericana tiene que defender su ser del peligro de absorción en un ser distinto y tan potente, para ir a la federación.

Impura también, la tercera tendencia a la unión, el indigenismo, es hoy más bien obstáculo que estímulo a la unión iberoamericana. La impureza del indigenismo le viene de sus raíces. No es un movimiento indio, sino mestizo. Como tal, adolece de cierto resentimiento que se explica (aunque no se justifique) por la historia. La conquista y la organización de los reinos de Ultramar son hechos humanos con el debe y haber que los hechos humanos comportan. El indigenismo no es siempre capaz de registrarlos con la im-

parcialidad que conviene a la historia y a la filosofía. Los vive y los padece, los clama y los llora. Mal camino es ese para la unión. Porque, no lo olvidemos, que el indigenismo se vuelva contra España, es triste; pero lo grave es que, en la realidad de las cosas, se vuelve contra la unión de unos con otros en el Continente iberoamericano; contra los blancos en los países mixtos, y contra la unión entre estos países y los países blancos. Mucho habrá que depurarse el indigenismo para servir a la unión; y aun depurado, no se ve cómo puede servir de base para una unión que por fuerza ha de abarcar a pueblos hispanos sin indígenas. La misma expresión "Indoamérica" excluye a países como los del Plata.

Volvemos a la afirmación ya hecha antes. La única base de unión en la familia iberoamericana es lo ibérico; y en la familia hispanoamericana lo español. Procede pues ahora definir qué sea lo español una vez desbrozada la idea de toda la hojarasca y faramalla de la hispanidad.

2. LO HISPANO

Si admitimos como punto de partida un hecho en sí evidente: que o no existe la familia hispanoamericana o que si existe en unidad no puede proceder más que de lo hispano, cobra singular importancia para América entera la definición y comprensión de lo hispano.

Ahora bien, parece como si contra lo hispano se hubieran coligado las fuerzas más formidables y heterogéneas que jamás la historia vio converger en cualquier dirección. El cuadro de la hispanofobia universal está todavía por hacer. Todo eso de "la leyenda negra" no es sino tortas y pan pin-

tado al lado de lo que se podría reunir sobre el tema. Vayan por delante tan sólo breves apuntes, que sirvan para esbozar las grandes líneas de la conspiración antihispánica.

Primer indicio interesante: la desfiguración o extranjerización de los nombres españoles. Cuando me hallaba yo estudiando a Cristóbal Colón para escribir su *Vida,* me di cuenta de que en el catálogo de la Biblioteca del Museo Británico, para dar con lo referente a Colón había que ir a Colombo. Cuidado que Colón puso especial hincapié en que lo llamaran a la española: que en último término vivió y murió español; que hay varios papeles suyos firmados Colombo, Colomo y Colón, pero que su último y definitivo nombre, y también (nos lo dice su hijo) su nombre original, era Colón. Pues no. Ha de ser Colombo, porque (me explicaron en el Museo Británico) hay que atenerse a su patria de origen. (Nótese para luego.)

Tan absurda es la postura que el Catálogo del Museo Británico tiene que registrar bajo Colombo a los dos hijos del Almirante, Diego y Fernando, que jamás usaron la forma italiana ni se llamaron otra cosa que Colón. Y no queda aquí el absurdo; sino que, como sigue habiendo libros que registrar sobre Colones de generaciones sucesivas, ya el Museo Británico no se atreve a seguir en sus trece y se apea del burro. A partir de la tercera generación registra bajo Colón. Nótese que en inglés a Colón le llaman Columbus; y que, en rigor, podrían haberlo registrado en el catálogo bajo Columbus, lo que no habría implicado rechazo del nombre español; pero no, se registra bajo el nombre italiano. Y ¿no era lógico romper con Colombo precisamente con el Descubridor, al pasar la familia de Italia a España, cuando su nombre cambia deliberadamente y en circunstancias obvias, en vez de aguardar dos generaciones y cambiarlo sin ton ni son con los hijos de Diego? ¿Qué hay pues en tan insensata

conducta? Pues esto: que no figure un nombre español en la historia universal.

¿No habíamos dicho que hay que atenerse al nombre del país de origen? Eso nos contestaron para explicar Colombo en vez de Colón. Pues ¿qué pasa con Borgia? País de origen, España. Nombre español, Borja. ¿Cómo se les llama y cataloga por doquier? Borgia, a la italiana. De modo que, cuando el país de origen es España, se va al país de adopción.

Tercer caso: Espinosa. El judío español que se firmaba Despinosa o Espinosa es universalmente conocido por "el judío holandés (de origen *portugués*) Spinoza", catalogado en la S. Aquí, como iba en favor de España, no se aplicó la regla del país de origen. Cuarto caso: Domenico Scarlatti. Lo mejor y más granado de su producción, lo hizo en España; y es española de inspiración, quizá más española que la que escribían entonces sus contemporáneos nacidos en España. Domenico Scarlatti firmaba en su apogeo Domingo Escarlate, pero aquí, como iba en contra de España, se aplicó la regla del país de origen.

La conspiración es evidente. Claro que tácita, más que tácita, subconsciente. Ya veremos cómo y por qué. Pero sus efectos son evidentes, e idénticos en su causa: un antihispanismo universal. Otros síntomas lo confirman. He aquí uno pintoresco. La ópera de Beethoven, *Fidelio*, está basada en un episodio que ocurrió en Francia durante la Revolución Francesa. Pero, como se trataba de cárcel y de tiranía, pues hala, a España con ello, y el libreto lo presenta en nuestro país. Y qué decir del *Don Carlos* de Schiller y aun peor de la ópera, con su grotesca caricatura de Felipe II vestido de encarnado y poco menos que desayunando con hereje asado. Eso en la ópera. ¿Qué será en la historia o lo que por tal se cuenta? La malevolencia persiste, y aun en época reciente en un libro escrito no sin cierta penetración por un perio-

dista inglés, se intenta representar a España como la enemiga permanente del Occidente, tomando, claro es, por Occidente, el ambiente positivo y progresivo, la vanguardia, digamos, de la evolución humana.

Sería vano intento en este breve espacio querer abarcar las formas y movimientos de tan persistente malevolencia para con un pueblo. Sólo cabe comentar algunos de sus aspectos.

En primer lugar, conste que antes de fines del siglo XV no se ve por ninguna parte ni rastro de tal "enemistad" entre España y Europa, que entonces lo que hoy llamamos "Occidente" estaba hundido en la ignorancia y la pobreza, y que España fue precisamente el puente y la escuela donde aprendió la filosofía, la matemática y los baños. Todo iba entonces en la harmonía más perfecta; caballeros transpirenaicos de todas tierras venían a luchar en la cruzada española contra el Islam, y sabios de toda Europa estudiaban y traducían en Toledo; mientras que tanto los hombres de armas como los de ciencia de nuestra España servían en sus respectivas profesiones por toda Europa también. A nadie se le había ocurrido entonces esa paparrucha de "la enemiga del Oeste" para descoyuntar a España de un organismo europeo que tanto le debía.

¿Cuándo empiezan a cambiar las cosas? La respuesta es sencilla: con el descubrimiento de América. Aquello fue el premio gordo de la mayor lotería que jamás conoció la historia; y lo ganó España. Y ya se sabe lo que le pasa al que gana el premio gordo: la envidia de los demás le amarga la existencia. Al pasar de los años, al sobrevenir las increíbles y esplendorosas conquistas, los países europeos ya formados, Francia e Inglaterra sobre todo, se disponen a aprovecharse por fas o por nefas de la buena fortuna de España.

Comienza entonces para España una época en la que tiene que asumir *velis nolis* el papel de enemigo obligado de los dos países occidentales; y como había que justificar esta enemistad, comienza la leyenda negra.

Ni qué decir tiene que los españoles la alimentan con sus hechos y aun con las fechorías de algunos de ellos. Pero aquí no se trata de aseverar que los españoles eran santos ni siquiera mejores que otros. Eran de su tiempo. En general, como los demás europeos; en algunas cosas, mejores; en otras peores. Todo esto es de Pero Grullo. Lo que hay que destacar es que entonces empieza la falsificación de la historia que aún dura y que le permite a un Arnold Toynbee hablar del día aciago en que los españoles conquistaron a Méjico sin que estallen de risa hasta las piedras de Teotihuacán.

Como si no bastara este motivo tan poderoso de animosidad, la musa de la Historia se encapricha en añadir otros a cual más ponzoñosos. Primero, la Inquisición y la expulsión de los judíos. España se priva de miles de gentes activas e inteligentes para regalárselas a sus adversarios; y no así en estado neutro y pasivo, sino con el alma enconada por tener que abandonar sus hogares seculares. Esta emigración de españoles privados violentamente de su españolidad va a dar a los adversarios de España amén de una riqueza técnica de que nuestro país estaba (y sigue) harto necesitado, un plantel de propagandistas del antihispanismo que ha trabajado sin cesar durante tres siglos contra el Imperio Español.

A los pocos años, el rey Carlos I de España sale elegido emperador de Alemania. Entre los muchos sarcasmos que le debemos a Clío, los españoles, pocos habrá tan crueles como el de haber ganado Carlos esta elección sobornando a sus electores con oro del Nuevo Mundo. Porque esta unión per-

sonal con Alemania fue el tercer desastre de España. El primero había sido el descubrimiento de América, que desvió nuestra expansión de su terreno histórico natural, el África del Norte, desde Marruecos hasta Tierra Santa; el segundo fue la expulsión de los judíos, que nos privó de un plantel valiosísimo de españoles; el tercero fue la unión personal con Alemania que nos enzarzó en las guerras de religión. El cuarto fue la decisión fatal de Carlos V de dejarle los Países Bajos a Felipe II en vez de a su hermano Fernando. Esta decisión aseguró la existencia de Bélgica y de Holanda como países distintos de Francia y de Alemania, pero, con esa mala suerte histórica que caracteriza a España, la aseguró en condiciones tales que no nos lo agradecen los dos países que nos deben su independencia. Antes al contrario, la enemistad pertinaz de los Países Bajos fue otro de los afluyentes importantes de la poderosa corriente de opinión que a través de los siglos se forma y crece contra España.

Finalmente viene a engrosar y renovar esta corriente el enjambre de las guerras de emancipación de los reinos españoles de Ultramar. Esta emancipación era la culminación natural de una evolución histórica lograda; era quizá la vindicación y la justificación más honrosa para España de su etapa imperial, ya que los únicos países coloniales que quedan en el Nuevo Mundo no son españoles.

De haber madurado la evolución nacional de los reinos americanos bajo un monarca civilizado como cualquiera de los cuatro Borbones del siglo XVIII, las cosas se habrían roto también porque la época no permitía todavía concepciones análogas a la federación (como lo prueba la ruptura entre Inglaterra y las trece colonias), pero en un ambiente menos brutal. Por desgracia, ocupaba el trono español el monarca más vil que ha tenido España, y el más indigno de dirigir

sus destinos hasta que vino a hacerlo bueno el rey de la francachela. Esta circunstancia fortuita vino a reforzar otra más natural. Era, en efecto, psicológicamente inevitable que las guerras de emancipación manejasen tópicos antiespañoles que se perpetuasen después en leyendas nacionales sin otro sustento que aquellas guerras. Por este camino, surge pues otro poderoso elemento vital que alimenta el antiespañolismo.

Y no termina aquí la historia. Porque el mito del Eldorado, que antaño atrajo no sólo a los conquistadores españoles sino a los piratas europeos, renace hoy en los capitalistas de ambos continentes. En los Estados Unidos de América (de toda América, ¿eh?) se considera instintivamente todo el continente como *Terra nostra* con la misma naturalidad con que los romanos veían a todo el Mediterráneo como *Mare nostrum*. Y Norteamérica sabe muy bien que no hay más que un elemento fuerte en todo el sur, capaz de resistir a la absorción del Norte: lo español. Continúa pues en toda suerte de formas, unas burdas y otras sutiles, el antiespañolismo histórico.

Era menester decir todo esto claro para eliminar las monsergas de "España enemiga del Occidente", y abordar sin prejuicios lo que de verdad es lo español. Pero recordemos nuestro proverbio: "¿Ladran? Es que cabalgamos."

3. LO ESPAÑOL

El español es un europeo. No vengamos a perder el tiempo dando beligerancia a los tontilocos que todavía van por ahí repitiendo eso de "África empieza en los Pirineos" y otras lindezas producto de la envidia retrasada, el miedo retrospectivo, y la arrogancia o la ignorancia. Lo español es uno

de los componentes más importantes de lo europeo. Para comprender lo español hay pues que intentar un esbozo de lo europeo.

Para mí, lo esencial de Europa, aquello que la distingue entre los demás continentes, es el predominio de las facultades individuales del espíritu, que son la inteligencia y la voluntad. Ya en otro lugar *(Bosquejo de Europa)* he expuesto más ampliamente este tema, que sólo puedo esbozar aquí. Hay facultades del espíritu que podríamos llamar superiores; la intuición por ejemplo; otras, que podríamos llamar inferiores, por ejemplo, el instinto. En estas facultades superiores e inferiores no se distingue el europeo de un modo especial. Son facultades colectivas, no individuadas. Pero donde el europeo sobresale, es precisamente en las facultades medias, que son las individuadas; la inteligencia y la voluntad.

Distinguen además al europeo otras dos características a este respecto. Una es la íntima relación entre la inteligencia y la voluntad, que hace en el europeo la voluntad inteligente y la inteligencia activa. El saber del europeo no es contemplativo y desinteresado, sino adquisitivo y emprendedor. Su voluntad no es mero impulso de acción ciega o poco enterada, sino movimiento activo muy consciente del terreno que aspira a invadir. La otra característica de la voluntad-inteligencia del europeo es el equilibrio entre ambas facultades. En el indio oriental adivinamos una ventaja de la inteligencia sobre la voluntad; en el norteamericano, una ventaja de la voluntad sobre la inteligencia. En el europeo, las dos facultades como que se equilibran en perfecta harmonía.

Toda la vida europea cobra su ritmo de estos rasgos fundamentales de su carácter. Primero, el individualismo. Ya hemos visto que las facultades en que sobresale el europeo son precisamente las más individuadas. El individualismo

será, pues, una modalidad típicamente europea, casi pudiera decirse un invento de Europa.

Este individualismo explica las dos corrientes dominantes del espíritu europeo; la socrática y la cristiana. Ambas constituyen seculares actitudes defensivas de las dos facultades europeas por excelencia: el socratismo escuda la inteligencia; el cristianismo la voluntad. El socratismo defiende la libertad de pensamiento de cada cual; el cristianismo garantiza la integridad de la persona humana. El primero tiene como ideal la verdad; el segundo, la caridad.

Este espíritu individualista del europeo engendra a su vez el sentido de la calidad. Todo lo que es vital es cualitativo. Lo cuantitativo es mineral. La individuación da de sí la calidad, que es una síntesis de diferencias de cantidad, pero con una gracia *sui generis*, que rehuye toda medición. Así pues todo lo que sea meramente cuantitativo es contrario al espíritu de Europa.

Pero ¿para qué la calidad? Y aquí topamos con otro de los rasgos europeos (aunque no exclusivo) que es indispensable para completar su retrato; el sentido del valor supremo de lo inútil. La economía, que tiende a invadirlo todo en nuestros días, nubla y obstruye a veces este rasgo, no obstante esencial, de Europa. Hemos visto que la inteligencia europea no era desinteresada, como la de los asiáticos; y que su voluntad se aliaba a la inteligencia para apoderarse del mundo. Pero más allá de esta etapa utilitaria de su actividad, el europeo aspira al goce del ocio y de la vida en sí tal como es en el momento en que es; o dicho de otro modo, el europeo comprende instintivamente que toda cadena de actos útiles, en la que la utilidad de uno solo se explica por la del que le sigue, pierde sentido si no se corona con un momento de alta y bella inutilidad de donde cuelga toda la cadena de lo útil.

Finalmente, observemos en el europeo un ritmo ternario profundo debido al juego natural de la voluntad y de la inteligencia. Ante un objeto del mundo exterior, avanza primero la voluntad para apoderarse de él; acude luego la inteligencia para imponer orden; y la operación termina en una síntesis de ambas facultades. Este ritmo se observa en todas las actividades europeas. Bien claro se echa de ver por ejemplo en la ciencia, donde se produce primero el análisis o colección de hechos; luego la hipótesis o su ordenación; finalmente la síntesis, para harmonizar los hechos con la hipótesis más o menos retocada para satisfacerlos en su integridad.

Lo español es fiel ejemplo de lo europeo en todo lo que antecede, claro que con sus matices especiales, como cualquier otro europeo los presenta. Ya me doy cuenta de que los poco observadores admitirán más fácilmente la voluntad que la inteligencia del español. Error profundo, aunque explicable, como luego se verá. El español es uno de los pueblos más inteligentes de Europa; y aun diré uno de los pueblos en cuyo seno se halla mejor repartida la inteligencia. Esto es así hasta el punto de que de ello procede precisamente uno de los obstáculos más graves para la vida política de España: la indisciplina social, consecuencia de una diferenciación insuficiente entre los dirigentes y los dirigidos.

Entramos ya aquí en el terreno de los matices que distingue lo español dentro de lo europeo. Hay en toda voluntad humana dos componentes: una, que podríamos llamar "horizontal", actúa en las relaciones con otros hombres y con las instituciones, y entreteje las acciones colectivas; otra, que podríamos llamar "vertical", que aspira al zenit de la vida propia, universal y divina, y por su misma orientación tiende a rehuir lo colectivo y erguirse sobre lo permanente

individual. El matiz de lo español en lo europeo consiste en que la relación entre estas dos componentes da una ventaja considerable a la vertical sobre la horizontal. Casi todas las singularidades de lo español pueden deducirse de esta observación inicial.

Así por ejemplo, el español es quizá el más inutilitario de los europeos, el que instintivamente se da mejor cuenta de que el fin de la vida es la vida misma. Este es el fondo intuitivo que nutre la típica expresión española ante el buscavidas en perpetua actividad: "Y todo eso para llegar a muerto."

Por su alta verticalidad, es también el español tan religioso entre los europeos. No necesariamente de tal o cual religión, ni aun de religión alguna; sino religioso intrínseco. De las dos componentes a que antes aludí, en efecto, la vertical es la religiosa, la horizontal es la moral; la primera une al hombre con Dios, y la segunda con los demás hombres. Quizá sea esta la causa de la afición de los españoles al catolicismo; que en la práctica y los hechos sino en la teología y los libros, es la más religiosa o vertical y la menos moral u horizontal de las formas cristianas.

La misma causa explica el sentido universal del español. Parece a primera vista que para llegar a lo universal fuera vía más natural y directa lo que antes llamé la componente horizontal. Por aquí se va a lo municipal, lo político, lo nacional y finalmente lo universal. Pero la lógica abstracta no coincide aquí con la lógica vital. En este camino que atraviesa círculos concéntricos se erizan barreras a cual más formidables: la nacional, la racial. Aquí del tiro por elevación que practican los artilleros. La componente vertical lleva al hombre, a todos los hombres, alzándose hacia Dios, donde todos se encuentran. En sus relaciones humanas, es el español el más universal de los europeos.

Ya comenzamos a vislumbrar alguna de las causas de ese descuido de la ciencia que también matiza lo español dentro de lo europeo. A él se debe el que no pocos malos observadores hayan llegado a menospreciar nuestra inteligencia. La ciencia, en particular la ciencia técnica, está situada en la trayectoria de la componente horizontal. Es una forma muy europea de la actividad, y de aquí también procede algo de lo que se quiere decir con eso de "África empieza en los Pirineos", sobre todo si se aborda el tema con deseo de exagerar. Que al fin y a la postre, aunque descuido y desvío hay, no es la negligencia total ni tampoco puede hablarse de incapacidad científica.

La técnica es dominio sobre la materia. Requiere paciencia y objetividad, virtudes algo escasas entre españoles, por ser ellas horizontales y verticales ellos. Recordemos aquella discusión entre Unamuno, verticalista si los hubo entre nosotros, españolísimo como buen vasco, y Ortega, madrileño, horizontalista en su intelecto aunque vertical en su corazón. Al lamento de Ortega sobre la pobreza técnica de España, ¿qué respondía Unamuno? "Que inventen ellos"; y se zafaba del repoche de pereza haciendo valer a San Juan de la Cruz, la alondra de vuelo más vertical en nuestro aire místico.

Este descuido de la ciencia, sobre todo en su aspecto técnico, se nos ha reprochado por otros europeos. Bastaría, en efecto, con definir a Europa específicamente como el continente de la ciencia para echar del continente a los españoles sin excesiva, aunque con alguna, injusticia. No falta quien lo haya hecho explícita o implícitamente. Ya se ha dicho más de una vez que lo que los españoles llevaron a América no fue su civilización, sino la de los europeos, es decir, las técnicas que ellos habían importado primero a España a través de los Pirineos. Conviene detenerse un

momento ante esta argumentación para sacar a luz los dos errores en que se apoya.

El primero es un error de hecho. Bien que la ciencia nuclear, el avión y la ciencia eléctrica deban poco a los españoles. Apenas si podríamos citar a La Cierva, en la aviación, como uno de esos genios aislados y singulares del tipo Ramón y Cajal, de quienes vale argüir en contra que una golondrina no hace el verano. Pero el descubrimiento y la conquista de América se hicieron con técnica española y con espíritu hondamente europeo en cuanto a su ansia de saber. Los navegantes y pilotos del siglo XVI se lanzaron al descubrimiento de mares y costas; los tratados de navegación de los españoles, *El arte de navegar*, de Pedro de Medina, el *Breve compendio*, de Martín Cortés y otros, sirvieron de texto en toda Europa durante siglos. Dicho sea de pasada, es hora de hacer justicia a un autor norteamericano, gran conocedor de las cosas de España en América, el profesor Haring, de la Universidad de Harvard, que de esto ha escrito muy bien. Las grandes rutas marinas, los españoles las descubrieron. La circumnavegación, ¿quién la hizo antes que nadie? ¿Quién se acercó jamás a los países nuevos con más curiosidad humana y científica que los españoles? Cortés no pasa por los volcanes sin mandar a Ordás que los vaya a investigar. Los libros inteligentes sobre el país, sus habitantes, fauna y flora, lenguajes y costumbres, se suceden sin cesar. La Corona organiza cuestionarios de información que asombran al sociólogo moderno por su amplia curiosidad. ¿Qué se quería de España? ¿Que en el siglo XVI hablase ya de los isótopos?

No. No se quería nada. Pura ignorancia, con su mezcla usual de arrogancia. En su famoso *Outline of History* (¿se lee todavía?) H. G. Wells dice: "Es un infortunio para la ciencia que los primeros europeos que llegaron a América

fueran esos españoles tan escasos de curiosidad, sin pasión científica, sedientos de oro, y llenos de la ciega beatería de una reciente guerra de religión. Hicieron pocas observaciones inteligentes sobre los métodos e ideas indígenas de estos pueblos primordiales. Los exterminaron y bautizaron; pero tomaron muy poca nota de las costumbres y de los motivos que cambiaban ante su ataque." El pobre Wells era un ignorante, incapaz de expresarse en otra lengua que la suya. No había ni oído hablar de Sahagún, de Sarmiento de Gamboa, de Durán, de Monardes; y si alguien le hubiera mencionado a Torquemada, el autor de la *Monarquía indiana*, se habría aterrado pensando en el Gran Inquisidor.

Conste pues que en la llamada leyenda negra hay quizá más ignorancia que malevolencia. Y por aquí entramos en el segundo error de la tendencia a definir Europa como el continente de la ciencia. La definición peca de estrecha. Excluye al cristianismo y reduce el socratismo a la mera técnica. Vaya como ilustración un contraste elocuente. Doscientos años después de que un Sahagún o un Sarmiento de Gamboa estudiasen con inteligencia técnica digna de cualquier moderno las costumbres de los indios, Sir Jeffrey Amherst, general en jefe de las fuerzas inglesas en las colonias americanas de Inglaterra, le escribía a su subordinado el coronel Bouquet desde Fort Pitt (1763): "Hará usted bien en intentar contaminar a los indios (quiere decir con viruela) por medio de mantas así como en probar cualquier otro método que sirva para exterminar a esa raza execrable." Y el nada indigenista general añade: "Celebraría que el plan que usted tiene de cazarlos con perros dé buen resultado." Esto no deja de tener su intríngulis. El coronel contesta a su jefe: "Procuraré contaminar a los... (por lo visto no se atreve a ser tan franco como su jefe) con unas mantas que vayan a dar a sus manos; me gustaría aplicar la manera

española de cazarlos con perros." Resalta aquí la confusión entre el sistema y la excepción, la ley y el crimen. Y también entre la técnica (Sócrates) y la humanidad (Cristo).

Y esto nos lleva de la mano a considerar el aspecto socrático-cristiano de los españoles. Ha habido épocas y casos desde luego en que lo socrático y lo cristiano no han ido muy de acuerdo. Lo cristiano ha temido que lo socrático le fuera perjudicial. Y vino la intolerancia religiosa y aun la Inquisición. Pero cuidado; no vayamos a caer en los errores vulgares que en este terreno se cometen. Recordemos, por ejemplo, que los Espinosa, familia de judíos leoneses que se fuga por Portugal a Holanda huyendo de la Inquisición, se encuentra con una intolerancia y una persecución no menores por parte de los rabinos de la judería ortodoxa de Amsterdam. Descartes, aun viviendo en Holanda, tuvo que esconder algunos de sus manuscritos. Rousseau anduvo de la ceca a la meca en Europa perseguido por sus ideas en Francia y en Suiza. El libro de Suárez sobre La Monarquía lo quemó el verdugo en Londres pero circulaba libremente en Madrid. Y creo recordar que a Servet lo quemó Calvino en Ginebra por obstinarse en no quitar una coma de donde le estorbaba al Dictador ginebrino. Concedo que si Servet se hubiera quedado en España lo probable es que habría muerto a la misma temperatura; pero esto no hace a España menos sino más europea.

Que Europa proceda de la síntesis de dos corrientes de tradición, no excluye ni que una u otra de esas corrientes sea impura y venga cargada de limos que tiene que ir decantando; ni que al encontrarse una con otra no se embrollen y embarullen mutuamente a veces.

Los españoles, como todos los europeos, pecaron a veces contra el espíritu socrático y contra el espíritu cristiano. Pero en su conjunto, la labor española en América ha sido socrá-

tica y cristiana. A ella se deben resultados concretos que conviene recordar.

En primer lugar un sentido humano de la colonización. Este hecho evidente ha quedado oscurecido por la crítica lascasiana, a su vez debida al mismo humanismo de los españoles. Pero nadie que haya estudiado el tema con perspectiva puede dudar de que en sistema y conjunto, y a pesar de las excepciones, fallas y maldades que lo afean en ciertos lugares y tiempos, el régimen español se fundó en el postulado de la humanidad de los indios. Aquí daré otro ejemplo de la ignorancia de nuestros críticos. En un libro que el eminente biólogo inglés y ex director general de UNESCO Julian Huxley publicó en 1935 en colaboración con A. C. Haddon, libro que precisamente se llama *We europeans* (Nosotros los europeos), se dice: "Los españoles excusaron sus malos tratos para con los indios americanos alegando que no descendían de Adán y Eva." Ahora bien, da la casualidad de que la conquista española de América es el único caso conocido en que los conquistadores, por imposición regia, tienen que espetarles a los indios una declaración formal instándoles a que se dejen convertir, declaración que empieza precisamente afirmando que todos los hombres son hijos de Adán y Eva, y sobre esta base, por el camino del Dios único y del Papa su representante en la tierra, se justificaba la conquista. Pero ni Huxley ni Haddon han oído hablar del doctor Palacios Rubios, consejero de los Reyes Católicos que redactó tan sincera como ingenua declaración.

En segundo lugar, este humanismo funda por doquier universidades que en vez de enseñar a lo hispano, como lo hubiera hecho cualquiera otra nación europea, enseñan a lo universal. Así se crea en Hispanoamérica y en las Filipinas una cultura universal y no sólo española, que es en sí ya una preparación a la independencia. De cada universidad

hispanoamericana brotó una nación, con su carácter propio y su arte nacional.

En tercer lugar, los españoles, pese a sus malos tratos en ciertos tiempos y lugares, trataron en general bien al indio; y así permitieron este hecho incontrovertible que había en Hispanoamérica (dejando aparte las Antillas) más indios al terminar que al comenzar el ciclo hispano. La nación europea que pueda decir otro tanto, que alce el dedo.

4. INTEGRACIÓN E INMIGRACIÓN

Muchas veces se ha dicho que Hispanoamérica es la reserva del mundo, pero no siempre con la misma acepción ni intención. Para no pocos de los que lo han dicho, la reserva no está en la civilización, cultura, humanidad de los seres que viven en el continente hispánico, sino en el cobre, el estaño, el petróleo, las gemas y los bosques. Y aun para muchos de los que no olvidan a los hombres la misma palabra "reserva" apenas si indica otra cosa que algo situado en el porvenir, modo cortés y ameno de decir que no hay sino poco o nada en el presente.

Lo que será y dará de sí la América hispana en el porvenir es secreto por increado. Sólo, sí, sabemos, que en gran parte dependerá de lo que las naciones americanas hagan y piensen. Por eso, y sólo por eso, tiene alguna utilidad el que sobre ello se escriba y hable. No está en nosotros legislar sobre lo que será Hispanoamérica. Será lo que en su ser lleva que sea. Pero podemos, cada uno en su esfera, influir sobre sus pensamientos, y a través de ellos, sobre su ser futuro, ya que (hasta cierto punto al menos) tal es el mañana como el hoy lo piensa.

Si los países de la familia hispana se echan al surco y se

resignan a ser parásitos de una civilización que en último término no sería la suya, ¿qué duda cabe que terminarán absorbidos como elementos demográficos de segundo orden en una América ánglica dilatada desde el estrecho de Behring al Cabo de Hornos? Recuerdo una vez haber recibido en mi casa de Oxford a un profesor uruguayo que, entre otros infortunios supuestos o reales del sudamericano incluía el de hablar "una lengua inútil". Este es el espíritu derrotista y precolonial que conviene rebatir. ¿Qué hacen los hispanos de ambos lados del mar para que su lengua, ya ilustre en las letras, lo sea también en las ciencias y en las técnicas?

Para la familia hispana, pues, hay dos caminos: el derrotismo o la lucha. El primero lleva a solicitar y favorecer la absorción por los Estados Unidos. Es el camino que toman todos los dictadores, aun aquellos que comienzan cantando con más brío el himno nacional. Héroes nacionales al alzarse, terminan lacayos de Washington (y de Nueva York, que es peor todavía) al querer sostenerse. Así ocurrió con Perón y con Pérez Jiménez; así ocurre con Franco, Trujillo y Somoza II. Por este camino, la familia hispana no tiene más porvenir que el de servir a la América ánglica, y cuando digo servir pienso no en el servidor sino en el sirviente y aun en el siervo.

El otro camino abierto a la familia hispana es el de luchar por perseverar en su ser. Este ser, como su nombre mismo indica, comporta dos esencias: perseverar en ser familia; y perseverar en ser hispana. Constan ya las razones por las cuales se echa de ver que para seguir siendo hispana tiene que seguir siendo familia; y para seguir siendo familia tiene que seguir siendo hispana.

¿Que no quieren las naciones hispanoamericanas unirse en familia? De su destino se trata. Allá ellas. Pero entonces que se adentren por este camino de la dispersión con los

ojos abiertos, sabiendo que a donde lleva es a los cuartos de servicio de la casa del amo norteamericano. ¿Que quieren perseverar en su ser? Entonces se imponen dos políticas: la federación y la inmigración española.

No nos hagamos ilusiones en cuanto a las dificultades que se oponen a la federación. Las hay de todas clases y aspectos. La geografía ha acumulado vallas y fosos, y ha dilatado distancias; la historia ha enredado las peripecias, soliviantado las pasiones y encarnado los prejuicios de cada grupo en grandes figuras rivales; la economía ha situado a las naciones hermanas en puestos concurrentes del mercado mundial, y la excesiva tendencia de las tres clases cultas a sustentarse de los presupuestos nacionales levanta resistencias personales a todo sistema que limitase cargos bien remunerados. Pero todos estos obstáculos juntos son tortas y pan pintado al lado del que opone no ya a la federación sino a cualquier política perseverada la carencia de continuidad en la organización política y de consistencia en la opinión de los Estados que había que federar.

Tocamos aquí al mal de raíz: la carencia o al menos pobreza de *ser* que aflige a las naciones hispanas. Son todas —aun España, la de más ser entre ellas, como es natural— naciones de tejido laxo y somero, más como cañamazo que como paño; no sólo en cuanto al espacio, sino en cuanto al tiempo también. Sociedades de poca consistencia, mal pueden llegar a empeñarse en una etapa histórica positiva y concreta, que exija de ellas una acción consistente y pertinaz.

Bueno es observar de pasada que, cuando se ha escogido un buen rumbo, todas las consecuencias convergen. Por haber puesto la proa hacia la unión de las naciones hispanas de América, nos encontramos ahora buscando cómo vigori-

zar la vida política de todas y cada una de ellas. Ahora bien, esta flojedad de la contextura social y política de las naciones hispanas de América procede de dos causas: una es su escasa densidad demográfica, y otra es la peculiar psicología del carácter español.

En cuanto a la primera de estas dos causas, a la vista está. Las naciones de Hispanoamérica son o bien plataformas someras de burguesía blanca sobre un fondo indio, o bien un cañamazo de civilización europea estirado y aun a trozos roto para cubrir sin tapar espacios demasiado vastos. Entre las grandes urbes centrales y los pueblos o chacras perdidas en el campo o la montaña, no existe apenas vida colectiva, tejido social, nudo o institución que establezca la continuidad orgánica necesaria al funcionamiento sano del conjunto. Es inútil que las naciones hispánicas intenten poner coto a sus males políticos con medidas meramente políticas o constitucionales; hay que atacar el fondo sociológico del problema, cuya esencia es la densidad de población.

Hay que crear repúblicas y estados municipales y provinciales en las zonas hoy desiertas o semidesiertas; y descentralizar el poder y la administración para que la vida política no se concentre toda en esas inmensas cabezas para cuerpos desmedrados que son hoy Buenos Aires y Méjico, Lima y La Habana, Caracas y Santiago.

Tendremos pues que abogar ya por una política de inmigración para acrecentar el ser de las naciones hispanas. Pero ¿qué hacer con el segundo factor, la peculiar psicología del carácter hispano? ¿Concluiremos que, aunque convenga la inmigración, hay que evitar la española? Es evidente que no, puesto que la necesidad de perseverar en su ser hispano es una de nuestras conclusiones fundamentales para la América hispana. Y así es en efecto. Porque esa laxitud del ser que hemos señalado como característica de las sociedades

españolas sólo se refiere a los valores conscientes sociales, a la política y a la cultura burguesas; mientras que, por el contrario, en todo lo subconsciente y creador, es lo hispano maravillosamente pertinaz y duradero. De modo que nos encontramos frente a otra de esas convergencias naturales de nuestro tema: con el aumento de la densidad demográfica se irán corrigiendo por mera presión social las tendencias anárquicas del español. (Así se observa en España: donde el malestar actual se debe a que el incremento de población ha causado una irrupción de realismo político en la atmósfera irreal de la monarquía sagastina.)

Quizá conviniera examinar la federación hispanoamericana como una operación compleja en dos etapas: una para agrupar naciones en subfederaciones y otra para federar estos grupos ya federados. A título de mero ensayo, se podría considerar una subfederación Argentina-Uruguay-Paraguay-Chile; otra del Perú con la Gran Colombia; otra de Méjico con la América Central y las Antillas; llegando luego a la federación total en donde estos grupos entrarían con el Brasil. Puro anteproyecto. Quizá fuera más expeditivo y sencillo ir directamente a la federación global. Todo esto es opinable.

Pero sería bueno comenzar el trabajo ya. Hay mucho camino que andar y mucha resistencia que vencer. Ya debiera existir hace tiempo una comisión seria de estudios federativos hispanoamericanos. Es de esperar que la idea tome cuerpo pronto, desde luego fuera de los ambientes ya preorientados como ONU, la Organización de Naciones Americanas, antes Unión Panamericana, o la Unión Iberoamericana.

Abordemos ahora más directamente el tema de la inmigración española, que la misma coherencia de nuestro tema de conjunto nos obligó a tocar con motivo de la federación.

Ya hemos visto que esta política es elemento esencial en esa "perseverancia en su ser" que es indispensable para la unión futura de la que a su vez depende la vida futura de todas las naciones hispanas. Acabamos de ver que una mayor densidad de población es condición ineludible de estabilidad política. Es pues condición ineludible para el progreso material y moral, para el aumento y perseverancia del ser de las naciones hispanas acudir con ánimo y aun con urgencia a la inmigración española. ¿Por qué española? Por un montón de causas, algunas, por ya apuntadas, no para repetirlas aquí. Pero hay que añadir ahora esta otra: que la emigración española es la que más fácil y rápidamente se asimila.

Por paradójico que aparezca, esta rapidez de asimilación contribuye a la vez a la unidad y a la variedad de las naciones hispanas. En efecto, el español se convierte casi en seguida en mejicano, chileno, argentino, uruguayo; y al mismo tiempo, consolida lo que todos tienen de común, que es lo español.

Todo esto es tan evidente que parece no tener por qué toparse con obstáculo alguno. Pero la naturaleza humana es como es, y han surgido toda suerte de objeciones contra la evidencia. Ya se han apuntado algunas. Otras habrá que apuntar más adelante, al comentar las imitaciones de los Estados Unidos. Aquí me limitaré a dos, procedentes ambas del mesticismo que aflige a ciertos sectores de opinión mejicana. Uno brota de la opinión que sostiene que Méjico no puede aceptar emigración alguna porque los braceros se van a los Estados Unidos donde ganan más jornal y allá se quedan. Se dice que se han dado pasaportes de "residentes" en los Estados Unidos a 946.606 mejicanos. No se dice si en un año, en diez o en cien. Se dice que, aunque la inmigración fuera beneficiosa a largo plazo, no se puede hacer porque faltan víveres. Pero la emigración a los Estados Unidos no

es argumento contra la inmigración española, sino a favor de esta inmigración. Lo mismo ocurre con lo de las *espaldas mojadas*. Síntomas todos de insuficiente vigor en la vida económica del país que exporta braceros. Lo que Méjico necesita es españoles emprendedores que eleven la tensión creadora de la iniciativa privada y den trabajo al obrero.

La experiencia del éxodo de los españoles republicanos debió de haber convencido al mejicano más reacio de las ventajas de la emigración española que son dos: empuje creador económicosocial y asimilación rápida. Y en mi opinión, así ocurre. Es seguro que la opinión espontánea y general de los mejicanos coincide. Si se manifiestan opiniones contrarias, ello se debe al mesticismo apasionado que no quiere dejarse convencer.

A tal grado de cerrazón se ha llegado en esta materia que en un artículo de "Excelsior" se hacen "revelaciones" que el articulista, con harta razón, halla "sorprendentes". He aquí esta declaración:

> "Se han hecho múltiples estudios en los que se demuestra esto que parece absurdo: que no obstante que la mayoría de la población mejicana está formada por mestizos de sangre española e india, se 'funden' mejor a la familia mejicana los italianos, en primer lugar; y los alemanes, en segundo. Italianos y alemanes nacidos en Méjico se sienten mejicanos, aman al país, demuestran su amor por su patria (Méjico). El español, orgullosamente sigue sintiéndose español y sus hijos heredan ese orgullo."

Esto Inés ello se alaba. Como si no hubiéramos visto todos y oído cómo los hijos de los republicanos españoles se sienten ya mejicanos, y a veces hasta los mismos emigrados. Y como si no supiéramos que hay en Chile y en el Brasil ciudades enteras de alemanes con su prensa y su escuela y hasta su *Deutschland über alles*. Y como si la declaración de marras

no llevara ya en sí su propia firma psicológica al final, en esa frasecita sobre el orgullo español, brote irrepresible del resentimiento mestizo.

Estas cosas son demasiado graves para que nadie intente satisfacer con ellas sus pasiones. Nótese que la declaración que he comentado se le dio al periodista "en sectores no oficiales y aun en algunos oficiales", que ya es raro para una sola declaración; es decir que, para airear tamaños absurdos no hay quien dé la cara ni la firma. Pero se trata del porvenir de Méjico y aun de toda América y parece que habría que pasar a la madurez y no quedarse en la mera adolescencia.

Sin por eso caer en la senilidad o en algo peor. Porque a mí se me aseguró en Lima que en tiempos de la dictadura del General Odría entraron nada menos que 18.000 chinos en aquel país. He dicho diez y ocho mil chinos. Y que las autoridades hicieron la vista gorda. Convendría que se dieran pruebas fehacientes de que no hubo tal inmigración china. No se trata aquí de excluir a nadie de ninguna parte. Se trata de dilucidar qué clase de país quiere ser el Perú y qué camino toma para ser lo que quiere ser.

Perseverar en su ser implica no imitar. Pero Hispanoamérica padece manía imitativa de los Estados Unidos. Ya he apuntado que su política inmigratoria es en gran parte mera imitación. Así se echa de ver en varios de sus aspectos. El primero es que está, como diría un electricista, fuera de fase. Las medidas adoptadas por los Estados Unidos para restringir su inmigración se explican porque llegan ya cuando la nación ha alcanzado una cifra de población considerable, gracias a la cual se ha colocado a la cabeza de las potencias industriales. Las medidas adoptadas por las naciones hispanoamericanas carecen de tal explicación. Estas naciones se

hallan en una fase de su desarrollo análoga a la de los Estados Unidos hace tres o cuatro generaciones. Por lo tanto sus medidas de restricción inmigratoria son extemporáneas. Nada aconseja tomarlas. Sólo se adoptan por imitación.

Tan es esto así que hasta en ciertos detalles se ha querido imitar a los Estados Unidos sin ton ni son; por ejemplo, se han dado casos —sé de dos— en que una nación hispanoamericana ha adoptado el trámite tan inútil como vejatorio de tomar las huellas digitales de las personas que piden visado, sin más que porque así lo hacían los norteamericanos; y ahora que éstos, al fin, se han apeado del burro y ya no piden huellas, los otros dos países no saben qué hacer; si apearse del burro, imitando hasta el fin, o seguir montados solos para hacer creer que no imitan.

Pero ¿por qué exigir visado? Ya se está aboliendo en Europa y casi no queda. No es seguro que fuera necesario en tiempo alguno en las Américas, pero lo que es ahora, ¿para qué sirve sino para estorbar? Y cuenta que las naciones hispanoamericanas no se iban a contentar con un sello en el pasaporte; sino que piden fotografías, hacen llenar formularios (que, imitando siempre, llaman *formas*), fomentando así un papeleo inacabable y confuso, en el que a todas supera Méjico, donde el viajero al llegar se topa con una barrera de máquinas de escribir y venga a llenar "formas" verdes y amarillas con sus copias y más copias y sellos y un ajetreo tal que no hay administración que lo digiera. Absurdo despilfarro de los impuestos en sueldos y material sin provecho alguno para el país y por mero prurito de imitación, porque así con un monstruo electrónico se podrían devorar útilmente tan enormes masas de papel.

Otro tanto cabe decir de la ley argentina que obliga al viajero de paso, aunque no esté más que cortos días, a pasar por las oficinas del Estado para pagar impuesto sobre los

ingresos de su trabajo en el país de origen y residencia; ley vejatoria e injusta que hace más absurda todavía la multiplicación de los trámites, porque, al menos en los Estados Unidos (donde sólo se cobra sobre la ganancia hecha en el país durante la estancia) todo se hace ante un solo funcionario y de una vez, mientras que en Buenos Aires hay que ir de la ceca a la meca lo menos tres veces y depender de que esté o no esté el funcionario que tiene el monopolio de la firma.

Ya es hora de que las naciones hispanas cesen de vivir de prestado, adoptando formas y costumbres de la gran república nacionalista del Norte. A ellas no les van ni les conviene estos modos cerrados de una nación rica y ya hecha; sino por el contrario una actitud acogedora y liberal. Que al fin y al cabo, si la inmigración ha de ser española en sus grandes líneas, también ha de abrirse a los demás europeos, sobre todo a los del norte, como correctivo a las tendencias españolas y para desarrollar la afición a la técnica.

Pero el mal radica más hondo que la mera imitación, y la desastrosa falta de concordancia a la que arrastra entre lo que se hace y lo que se debiera hacer. El mal consiste en una actitud derivada y no prístina, reflejada y no irradiada, ante la vida. En vez de ser, parecer. Actitud superpuesta, que, por raro que parezca, va con frecuencia unida a un nacionalismo quisquilloso. La psicología resuelve la paradoja. Como en el fondo a lo que se aspira es a parecer más que a ser, preocupa más la opinión causada en otros, y de aquí la quisquillosidad del nacionalismo. Ay del que no estima al país del nacionalista por encima de los demás, sobre todo de los demás países de la familia; sobre él caerán los ácidos de la malevolencia.

Se impone pues una reorientación de la actitud. En vez de obstinarse, contra natura, en adoptar formas e instituciones extrañas, derivadas, traducidas, con la vana esperanza de po-

der alternar con lo que se hace "por ahí fuera", las naciones hispanas debieran aspirar a perseverar en su ser; esforzarse en estudiar su propia vida colectiva y en ir creando sus instituciones en armonía con sus costumbres y necesidades, por medio de una sociología objetiva. Esta sería la vía más expedita y positiva para arrancar de cuajo la manía imitativa que hoy aflige a Hispanoamérica y la distrae del estudio de su propio hogar.

Sería presumir de sabio y de profeta intentar siquiera un esbozo de lo que el estudio objetivo de la realidad hispanoamericana daría de sí. Estos apuntes se limitan a sugerir avenidas posibles.

Convendría quizá estudiar inmigraciones orgánicas. Hasta ahora, con muy contadas excepciones, se ha abusado de la inmigración al tuntún. Habría que estudiar de antemano el lugar que se poblaría, su potencial económico y su clima; y traer el grupo de familias que ya en España viviera en un ambiente económico igual. Gente de viñas para viñas, gente de olivos para olivos, gente de naranjos para naranjos. De este modo se evitaría el traer españoles nada más que para aumentar la densidad de población de los conventillos de Buenos Aires o los suburbios de Méjico y Lima.

Pero se conseguiría algo más. Se irían fomentando instituciones municipales locales de cuyo auge y vigor dependen la estabilidad política y la fuerza del ser de la nación entera. Sin raíces en el campo, la democracia liberal hispánica no logrará jamás vida lozana. Es menester dar a los municipios rurales y a sus federaciones provinciales la máxima libertad política y administrativa para que las turbulentas capitales no expongan la vida pública del país entero a sus caprichos y aventuras cercenando de un golpe la única cabeza de la autoridad. Pero esta reforma, tan necesaria, de la vida pú-

blica hispanoamericana no podrá llevarse a cabo sino al paso que dicten los progresos demográficos del campo.

Así garantizada, por el arraigo en el campo de la libertad política, podrá tomar vida propia, nacional y genuina, esa federalización que hoy en los países americanos no pasa de ser imitación de papel de la federación norteamericana. ¿Cuántas naciones iberoamericanas se llaman "Estados Unidos"? ¿Cuántas lo son? Para entrar con pie firme en un terreno accidentado y movido por la controversia, me preguntaré si habrá algún día en el mundo hispano algún dirigente o partido con bastante valor cívico para rechazar la, para mí, más funesta de todas nuestras imitaciones: el sufragio universal directo. Es cosa muy de pensar cuánto ganarían todos nuestros países —y aun Francia e Italia también— si renunciando una vez para siempre a esa superstición política organizasen sus asambleas en forma realmente federal, es decir, eligiendo por sufragio universal al municipio, pero por sufragios colegiados las demás asambleas; la provincial elegida por los municipios; la nacional por los parlamentos provinciales.

De este modo quedaría organizada la familia hispana del Nuevo Mundo (España pertenece a Europa) en forma de círculos concéntricos de federaciones, que irían desde el municipio hasta la Federación General, en sistema que podría aspirar con el tiempo a equilibrar el orden con la libertad; con lo cual lograría en el mundo una consideración que hoy, por desgracia, está muy lejos de disfrutar.

Yo apelo aquí a los numerosos amigos que en el servicio diplomático de Hispanoamérica he frecuentado. ¿Duda alguno de que el respeto que entonces rodearía al Embajador de la Federación Hispanoamericana sería muy superior a la suma de los veintitantos respetos de que hoy gozan los jefes de misión de Hispanoamérica en las capitales del mundo?

II. ILUSTRACIONES

1. DON YO

¿Encontrarse con Haya de la Torre? Pues claro. Donde sea. En Ginebra allá por los 1920-30; en Oxford; en París; en Lima; en Nueva York.... ¡Pero en Estocolmo! ¡Y tan sueco! No es que "se haga el sueco"... expresión, dicho sea de paso, por demás curiosa. ¿De dónde vendrá? Y que algo hay en ello, no haya duda. Yo de mí sé decir que en cuanto a no contestar cartas, los suecos les dan quince y raya a los españoles. Pero esto no va con Haya de la Torre y su modo directo y afrontador de hombres y cosas. Lo que no quita para que sea gran admirador de Suecia, por lo que tiene de razonable, de humano, de sensato, aquel admirable país.

Y encontrarse con Haya de la Torre es reanudar con él ese diálogo tácito entre el español y el hispanoamericano polarizado contra España que es más sustancial, más fecundo, y más duradero que la mera efusión que permite un diálogo de coincidencias. Surge inesperadamente a la vuelta de una esquina de la conversación. "...en fin, ya habrá usted visto eso tantas veces en España." "Yo no. Yo no he estado nunca en España." Se queda uno mirándole, hasta que amanece un pensamiento: este gran hispanoamericano teme ir a España por si al verla se enamora de ella y se le descarga el alma de su pasión. Cuando vea Trujillo de Extremadura y en él al padre de los Trujillos de Hispanoamérica... "Indoamérica", por favor. Ah ¿sí? pues vamos a discutir eso.

Si se dice "Indoamérica" por no decir "Hispanoamérica" se vuelve a caer en Hispanoamérica; porque los aborígenes de América no son indios más que por la fidelidad tres veces secular de los españoles a las chifladuras de Cristóbal Colón. No hay tales indios; ni es seguro ni probable que los naturales prehispánicos del Nuevo Mundo tengan bastante en común para que la palabra *Indoamérica* signifique otra cosa que "Eso que yo no quiero llamar Hispanoamérica". Por lo cual, a mi ver, Indoamérica e Hispanoamérica se parecen como +8 y −8.

¿Qué importa? Volvamos a Víctor Raúl Haya de la Torre, que nos aguarda con su sonrisa serena, filosófica y un si es o no es "india" en su enigmática paciencia. ¿Con que no habéis estado en España? ¿Qué pensar pues de un haya que no conoce sus raíces y de una torre que no sabe nada de sus cimientos?

Porque o no hay Hispanoamérica sino un par de docenas de naciones dispares, o la hay, en cuyo caso su unidad no puede consistir más que en que sus hayas arraigan en suelo español y sus torres son de granito de Castilla. Y entonces el problema de lo que es España adquiere para Hispanoamérica una importancia primordial.

¿Vale hablar de tema tan vasto sin hinchar la voz? Tamaño histórico, como pocos: un continente, tres siglos. Comienza con aquella frase usual que se oye en las páginas de Melibea (libro en mal hora mal llamado *La Celestina*): "Ganada es Granada." Con la toma de la bella ciudad mora, se gana y se grana la granada española; y claro está, la granada explota y sus granos henchidos de sangre joven van a fecundar el mundo nuevo que Colón ha descubierto sin quererlo ni saberlo. Primera fase: descubrimiento y conquista. Segunda fase: expansión. Tercera: estabilización y esplendor. Lima y

Méjico ciudades más ricas, finas, limpias, que París o Londres. Riqueza, libertad, estilo propio y original. Cuarta fase: fisuración. Quinta: estagnación. El mundo hispano ha pasado de sujeto a objeto de la Historia.

¿Por qué? Que si Inglaterra, que si Francia, que si Holanda. Nada. Circunstancias. El porqué está en nosotros, los hispanos. Pasa uno y le dice otro: "Oiga usted: los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos." "Bueno. Va usted bien vestido; tiene aspecto respetable. Se lo creo. Pero, por si acaso, cuando tenga que ver con un triángulo que me interese, le mediré los ángulos." Ése es un inglés. O bien dice el que pasa: "Pruébelo." "Pues así y así." "Bien. Me ha convencido usted. Ya lo sé para siempre." Ese es un francés. Pero habrá uno que conteste: "Mire usted, yo lo que le digo a usted es que los tres ángulos de un triángulo valen lo que a mí me da la gana." No hay más que hablar. Es de Trujillo, de este o del otro lado del charco.

La vida de un pueblo se compone de un fluir horizontal en el cauce del tiempo, que es la tradición, y de un surgir vertical de manantiales nuevos que aportan vida fresca a la tradición. En un pueblo como el alemán, el primer elemento es tan fuerte que domina con mucho al segundo. En el francés, en el inglés, reina equilibrio entre ambos. ¿Qué ocurre con lo hispano?

Surgen al instante ante nosotros las dos figuras hispanas por excelencia: Don Juan y Don Quijote; para decirnos ambos que no tienen ni idea de lo que sea tradición. ¡Y decir que en todo el universo mundo circula la especie del tradicionalismo del español como oro de ley siendo así que es cobre y malo! ¡Tradicional el hispano, el hombre más "vertical" de la creación, el volcán dispuesto siempre a emitir "no importas" para transformar en lava de su voluntad las lla-

nuras más tradicionales!... Todo español es un Don Juan. Lo que pasa es que se ha falseado el sentido de este personaje, dando una importancia exagerada y hasta falsa a su afición a las mujeres.

En su esencia, Don Juan es el quiebrapuertas, saltaparedes, quebrantarreglas, el espíritu masculino puro. ¿Afición a las mujeres? No hay tal. ¿Quién las trata peor? Lo que pasa es que la mujer encarna lo social y lo tradicional; y por una armonía esencial de las cosas, tiene que resultar la víctima de Don Juan. Sexo sin seso, potencia sin prudencia, es Don Juan el símbolo del manantial nuevo de vida fresca que la tradición habrá de captar e incorporar a su movimiento horizontal. Don Juan es Don YO.

Menuda tradición haría falta para captarlo y adueñarse de él. Pero ¿en España? En España, la tradición es popular, como formada de una sucesión indefinida de Don Juanes. Da la impresión de horizontalidad como la da la superficie de un cepillo todo hecho de cerdas verticales.

El símbolo de esta continuidad discontinua que es la tradición española es Sancho. En Sancho encarna la experiencia; pero siempre referida al yo. Se parece mucho esta experiencia sanchesca al empiricismo inglés; pero el empiricismo inglés, de fuerte contextura tradicional y social, está *desyoizando*. En Sancho no. En Sancho, la experiencia no es la humana, la universal, sino la de Sancho, y aun, según el día y el lugar.

De aquí sus refranes. No nos engañemos sobre los refranes. No vayamos a creer que Cervantes los superpone al personaje para que lo reconozcamos en escena como hace Wagner con el *leitmotiv* que un crítico sagaz llamaba "las tarjetas de visita del personaje". Los refranes de Sancho son, por el contrario, la parte más sustancial de su carácter. Son verdades concretas, limitadas en su tiempo-espacio, horras de

valor universal, y tan apegadas al yo, tan discontinuas, que la duquesa se divierte en hacer a Sancho cambiar de opinión a su antojo, haciéndole saltar de un refrán a otro. Sancho-pancesca, pues, la tradición española es discontinua, floja, somera; de modo que su arrastre horizontal no es ni con mucho suficiente para absorber y dominar los vigorosos manantiales verticales de vida fresca que le aportan sus Don Juanes.

¿Y Don Quijote? Pues Don Quijote es un *Don Juan pasado por Sancho.* Consideremos a Don Juan como un *proto Don Quijote* a quien, a fuer de prístino, le falta toda la experiencia; y a Don Quijote como un Don Juan henchido de experiencia, pero de experiencia *ayoizada,* a lo Sancho. Don Juan surge por debajo de la tradición sanchesca, que fluye en el cauce social; pero esta tradición, por demasiado discontinua y floja, no logra absorberlo e incorporarlo en la corriente horizontal. El Don YO que surgió con Don Juan como un manantial atraviesa la tradición y se eleva en el aire como un surtidor: este surtidor es Don Quijote.

¿Hombre de acción? No. Para llegar a hombre de acción, Don Yo tiene que dejarse absorber por la corriente, incorporarse al cauce social donde la acción logra sentido y propósito. El hombre de acción maneja las cosas; pero no les impone la forma de su mano. Ese Don Yo que brota como Don Juan, manantial en el cauce de la tradición y, dominándole, se eleva como un surtidor hacia el cielo, es Don Quijote, Caballero de la Triste Figura porque en el aire donde arbora la lanza de sus hazañas todos los gigantes se le vuelven molinos de viento.

Así cobra luz singular el vasto ciclo de nuestra historia hispana. Anverso y reverso le vienen ambos de su donjuanis-

mo y de su donquijotismo; es decir de la superabundancia en su historia del muy magnífico señor Don Yo.

El anverso es de talla. Nada arredra. Cortés, Pizarro, Cabeza de Vaca, tantos otros, logran lo que logran contra la tradición, la prudencia, la sindéresis, por un impulso vertical de su yo. Son nuestros conquistadores Don Juanes puros. (¿Y no llamamos a Don Juan conquistador?) Terminada una conquista sólo piensa en la otra, como Cortés a las Hibueras y a California y aun a Quivira después. Y además, pese a la Historia mediocre, son desinteresados. ¿Que buscaban oro? ¿Y quién no? El oro es poder. Pero ¿cuál de ellos pensó crear un banco con el oro ganado? Para que el oro de las Indias consintiera cosa tal fue menester que lo robara Drake y se lo llevase a Londres. Para los Don Yos de la conquista, el oro era sólo material para preparar otra conquista más — a no ser que lo gastaran en plantar las hayas de sus haciendas y las torres de su señorío. Eran Don Quijote.

Y los frailes, Don Juanes y Don Quijotes a lo divino, héroes de una epopeya evangélica que no ha encontrado todavía quien la cante dignamente, ¡con qué magnífica indiferencia para con las trabas del sentido común se lanzaron a cristianizar no sólo a los indios paganos sino, labor quizá más ingrata y donquijótica, a los encomenderos españoles!

En la época de la estabilización, el mundo hispano da a la Historia el espectáculo de una paz que cubre un continente y tres siglos. Quién sabe cuántos elementos dispares han contribuido a caso tan singular. Pero hay uno que suele olvidarse si es que jamás se apuntó: y es el de la laxitud de la tradición social sanchesca; porque este rasgo de la vida hispánica permitió que se fueran creando sin disturbio formas sociales mixtas con las diversas tradiciones locales de los aborígenes, y de aquí la diversidad de las naciones hispánicas.

A crearlas contribuye también, y de modo primordial, la universidad. Ahora bien, la universidad española de las Indias es una creación de lo más donquijótico que darse puede, y a lo divino, porque es cosa de frailes. Lo sanchesco hubiera sido concebir la universidad como un semillero de hispanismo. Pues nada de eso. Las universidades fueron semilleros de humanismo. Se enseñaba el latín pero no el castellano. Se leía a Cicerón pero no a Mariana.

Se enseñaba teología. ¡Válgame Dios y cuántos sermones han tenido que escuchar los españoles por haber hecho perder tres siglos a la juventud hispánica enseñándole teología! Pues sermones perdidos. En primer lugar, "teología" entonces quería decir todo, hasta derecho, hasta física. En el siglo XVI el Padre Alonso de la Veracruz enseñaba cosmografía en la Universidad de Méjico en su cátedra de... Teología. En segundo lugar, la teología era la forma más adecuada al siglo y al carácter español que podía tomar la enseñanza de la filosofía. La consecuencia de tres siglos de teología a la vista está: el alto nivel de la ambición cultural hispanoamericana. (Una cosa es el nivel y otra el vigor. Hay más vigor en la cultura ánglica que en la hispánica; hay más alto nivel en la hispánica que en la ánglica.)

El reverso también es fuerte. A Don Yo le molesta todo cuanto se le resiste. Lo que más resiste en el mundo son las cosas, precisamente porque no tienen voluntad. Don Yo abandona su estudio; y por lo tanto, padece desvío de la técnica. Esta es la primera raíz de la flojera imperial. Los países técnicos se alzan en la era moderna y dominan a los no bastante técnicos. En el gran duelo anglicohispánico por el dominio de Atlantis, ganan los ánglicos por su técnica, naval primero, industrial después.

La segunda raíz de la flojera imperial es la discontinuidad

de la tradición sanchesca. Lo ánglico es un tejido tupido; lo hispánico es un cañamazo. Todos a una allá; acá, cada cual por su lado. Separatismo. Las sacudidas que produce en las Indias la invasión napoleónica de España toman todas un sentido separatista, que inician e inspiran no los indios sino los españoles, los de allá y los de acá. El 25 de mayo plasma ideas de dos peninsulares: Álzaga y el Virrey Hidalgo de Cisneros.[1] El 19 de abril rebrota de la simiente que en 1796 habían sembrado tres revolucionarios españoles mal encarcelados en La Guaira. Don Yo pide aire, espacio. Don Yo quiere romper puertas, saltar paredes.

¡Y qué ejemplares de Don Juan y de Don Quijote salen entonces del suelo fértil de las Indias! San Martín, Bolívar, O'Higgins, Iturbide, Artigas, qué escuadrón de desconquistadores! Bolívar, derrocando virreyes y desconquistando naciones, es como un gigantesco Don Juan pasando a grandes zancadas de la mujer lograda a la mujer por lograr.

Ah, y ¿querían ustedes señores historiadores, señores estadistas, y querían ustedes que el mundo hispano fuera como la imagen del mundo ánglico una Comunidad de Naciones en cooperativa de poder? Pues no puede ser. Los ánglicos ganarán siempre en las palestras internacionales, la de las Asambleas y la de las Bolsas; pero este mundo hispano es y seguirá siendo, para su bien y para su mal, un mundo de hombres desorbitados, de Don Juanes y de Don Quijotes, un mundo de Don Yos, tenso hacia lo alto y no hacia adelante. Ha perdido a Atlantis; pero le queda el Cielo.

[1] Ver artículo de Enrique de Gandía en el número Junio-Setiembre 1955 del Boletín de la Academia de la Historia de Madrid.

2. EL PAÍS QUE VALE UN PERÚ

Al cabo de este viaje de seis semanas por otras tantas naciones de Hispanoamérica surge un tropel de ideas y de impresiones que en su día habrá que ordenar. A guisa de prólogo a todas ellas vaya por delante lo que la ocasión me dictó al rogarme la Radio Mundial de Lima que ocupase una noche su famosa Cátedra del Espacio.

Como español que soy, aprendí a decir que algo muy valioso valía un Perú antes de saber que el Perú existía. Tal es la fuerza del símbolo que ha hecho del Perú el modelo, el colmo, la cumbre de la riqueza. Bien es verdad que la expresión se popularizó sobre todo después de descubierto el Cerro de Potosí, entonces parte del Perú y hoy boliviano. Pero aun sin el Potosí era ya famoso el Perú por sus inmensas riquezas. Y no sólo en España sino en todo el planeta. Así ha sido siempre. Perú y riqueza son en todas las lenguas vocablos equivalentes.

Así pues, cómo expresar mi sorpresa al oir decir a mis amigos peruanos: "Somos un país pobre." Pobre, ¡el Perú! —me decía; y recordaba aquella copla:

Soñé que la brasa helaba,
soñé que la nieve ardía,
mira si soñé imposibles
que soñé que me querías.

El amante desdeñado que soñaba imposibles pudo haber añadido a la lista de sus sueños: "Soñé que el Perú era pobre." La copla no hubiera perdido nada de su vigor. Perú pobre; brasa helada; nieve ardiente... imposibles.

¿Y no será que los que me decían: "Este país es pobre"

estarían soñando como el amante de marras? Claro que a primera vista las cosas que uno ve en el Perú parecen darles la razón a estos pesimistas. El nivel de vida de las clases pudientes no tiene nada que envidiar al de las clases pudientes de otros países; en cambio el nivel medio general podría ser mejor; y el de los pobres es misérrimo. Pero no se trata de evaluar lo que vale el país hoy y en efecto; sino lo que vale intrínseca y potencialmente. Lo que se podría hacer con el país; lo que se podrá hacer con el país cuando los peruanos quieran.

¿Riqueza mineral? A la vista hay enormes centros; acaba de descubrirse otro. ¿Cuántos más quedan por descubrir? Mis pesimistas me dicen: "Ah, pero los explotan los gringos; y andan por ahí otros gringos buscando más." "Bueno —respondo yo—, pero eso no es pobreza mineral del Perú. El Perú es rico en minerales. Y conviene que quede constancia de ello para que no vayan ustedes repitiendo: 'Este es un país pobre.' "

¿Riqueza agraria? Yo no sé de estadísticas. No me gusta mentir pero si hubiera que hacerlo escogería medios menos complicados que la estadística. Por lo tanto no me voy a entretener en dar cifras de hectáreas de cultivo, cultivables y demás. Pero basta darse un paseo por el Perú y mirar un mapa para darse cuenta de que lo que sobra en el Perú es tierra de cultivo y lo que falta son cultivadores; como antes nos encontramos con que lo que sobraba eran minas y lo que faltaba eran ingenieros.

Ah, pero la irrigación, los caminos... la maquinaria para las minas, los tractores para la agricultura... todo eso es capital y... somos un país pobre.

¿Es seguro que lo que falta sea capital? No lo creo. Lo que falta es crédito. Y el crédito falta porque... bueno, recordemos el latín que nos enseñaron antaño. Parece que

crédito viene de *credere* que quiere decir *creer*. La gente que tiene dinero prefiere creer en gentes con técnica y eficacia administrativa. Las hay a Dios gracias, en el Perú; pero no bastan porque el Perú es muy grande. Yo sospecho además que no son sólo los capitalistas extranjeros los que prefieren confiar en técnicos de fuera; sino los mismos capitalistas peruanos. Volvemos a la misma conclusión. El país vale un Perú pero le falta gente.

Siete millones de personas no bastan para un país que vale un Perú. Para que este país valga un Perú de veras tiene que tener sesenta o setenta millones de hombres, que le pueblen la selva y la sierra, le irriguen y pueblen la costa y le denuncien y exploten las minas. Cuando este país tenga setenta millones de habitantes valdrá un Perú.

Hay que traer todos los años muchos miles de españoles e italianos, que son los que se peruanizan con más facilidad. Pero no hay que traerlos como lo hacían antaño las compañías navieras, como ganado humano, arrojado a tierra sin orden ni concierto. Hay que organizar la inmigración, trayendo familias y aun grupos enteros de familias para poblar pueblos ya preparados para recibirlos, y para entregarse a cultivos que les sean ya familiares. Primero, escoger el valle y su cultivo, luego hacerle sus caminos y sus moradas, y finalmente hacer venir el grupo inmigrante, que así arraigará en el campo y no se escurrirá a los tres meses para ir a aumentar la densidad de población de la Plaza San Martín en Lima.

Hay que crear una gran escuela técnica peruana, análoga al admirable *Polytechnicum* en Zurich, ¿y, por qué no un suizo para dirigirla? y hasta atraer aquí a gentes de los países que dan buenos técnicos, eso se lleva en la sangre: suizos, franceses, alemanes, escandinavos, italianos. Pero ¿cómo los vamos a atraer si no tenemos dinero? —exclaman

los pesimistas—. ¿No ve usted que somos un país pobre? Ah, queridos amigos pesimistas, yo no soy quién para meterme en casa ajena, pero estoy seguro de que en un presupuesto como el del Perú no sería difícil hallar gastos... bueno, digamos menos útiles que los que propongo. Y ya está el dinero a mano.

Pero —me dicen los pesimistas—, todo eso requiere estabilidad política y... ¡ya ve usted! La estabilidad política... Decía Lamennais que hace falta un mínimo de bienestar para la virtud. Copiemos este diseño: Hace falta un mínimo de agua y un mínimo de población para la estabilidad política. No ya el Perú: toda Hispanoamérica —Indoamérica, querrá usted decir—. No. Quería y quiero decir Hispanoamérica, y luego hablaremos de eso también; pero ahora andábamos en la inestabilidad política. ¿Cómo quieren ustedes que haya estabilidad en países casi vacíos? Haga usted la maleta, que va de viaje. Va casi vacía. La pone usted de pie, o parada como ustedes dicen, y todo se revuelve, y a cada paso que da se le revuelve más. Pero llénela bien y verá qué modosito y ordenado se queda todo, cada cosa en su sitio. Los países de Hispanoamérica están vacíos. Son como gases, cuyas moléculas andan siempre moviéndose porque se aburren. Hay países menos vacíos, España por ejemplo. Son como líquidos. Todavía se mueven demasiado. Y luego vienen los países sólidos, que son los más poblados; todo, claro está, en igualdad de carácter. El nuestro es díscolo y levantisco y ha menester de gran densidad. Volvemos a lo mismo. Cuando el Perú tenga setenta millones de habitantes valdrá un Perú.

"No se canse usted" —me replican los pesimistas—. Esos sesenta y pico de millones que usted quiere añadirnos serían casi todos de estirpe europea, y nosotros aspiramos a volver al Inkario. La prueba es que hasta lo escribimos con

K. Y no sólo escribimos con K Inkario e Inka, sino inkaiko, que alguno de nuestros indigenistas escribe con dos Kas, una en *kai* y otra en *ko*, para que... bueno para lo que él sabrá, que vaya usted a saber por qué al escribir en castellano se le puede ocurrir a nadie emplear la letra más antipática y rebarbativa del alfabeto. La K parece uno de esos caballetes que los militares construían en la segunda guerra mundial para cerrar el paso a los carros de asalto con sus dos barras erguidas en ángulo, como un terco y tesonero "no pasarán". Yo he visto ya nombres peruanos, que resultan lindos con c, erizados de kas y aun de kas dobles que es para desgarrarse la garganta.

Esta epidemia de kas parece proceder de una huida de lo español. Pero en el quechua, que desde luego ya hay quien escribe con K y aun con W, en el quechua no había K... ni C tampoco, ni letra alguna; de modo que todas esas kas sólo pueden ir a parar al alemán o al inglés... o al ruso. Y no se ve qué ventaja sacarían los *Kaístas* (así llamo yo a los que a la c prefieren la k, la k sencilla por supuesto) no sé qué ventaja, digo, sacarían los kaístas como no fuera orientar el Perú hacia Washington o hacia Moscú. Quizá explique esta observación el hecho notable de que en el Perú comunistas y gringos, que en todo se pelean, coincidan en eso del Inkario con K. Dios los cría y ellos se juntan.

Estamos aquí en el centro mismo de nuestro tema. El país vale un Perú. ¿Pero es seguro que el país quiera valer un Perú? O, en otros términos, ¿el Perú quiere de verdad ser peruano?

Gran indignación. ¿Con qué derecho usted que...? Un momento. Yo no sé nada. De mis viñas vengo. Me pidieron esta hora en la Cátedra del Espacio y si no me la hubieran pedido no hubiera dicho oxte ni moxte. Pero si me piden

que hable, ¿de qué voy a hablar? ¿De Sofía Loren? No soy tan competente. En cambio del Perú, no es que sea así atrozmente competente, pero en fin, me gusta, me gusta con verdadera fascinación; lo creo un país de incalculable interés humano, en la encrucijada de su destino, y por eso, con plena conciencia de lo falso de mi posición —yo, desterrado de un país sin libertad, atreviéndome a dar mi opinión sobre un pueblo libre—, digo lo que siento *ex abundantis cordis*.

¿Quiere de verdad ser peruano el Perú? Yo me lo pregunto porque veo y leo y oigo cosas que me desconciertan. El Perú es un injerto de España en un tallo indio. El Perú es en su vera esencia mestizo. Sin lo español, no es Perú. Sin lo indio, no es Perú. Quien quita del Perú lo español mata al Perú. Quien quita al Perú lo indio mata al Perú. Ni el uno ni el otro quiere de verdad ser peruano. Uno sueña con hacer de Lima un Madrid; otro sueña con volver a ver un Koskko con tres kas que él se imagina inca.

Pero el Perú tiene que ser indoespañol, hispanoinca. Los kaístas tienen que reconciliarse con la c; y aceptar que hoy el indio sea ya un ser fuertemente cristianizado, es decir, europeizado, cuya evolución ascendente hacia la universalidad sólo puede hallar camino en el ambiente hispánico. Por eso me parece tan peligrosa para el Perú la convergencia de fuerzas antihispánicas que hoy actúan sobre su ambiente.

Todo un sector del pensamiento político peruano prefiere "Indoamérica" a "Hispanoamérica". Es muy de lamentar, porque "Indoamérica" no cubre a toda Hispanoamérica; y porque no se funda en nada objetivo, sino en un error español (el de tomar por indios de la India a los aborígenes de América), de modo que por huir de la verdad hispánica cae en el error español; y finalmente por ser cosa en el fondo inspirada más que por la razón por el resentimiento.

Este resentimiento, ¿contra quién va? Toma, contra los españoles. ¿Seguro? Vamos a verlo. Hace veintitantos años, una dama de Lima, apenas presentada, me espetó: "Ustedes los españoles se apresuraron mucho a destruir todo lo Inca." "Yo, señora, no he destruido nada. Mis antepasados tampoco, porque se quedaron en España. Los que destruyeron lo inca fueron los antepasados de usted." Se quedó la dama limeña como quien ve visiones. No se le había ocurrido que los conquistadores se habían quedado aquí y eran los padres de los criollos. Y en este pequeño detalle de la historia del Perú está el peligro de tanto resentimiento contra el conquistador. Que divida al Perú de España es triste; pero que divida al Perú indio del Perú blanco es grave.

Este es el peligro arcaizante, más o menos infiltrado de comunismo. Luego viene el peligro modernizante, no menos atentatorio a la esencia del Perú. Estos modernizantes están destrozando a Lima y amenazan destrozar al Cuzco y a tantas otras ciudades (por ahora Arequipa se resiste bien) con sus grandes avenidas, sus edificios cubistas, el lamentable descuido de las casas de estilo que se observa en Lima, todo ese avulgaramiento que aspira a hacer de las ciudades peruanas Chicagos en miniatura. Saludemos de pasada la Compañía de Hoteles del Perú, que tanto en Arequipa como en el Cuzco ha sabido ser moderna sin ofender la armonía del conjunto. Pero ¿qué decir de esas casas estilo Düsseldorf que un arquitecto vándalo ha edificado en el Cuzco al pie de la calle del Mesón de la Estrella? ¿No podría haberse ido a las afueras con sus malas imitaciones de tan incongruente modelo? Y ¿qué decir del estilo americanizante de la prensa y de la aviación? *Romance* por *idilio*, *énfasis* por *hincapié*, *emergencia* por *socorro* (y menos mal que no dicen *éxito de emergencia* por *emergency exit*), *evidencia* por *pruebas* y tantos otros dislates debidos a traduc-

ciones apresuradas y a lecturas mal digeridas... Y los nombres... los nombres... ¡Qué revelación de un grave complejo de inferioridad! Ya en Chile me encontré con Raúles, Renés, Gastones y hasta Walters. Aquí en Lima las hay que se llaman Elisabeth cuando Isabel es tan bonito, y Mary cuando María es tan hermoso; y sobre todo, ah, sobre todo, Martha, con H... Esa H de Martha se me antoja la vertiente gringa de la K de Koshkko.

Perseverar en su ser. ¿Quiere el Perú perseverar en su ser? ¿O quiere ser otra cosa, una especie de Inkario de ultratumba, síntesis de comunismo inka y soviético; o un New México o Texas del hemisferio sur? Y si quiere perseverar en su ser, ¿por qué cierra sus puertas a la inmigración europea y en especial a la española? Los Estados Unidos llegaron a su pujanza presente abriendo de par en par sus puertas a los europeos más afines. Los países de Hispanoamérica están hoy en el período de expansión que vivió Norteamérica en el siglo XIX. Pero como Norteamérica hoy, saturada, cierra sus puertas a la inmigración, toda Hispanoamérica hace lo mismo creyendo imitarla, siendo así que no la imita puesto que Hispanoamérica cierra cuando Norteamérica abrió.

Este país vale un Perú en potencia. Para que lo valga de hecho tiene que querer perseverar en su ser. El Perú valdrá un Perú cuando quiera ser peruano.

3. HISPANIDAD E INDIGENISMO

¿Qué cosa es América y qué gentes las americanas? Vasto el tema; pero puede uno considerarlo a sus anchas sin salirse de los límites de este ensayo. De Américo Castro a Chang Rodríguez y de Luis Alberto Sánchez a Antenor

Orrego, se abre un mapa de ideas tentador para cualquier explorador del espíritu. Del que define a España al que define a América; del que niega la hispanidad al que afirma el indigenismo, se tienden los meridianos y paralelos de nuestro mar de problemas. Naveguemos pues como aquel otro Américo, que dio su nombre al continente, procurando no perder el Norte, aunque como le pasó a Colón, desvíen a veces las agujas.

El norte de nuestro viaje nos lo da lapidariamente Luis Alberto Sánchez: "Somos por excelencia un continente mestizo." Este aserto equivale a apuntar el norte con el dedo; no llega todavía a la precisión matemática que se necesita para navegar. ¿Qué queremos decir por "mestizo"? ¿Mezclado de sangres? Desde luego, así, en general; pero también algo menos y algo más. Algo menos, porque no es menester que Pérez o Fernández tenga sangre india para que sea mestizo; basta con que viva en el ambiente hispanoamericano o indiohispano que condiciona su ser físico y moral. Y algo más, porque la mesticidad de Hispanoamérica es en último término fruto de un injerto del tronco-ramaje español en el tronco-raigambre indio; de modo que el español no arraiga en la tierra americana más que a través del indio. (Nótese de paso la diferencia esencial con el angloamericano, que arraiga ya directamente, ya a través del negro.)

De la índole esencialmente mestiza de Hispanoamérica se desprende que ni el español europeo ni el indio puro caen dentro de su ámbito. En cuanto al español, ello es evidente; y por eso tiene razón que le sobra Luis Alberto Sánchez al negar la hispanidad. La diferencia fundamental entre el español y el español americano (blanco o españolista) es que el segundo, por el mero hecho de ser americano, es ya

mestizo aunque no tenga ni una gota de sangre india en las venas. Pero si bien de acuerdo con Luis Alberto Sánchez en su conclusión, me atrevería a poner reparos a sus premisas.

Su paralelo con los casos de Portugal y de Inglaterra no me ha convencido. La conquista y civilización del continente americano por España es en sí muy superior como hecho histórico-moral a la inglesa y a la portuguesa; y en la época virreinal no cabe duda de que, con haber pecado todos, pecó mucho menos que nadie la Corona (aun la borbónica). No me parece (a reserva de lo que luego diré sobre el tema) que los intentos de reconquista de América por parte de España hayan sido *causa* del antihispanismo americano. No creo que el antihispanismo criollo se explique por argumentos que lo justifique moralmente; sí creo que sólo se puede justificar psicológicamente, como un hecho del carácter.

Ah, se dirá, ya lo apunta Luis Alberto Sánchez. Las dos Españas. Pero Américo Castro niega que haya dos Españas. Y yo también. Y aun me atrevería a decir que el mismo Luis Alberto Sánchez no cree, vamos, así, a pies juntillas, en su tesis de las dos Españas, y que sólo le hace valer impulsado por su cortesía y su buen corazón para con sus lectores españoles. No. No hay dos Españas. No hay más que una.

Lo que ocurre es que el ser español tiene forma de Y. Del mismo tronco parten dos ramas que se miran como enemigas sin darse cuenta de su unidad en lo hondo. Cortés y Las Casas son idénticos: fraile armado el uno; conquistador a lo divino el otro. Y ambos magníficos ejemplares de Don Quijote, Don Juan, Don Yo. Y esta España única aunque proteica es la que se injerta en Indoamérica (es

decir en la América prehispánica) para dar la Hispanoamérica actual.

Por eso precisamente es por lo que hay en la historia de las naciones hispanoamericanas tantos rasgos de esa España "fascista", "reaccionaria" y "borbónica" que repugna a Luis Alberto Sánchez. Pues qué, ¿acaso esperó Rosas a que naciera Franco? ¿O Juan Vicente Gómez? Y, en último término, si hubiera habido dos Españas, ¿a cuál atribuir Emparán y Bolívar? ¿No es Emparán un liberal y no es Bolívar un dictador? Quien niegue que Bolívar dictador en Bogotá se parecía más a Franco que a Lincoln no sabe historia.

¿Qué duda cabe de que Bolívar también llevaba dentro un Lincoln? Pero en él, Lincoln era un ensueño y Franco una realidad; libertador por fantasía e ideología, dictador por temperamento y necesidad, Bolívar es el americano más vigorosamente español que la historia ha producido, español de las dos Españas de Luis Alberto Sánchez, es decir de la única España de Américo Castro.

Habrá pues que buscar la causa del antihispanismo de los hispanoamericanos que lo sienten en otros aspectos de la situación. Para mí hay dos. Uno es el mesticismo mismo; el otro es el separatismo.

El mestizo es un español prisionero de un indio; y un indio prisionero de un español. Esta situación crea entre las dos vertientes de su ser una tensión constante. Así se explica, dicho sea de paso, la diferencia con Portugal y con Inglaterra; porque Inglaterra aniquila a los indígenas; y Portugal, por las condiciones españolas del Brasil, construye un imperio mucho más mulato que mestizo. Añádase que, en los casos más importantes, los españoles se encuentran con naciones indias más hechas y conscientes que en el caso de ningún otro pueblo conquistador.

Esta tensión del ser mestizo puede orientarse a una u otra vertiente: si a la hispana, da los casos que tanto incomodan a Luis Alberto Sánchez de solidaridad con lo español y ensalzamiento de los valores hispanos. Por aquí se va a la hispanidad. Si la tensión mestiza se orienta por el contrario a la vertiente india, se produce el antihispanismo y como su forma positiva el indigenismo. De aquí en el ser mestizo una sensación más clara de derrota, de injusticia, de violencia hecha a la evolución histórica natural por la vertiente blanca a la vertiente india de su paisaje íntimo.

Juntándose el hambre con las ganas de comer, se injerta en el mesticismo el separatismo del español. Otra diferencia con Inglaterra y con Portugal. Inglaterra es el rebaño humano más unido que jamás conoció la historia del hombre. En su seno, el separatismo ni siquiera se concibe. En Portugal, el separatismo se satisfizo con la separación, puesto que el portugués es un español separatista; de modo que el portugués-americano ya no sentía la propensión a echarse fuera. Además, ya independiente, el Brasil constituye una masa política muy superior a la ex metrópoli; de modo que ni aun como reacción de defensa se plantea la necesidad del separatismo.

¿Qué pasa en Hispanoamérica? La geografía, la psicología y la cultura conspiran contra la unidad. Cada forma natural sirve de vaso a una nación distinta, halla ambiciosos separatistas distintos y una universidad a cuyo calor cultural crece y florece un patriotismo distinto. De aquí veinte naciones, cada una de las cuales ve en la todavía grande, todavía fuerte España, una fuente de peligro para su propia independencia. El separatismo espontáneo y nativo se justifica pues como reacción defensiva natural.

Este complejo es irracional (lo que no quiere decir que sea condenable). Así se explican algunas de sus manifestaciones que son separatismo puro sin mezcla de lógica o razón, como el escribir *inkaiko* y *kolla*, por *incaico* y *colla*; o el llamar Indoamérica a Hispanoamérica, siendo así que lo que se quiere designar no tiene más unidad que la de su común hispanismo. En la fórmula de Haya de la Torre que cita Luis Alberto Sánchez, "Indoamérica igual libertad", la palabra libertad figura como un ideal abstracto; pero en concreto expresa la expulsión del español por el indio, necesidad irracional en el mestizo.

Otro aspecto irracional de esta actitud es la tendencia a dejar caer en el olvido todo el inmenso amor al indio que resplandece en la conquista y europeización de América por España para hacer resaltar sólo la agresión. Así Antenor Orrego: "El ser del nuevo hombre americano irrumpe entre el orgulloso *no* de la Europa invasora y conquistadora, cargado de soberbia y de prepotencia, de insolente ensimismamiento, frente al ser de la antigua América..." Pasemos por esta pintura psicológica de los conquistadores aunque tanto ignore su ingenuidad, su provincialismo cristiano, por decirlo así, su ignorancia, su asombro, con frecuencia hasta su admiración. Pero la atención inteligente y humilde de Bernardino de Sahagún, la de Motolinia y sus once compañeros, la de tantos frailes mártires de su ingenuo buen deseo, la de Vasco de Quiroga a quien los indios veneraron como un santo, la de generaciones de oidores, frailes, gobernantes que abogan por el indio oprimido, y hasta la de virreyes como Monterrey a quien a su salida de Méjico siguió una multitud de indios llorando y dando voces porque se iba y los dejaba, ¿no se ha de recordar al lado de la "soberbia" e "insolencia" de los conquistadores? ¿Y dónde

hay en la historia un país que se haya consagrado con más buena fe que España al estudio de sus relaciones éticas con los naturales de sus países conquistados, y que haya insistido más en tratarlos como hombres?

Por este camino vamos al indigenismo. Fenómeno mestizo. Ya indiqué anteriormente que ni el español puro ni el indio puro cae dentro del ámbito de Hispanoamérica. El indio no es indigenista. Sólo lo es el mestizo. Recuerdo lo que antes dije para definir esta noción. Así como se puede ser mestizo siendo blanco sin gota de sangre india así se puede ser mestizo siendo indio sin gota de sangre blanca. Basta con el mestizaje ambiental o cultural. El español de España no es pues mestizo, aunque sí puede llegar a serlo después de larga residencia en América. El indio (físicamente) puro, en ciertas circunstancias favorables de aislamiento, puede sustraerse, y lo hace con frecuencia, al ambiente mestizo. A este indio el indigenismo no le dice nada.

De aquí se desprende que el indigenismo, con ser un movimiento noble y necesario en lo que tiene de redentor, presenta dos características irracionales y paradójicas: es antihispanista por resentimiento; y es hispanista por necesidad. Para muestra de antihispanismo irracional copio esta línea del artículo de Eugenio Chang Rodríguez: "El indio precolombino era más moral que el conquistador blanco." Así, sin matices. Pero cuando Ahuitzotl, uei-tlatoani del Anáhuac antes de Moctezuma, sacrifica a veinte mil víctimas para celebrar su coronación, y se las come el pueblo, no había indigenismo. Cuando Atahualpa se harta de degollar, ahorcar y exterminar incas ("y aunque pudieron acabarla en más breve tiempo, no quisieron por tener en quien ejercitar su crueldad con mayor gusto" dice el Inca Garcilaso), no había indigenismo; ni tampoco cuando Rumiñavi enterró vivas a

todas las escogidas de un convento inca de Quito; y cuando los caciques del valle de Bogotá se construían sus casas hundiendo en el suelo para cimiento de sus pilares cuatro doncellas vivas, no había indigenismo. Y no sigo porque falta papel.

En cuanto a la índole hispanista del indigenismo, ¿cómo no lo va a ser si es mestizo? Lo primero que hay que hacer para dignificar al indio es amestizarlo moral y culturalmente, es decir, hispanizarlo. No es que queramos porque no queramos. Es que las cosas vienen así.

Y volvemos a la tesis de Orrego. América no será ni india ni hispana: será universal. Aplaudo. Pero observo que no se puede ser así universal en abstracto. Hay que serlo en concreto. El japonés, el alemán y el peruano no pueden llegar a la universalidad por el mismo camino. Hispanoamérica tiene que llegar a lo universal por lo hispano, o si no, tiene que disolverse como tal Hispanoamérica y aspirar a lo universal en orden disperso. Pero si va a ello unida, su único lazo de unión es lo hispano. Lo indio no, porque lo "indio", así en general, no existe. Sólo existen familias de tribus de origen y parentesco todavía dudosos, cuya coordinación es objeto de estudio científico, pero no sujeto histórico ni sociológico ni político. Los distintos indios que hay en América no se conocen mutuamente más que en cuanto se amestizan, es decir, se hispanizan.

Por otra parte, ese mismo anhelo de universalidad que con tanta elocuencia dicta Orrego como meta de América, ¿de dónde le viene? No ciertamente del indio precolombino, que jamás alcanzó la universalidad, sino del español. Fuerte en el yo y en el universo, el español es flojo en todo lo que queda entre estos dos polos. Orrego es universalista como hispano. Y toda la cultura que los españoles trajeron a las Indias fue universal, que no nacional. En las

universidades, se leía a Terencio y a Cicerón, no a Lope ni a Mariana. Universal, no nacional fue el sello que España dejó en Hispanoamérica.

Vayamos pues a la universalidad. Pero convendrá limpiar de malezas el camino; reconocer que "hispanidad" e "indigenismo" sirven a veces de exutorios a sendas opuestas tensiones de un mismo mesticismo; y purificar ambas, la una de su ilusión hispanófila y la otra de su resentimiento hispanófobo para mirar las cosas con perspectiva histórica y con filosofía humana. No faltarían para esta labor apoyos objetivos. Quédense para otra vez.

4. AMÉRICA Y EUROPA

Los vínculos que unen a América con Europa son tan hondos que apenas si cabe expresarlos como *relaciones* culturales. Cuatro naciones europeas nutren la cultura americana no ya en su terreno, clima, luces, sino en su savia y raíz. Portugal, España, Francia e Inglaterra son las madres de América. Y no hay "relación" cultural más honda que la de la sangre.

Ya desde sus orígenes, se manifiestan matices distintivos entre las cuatro naciones creadoras del nuevo continente humano. España busca de instinto los territorios fragosos e inaccesibles; creando así en el continente americano una imagen de su propio ser, fragoso, inaccesible y vario. Portugal crea en Brasil una imagen de su propio territorio, adosado al de España, como el del Brasil se adosa a Hispanoamérica. Francia, con ese sentido cartesiano y estratégico de las coordenadas, penetra en el territorio por las bocas de los dos grandes ríos, y funda imágenes de París, en Nueva Orleans y en Quebec. Inglaterra deja hacer a sus merca-

deres, y funda colonias prósperas de negociantes e industriales de la tierra, a imagen y semejanza de la metrópoli que se ha hecho rica con los despojos del imperio español.

Hasta aquí el terreno. En cuanto a las gentes, es sabido cómo los españoles y los portugueses mezclaron su sangre con los indígenas así como con los africanos importados como esclavos; mientras que en los territorios ocupados por los anglosajones se mantuvo con más rigidez la separación biológica y social entre los blancos y las otras dos estirpes humanas. Por otra parte, si bien en los países iberoamericanos los conquistadores, con excesiva frecuencia, despojaron a los naturales de sus tierras, subsiste la propiedad de los naturales en numerosas tierras; y, aun en aquellas que el indio pierde jurídicamente, continúa su presencia biológica. No así en los países angloamericanos, donde los naturales van siendo eliminados a medida que el blanco avanza.

Este complejo de hechos está llamado a tener consecuencias importantes en el desarrollo cultural de las dos Américas, la ibérica y la ánglica; ya que la francesa va a quedar absorbida casi del todo en el sur (Luisiana) y en una especie de margen, no sin interés, pero limitada, en el Norte (Canadá). La eliminación geográfica y biológica del indígena en la América ánglica crea en el norte una civilización emigrada pero no transplantada. Las raíces de Angloamérica las da el negro, con quien el blanco no tiene relación biológica. El blanco, desarraigado de Inglaterra, no arraiga en Angloamérica. De aquí se desprenden dos características angloamericanas: el urbanismo y la movilidad. No hay campesinos. Hay industriales, de la fábrica (obreros, ingenieros) o del campo (*farmers*). El producto es una etapa hacia el dividendo. Agotada la tierra, el *farmer* se va en busca de otra. Resurge en un mundo nuevo el nomadismo del indio norteamericano. Angloamérica vive sobre ruedas; y el

europeo que pasa por sus llanuras y ve las ciudades, cada casa colocada como sobre una bandeja, cree ver bajo la ciudad entera las ruedas que van a permitir a un tractor tirando desde las afueras llevarse todo el ajedrez de viviendas cien millas más allá.

Esta carencia de raíces y este nomadismo son los rasgos más hondos del carácter angloamericano. Los dones que vienen de la raíz —en particular la religión y la música— son negros; como tenía que ser, puesto que los negros son en Angloamérica los únicos seres humanos con raíz. La ausencia de inhibiciones, el progresismo como fe sin reservas, la cultura como educación impuesta desde arriba y no brotada desde abajo, el utilitarismo hasta en la noción de la verdad y del bien (tesis de John Dewey), el menosprecio de la tradición espontánea y natural, no sin cierto respeto intelectualista y derivado para con la tradición consciente, la vivacidad pronta a cansarse, el entusiasmo pronto a virar de rumbo, el optimismo siempre expuesto a crisis de depresión y de pánico, todos los rasgos, en fin, que el angloamericano moderno manifiesta con tanta vitalidad, se explican por ese substrato nómade y sin raíces que debe a su historia.

En los países ibéricos, el cuadro es muy otro. En primer lugar, los conquistadores españoles se encontraron en Méjico, en Perú, en Colombia, con Estados indígenas bien organizados y arraigados; y como, además, ellos arraigaron en la tierra americana a través de las dos estirpes humanas en quienes procrearon y con quienes mezclaron su sangre, los países iberoamericanos son todos países de raíz. No hay nomadismo, y la cultura no se limita a la educación intelectualista, superimpuesta desde arriba; sino que procede del suelo y del suelo sube con la savia humana.

Fundamentalmente, pues, los países iberoamericanos son injertos de Europa en América. Sea cualquiera su historia

biológica personal, todo iberoamericano, hasta el blanco absoluto, es mestizo; y la cultura de Iberoamérica, mestiza es.

Esta conclusión es tan esencial para la cultura iberoamericana como la del nomadismo y falta de arraigo lo es para la angloamericana. De ella se deducen los rasgos maestros del carácter y de la vida de Iberoamérica.

En primer lugar, su variedad. Frente a los Estados Unidos del Norte los Estados Desunidos del Sur. Así como en España se dan andaluces, extremeños, castellanos, aragoneses, valencianos, catalanes, vascos, gallegos y tantos más, así en la América hispana se dan mejicanos, guatemaltecos, peruanos, chilenos, venezolanos, colombianos, argentinos y tantos más: todos con arraigo en suelos distintos que les dan su aroma, modo de ser, ritmo y música interior, cada uno la suya y muy llena de su carácter.

Esta facultad localista de lo hispano, fuente de tantas limitaciones y flaquezas en lo político, es manantial de vida y vigor en lo espiritual.

En la América hispana, la cultura no viene de arriba, superimpuesta en forma de *educación*, como sucede en la América ánglica; viene de abajo, de la raíz. No sale ya hecha de las páginas del libro; sino que brota, balbuciente y vacilante, de los quehaceres, decires y cantares de cada cual y de cada pueblo. La variedad no es pues tan sólo (y ya es mucho) cosa de nación a nación (diferencia entre venezolano y colombiano) sino de pueblo a pueblo (mucho va de bogotano a cartagenero) y hasta de hombre a hombre.

Ahora bien, en la raíz iberoamericana están el indio y el negro. Pero el indio en muchos casos y el negro siempre, están hispanizados por tres siglos de cultura, con resultados que no cabe simplificar porque son harto complejos.

Hay regiones de indios no-hispanizados. Son zonas de aislamiento, a la vez lateral y vertical; es decir, que las colec-

tividades de este tipo no comunican ni con otras de índole análoga ni con el conjunto hispánico; porque tanto lateralmente como hacia el zenit, en busca de la expresión, se topan con lo hispánico. Estas zonas tienen su interés intrínseco, como todo lo humano, pero en el acantilado de la historia humana, que quieran que no, hacen figura de fósil. No faltan indigenistas sentimentales que ven en estas zonas una virtud especial; ni pescadores en el río revuelto de las relaciones humanas que aspiran a explotarlas para sus fines. Pero es evidente que la incorporación de estas zonas a la cultura hispánica se impone, como la única vía que tienen abierta hacia la cultura universal.

Abstracción hecha de estas curiosidades históricas, la América hispana debe a los tres siglos de cultura que recibió un conjunto de rasgos característicos. El primero, ya apuntado, es la hispanización de la raíz misma, es decir, del indio y del negro. Así lo prueban las dos manifestaciones culturales que por excelencia proceden de la raíz: la religión y la música. Única la primera, varia la segunda; y por la misma razón; por venir de España, país uno en su fe y vario en su cantar. La guitarra hispánica ha hecho florecer en nuestra América formas características como la vidalita argentina, la cueca chilena, la guajira cubana, el corrido mejicano, y así, cada país la suya.

Esta hispanización de la raíz es cosa notable y que no hay que tomar a beneficio de inventario. Revela la atención a cada hombre como hombre que llevan a América los frailes españoles. Más tarde, cuando otros pueblos toman en su mano la tarea de la colonización, lo que menos les interesa es la relación entre Dios y los naturales. No así los españoles. Para ellos era indispensable hacer de los indios hombres y de los hombres cristianos. Y si al margen de esta labor se explota abominablemente a indios, la labor en sí hispanizó

y cristianizó al indio, asimilándolo al europeo. Aun hoy, es el filipino el más europeizado de los asiáticos amarillos.

Por paradójico que parezca, el segundo rasgo que provoca la hispanización de la raíz es una emancipación completa del hispanoamericano para con España. Toda hispanización lleva consigo el fomento de un espíritu de independencia personal de toda guía o superioridad. Los frailes no concibieron la cultura del indio como española, sino como humana por cristiana. Los clásicos que enseñaban al indio eran Cicerón y Aristóteles, no Lope ni Suárez; y lejos de imponer la lengua española, aprendían ellos las lenguas de los naturales. No enseñaron pues a los indios a ser españoles; si los hispanizaron fue porque les enseñaron a ser más indios. Lo hispano iba en el "más".

Este "más" se añadía a lo vertical más que a lo lateral; es decir a lo espiritual más que a lo técnico. Recuérdese aquí que las culturas que los conquistadores se encontraron en América eran más bien técnicas que espirituales. Por eso perecieron tan fácilmente; porque sus técnicas no valían las europeas, ante las cuales tuvieron que ceder. Pero el verdadero triunfo de los españoles no se debió a la técnica sino al espíritu y al sexo. A la igualdad humana que inspiró su evangelización, igualdad ante el bien y ante el mal; que cristianiza por igual a blancos, negros e indios, y por igual los trata o maltrata; y a la mezcla de sangres que produce esta igualdad y que crea un *árbol de savia humana* sin corte ni interrupción desde la tierra hasta el cielo. Mientras en la América ánglica la europeización es un movimiento horizontal, en la hispánica lo es vertical. En el norte, a donde llega empuja, para ir más allá. En el sur, a donde llega arraiga y crece hacia el cielo que ilumina la tierra local. Puente y ruta en el norte ánglico, es flecha de catedral en el sur hispánico. Red de uso comunal en el norte, es conjunto de torres

señeras en el sur. De aquí la flojera política del sur; y su fuerza humana.

Añádase el efecto de tres siglos de teología. Recién conquistado, el continente se cuaja de colegios eclesiásticos y de iglesias, capillas y catedrales. Todas las universidades americanas más antiguas son hispanas. Toda la arquitectura antigua, hispana es. Toda la belleza tradicional, intensa, con carácter, se halla en las nuevas Salamancas que España injerta en los antiquísimos Cuzcos. Y en estos ambientes, ya de sí suyos e independientes, se educan en humanidades y teología generaciones sucesivas de hispanoamericanos orientados hacia arriba, hacia el espíritu, en flecha de catedral, en torre señera. Viene la secularización del siglo XIX, y esta orientación, saliendo de la iglesia al atrio, vira al humanismo y a la poesía.

Estas son las líneas generales de la situación que determina las relaciones culturales entre América y Europa. La primera ley que de ella se desprende es que la América hispana siente quizá menos la necesidad de una influencia europea que la América ánglica; precisamente porque lleva a Europa en la raíz, hasta donde Europa ha ahondado por el injerto. Como consecuencia de esta independencia relativa de Europa, la América ibérica no adolece de esa tendencia a rechazar lo europeo que a veces se observa en las zonas más susceptibles de la América ánglica, precisamente porque el angloamericano necesita más a Europa al nivel consciente. Dicho de otro modo, el iberoamericano no siente la cultura europea como extraña, sino como propia. Acepta pues aprender de Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, lo que no sabe; porque esto que no sabe no afecta a la esencia o entraña del ser, sino a su existencia o movimiento; ya que en lo esencial, el iberoamericano sabe que sabe, puesto que *es*.

De aquí el error de los extremistas del indigenismo. Este movimiento nació como reacción de una reacción. Comienzan las cosas con una denigración de las cosas de España en América, a base de Las Casas; y se forma la "leyenda negra". Por reacción surge una "leyenda blanca" en que para exaltar a España se rebaja al indio tanto como para rebajar a España se le había exaltado en la leyenda negra. Y por reacción contra esta reacción, sale el indigenismo, movimiento en gran parte distinto de la "leyenda negra" por su índole científica y seria. Esta escuela ha dado excelentes trabajos y resultados. Pero ¿no corre el riesgo de sobrepasarse al ignorar la importancia inestimable de la europeización de los indios y de su continente? Concedamos que hubiera sido mejor que incas y aztecas verificaran su evolución con arreglo a sus propias leyes en su ritmo propio; pero, puesto que vivían en un planeta separado por tan poca mar del activísimo europeo, ¿no hay que felicitarse de que hicieran su conquista los europeos más capacitados para europeizarlos, hispanizándolos?

Al poner en duda, y aun atacar esta tesis, los extremistas del indigenismo pudieran muy bien crear una frontera espiritual entre Europa y la América que hasta ahora no ha existido. Es de desear que no cuaje el intento. Porque, hasta ahora, los iberoamericanos han sido tan radicalmente europeos que no es cosa de expulsarlos de Europa para exaltar regímenes y culturas de interés puramente arcaico.

La evolución humana se sigue haciendo con normas europeas. En su esencia, dominan y es de desear que sigan dominando, esta evolución, estas dos tradiciones europeas por excelencia: la socrática y la cristiana. Hoy más que nunca, cuando ambas tradiciones se hallan amenazadas, muy especialmente en Iberoamérica, importa que la unión estrecha, determinada por la sangre y la cultura entre Iberoamérica

y Europa siga fuerte y vigorosa. Sólo así podrá evitarse que Iberoamérica recaiga de un modo permanente en sistemas políticos absolutistas que, pese a las apariencias, son la negación misma del antiguo régimen español, fundado explícitamente en el derecho, de índole socrática, y en la fe, de índole cristiana.

COSAS Y GENTES

I. BANK HOLIDAY

Salgo de casa a dar un paseo matinal por el arrabal de Oxford en que vivo. Está desierto. *Bank Holiday*. "Vacaciones de Banco", dice el inglés. Aquí "Banco" es un superlativo. Quiere decir que cuando hasta los bancos cierran, ¿qué no cerrará? En un *Bank Holiday* se paraliza la vida entera del país (salvo los transportes) y todo bicho viviente se va a otro sitio. Caso extraño el de un pueblo que se empeña en tomarse descanso y solaz todos a una, desorganizando a la vez la producción por el vacío y el asueto por la aglomeración. Los viajeros se apelotonan en las estaciones, abarrotan los trenes, ennegrecen las carreteras con coches y autobuses, saturan los hoteles, duermen a la intemperie, ocupan las playas en hileras de sillas cuatro y seis de espesor, codo a codo, se estorban, encocoran y hacen sudar unos a otros, pero como si no. Llega el *Bank Holiday* y todos a una se precipitan a gozar del ocio en común. Jaquecas y más jaquecas que se han tomado gobernantes y directores de empresa para escalonar las vacaciones, como si nada. Han de ir todos juntos. Y a los mismos sitios. Y a hacer lo mismo, lo cual significa, a no hacer nada todos de la misma manera.

Y a propósito se me había olvidado que había salido a dar un paseo por los aledaños de mi casa. Decía que el arrabal de Oxford en que vivo estaba vacío. Ni un coche. Ni un transeúnte. Todos allá, Dios sabe dónde, en alguna playa popular, sentados codo a codo mirando lo que del mar se divisa entre los colodrillos de los de la hilera que tienen

delante, y respirando el aire salino mezclado con los efluvios de las pipas de los que fuman a barlovento.

Junto a la tienda de ultramarinos, cerrada desde luego, una mujer se ha instalado en un taburete sobre la acera, con papel y carboncillos para hacer un esbozo de la acera de enfrente: la taberna y el convento de monjas. "Al menos ésta —me digo al pasar— se toma su *Bank Holiday* a su modo y manera." Aún no he terminado de desovillar mi reflexión cuando diviso en la acera de enfrente junto a la entrada de la taberna, desde luego cerrada, nada menos que cuatro artistas, dos hombres y dos mujeres, que se disponen a hacer sendos croquis de mi calle, tomando sin duda en perspectiva la Iglesia anglicana que parece una fortaleza de piedra. Sigo mi camino por la calle mayor, dando espalda a mi casa y calle; y a los seis u ocho metros me topo con otro grupo de dos artistas, ambos varones, que tienen tomada otra perspectiva; junto a la capilla bautista. Y así voy descubriendo pintores y dibujantes hasta que, cerrado el circuito de mi paseo, hallo junto a la Iglesia anglicana dos mujeres en pleno sol, una con una especie de pantalla de lámpara en la cabeza, ambas absortas en sus esbozos de la calle, por el lado opuesto, mientras enfrente, junto a otra taberna, desde luego también cerrada, otro artista trata de reproducir la iglesia misma.

¿Escuela? No. Las edades de los artistas, calculadas a ojo de buen cubero, varían de los treinta a los setenta. Entonces ¿qué? Pues lo mismo. *Bank Holiday*. El hacer las mismas cosas y en común. Lo más cierto es que se trata de alguno de esos *clubs* que pululan en Inglaterra, en este caso un club de acuarelistas o de dibujantes, con un secretario activo que organiza una excursión para ir todos a una a pintar el mismo pueblo el mismo día. Esta es la buena. Todos a una, para la acción. Para la contemplación ya es otra cosa. En este

arrabal, a tiro de piedra, hay un convento de monjas católicas, donde se dice misa pública todos los días; la iglesia parroquial, anglicana; una capilla bautista, con su órgano y todo, y hasta un estuquista que los domingos lee y comenta la Biblia en una especie de cenáculo que ha hecho en su garaje. Cada cual busca a Dios a su manera; pero si van separados al cielo, lo que es en la tierra, todos a una.

El pueblo inglés, por su fondo germánico, es mucho más gregario de lo que a primera vista parece. Porque esa primera vista se debe a que en la vida inglesa más directamente observable predomina precisamente el no gregario, es decir, el egregio. Y claro es que, por oposición a la tonalidad general del país, el egregio inglés es más singular y original; asta con ribetes de loco; como en los pueblos hispanos, de suyo indisciplinados, el egregio es más sereno, dueño de sí, morigerado. Y ¿qué duda tiene que a este contraste debe Inglaterra su estabilidad política? Buenos y aun grandes estadistas no le han faltado; pero ya quisiera yo haber visto a Lloyd George o a Churchill gobernando españoles. Escultor de pueblos, el gobernante modela con más o menos éxito según la plasticidad del pueblo que gobierna. No lo hay más plástico que el inglés. "¿Cómo?", se dice. "Pero ¿y el alemán?" Pues no, el alemán peca de demasiado fluido; como el español de demasiado seco. El pueblo inglés ha logrado una plasticidad de arcilla que debe ser pura delicia para sus gobernantes.

Clubs para todo. Plasticidad espontánea. Clubs de admiradores de Dickens, de Thackeray, de Shelley; clubs de pesca, de caza, de propietarios de loros, de jardinería, de todo aun lo más extraño y aun estrafalario. En esa sección de la prensa inglesa, la de las cartas de lectores, que es en sí una escuela de ciudadanía, no falta nunca, sobre cualquier tema que está en debate, la carta del secretario del club que se

ocupa del asunto. La colectividad inglesa posee una maravillosa densidad de tejido social. Y así se explica que necesite menos gobierno que otras.

Pero a medida que el centro de gravedad de la opinión pública va bajando de la clase media a la clase obrera parece producirse en este pueblo, antaño tan individualista, cierta tendencia al "panurgismo". El fenómeno del *Bank Holiday* que motiva estas líneas es panurgismo puro. Dos guerras han acostumbrado al país a esperar que alguien les diga a dónde hay que ir antes que nadie mueva un dedo. La cola toma aspectos de institución nacional. Se hace cola espontáneamente. Se hace cola hasta para saber qué se ha de opinar. A su vez, la burocracia se habitúa al poder que el panurgismo pone en sus manos; y una especie de mandonismo se desarrolla en los que detentan el poder como reverso o reflejo del panurgismo del pueblo. La misma tendencia a igualar los ingresos de todos, a no permitir desigualdades de fortuna, sobrepasando ya su primer impulso sano, el de suprimir la miseria, comienza a revelarse como una especie de insistencia panúrgica en obligar a cada cual a que se ponga en su sitio en la cola.

El mismo día en que observaba los artistas del club de acuarelistas gozando su ocio en común, ocurrió un incidente característico en un pueblo inglés. Había en la ciudad de Daventry un ómnibus de línea, vacío en una plaza pública con sus tablillas de dirección en regla. El conductor y la cobradora estaban ausentes. El público lo llenó en espera de que llegasen. Pero cuando llegaron los dos funcionarios del ómnibus exigieron que la gente se bajara porque el ómnibus no salía del sitio donde estaba parado sino de la vuelta de la esquina, a unos veinte metros. Los viajeros se negaron a tan absurda exigencia. Entonces el conductor se llevó el ómnibus con todos sus viajeros dentro a la comisa-

ría de policía para exponer el caso. Volvió el ómnibus a la plaza con un policía a bordo que explicó al público que tenía que bajarse. Todos se bajaron menos una inválida que se negó.

Este incidente es característico de la evolución que amenaza al mundo libre. El conductor y la cobradora no pudieron resistir la tentación más peligrosa de todas, el abuso de poder. Por el placer de gozar de su poder, obligaron a las cuarenta o cincuenta personas a bajarse, a recorrer los veinte metros que distaba el lugar de salida, y a volverse a subir, con la humillación consiguiente. El policía —cosa excepcional en país de tan admirable policía—, en vez de ponerse al lado del pueblo y del sentido común, apoyó a los tiranuelos.

Cosa grave es para el mundo que sea Inglaterra la que revela tendencias tan peligrosas para la libertad. Más de un siglo, quizá más de dos, lleva siendo para el mundo un modelo de sabiduría política. Pero de algún tiempo a esta parte su orientación política ha cambiado en un sentido nada tranquilizador. Ante el dilema que tarde o temprano se plantea —libertad o igualdad—, Inglaterra tiende cada vez más a preferir la igualdad a la libertad. Triste y lamentable elección. El mundo del hombre difiere del de las cosas en que el de las cosas se rige por la inercia, que lleva a la igualdad, mientras que el de los hombres se rige (o debe regir) por la iniciativa que vive de libertad. Tarde o temprano las cosas se nivelan. Las montañas roídas por el aire, el agua y el sol, van a nivelarse con las llanuras, y todo queda igual y muerto. Pero la vida en tanto ha pasado desde la amiba ciega y sorda que flota en el agua, hasta la cumbre del espíritu que otea la *Novena Sinfonía*. Todo en la evolución vital es fruto de selección, es decir, de elección; todo pues se debe a diferencias de calidad, libertad de elección entre

calidades, elección de la mejor. Aun dentro de la excelsa esfera en que se mueve el genio de Beethoven, como lo revelan sus cuadernos de apuntes, subsiste ese oscuro trabajo de búsqueda de lo mejor entre las diversas formas que su imaginación le presenta para tal tema o tal desarrollo. Desigualdad, selección, calidad, excelencia, son las categorías humanas, los peldaños por donde ha subido el hombre de las cavernas hasta el hombre de hoy.

Pero el hombre de hoy está en peligro de perder la fe en la innata aristocracia del espíritu humano. Por un lado, el marxismo le quiere hacer volver a la igualdad universal; por otro el rebaño tira de él hacia los días prehistóricos. Así andamos hoy dando tumbos entre un comunismo igualitario-mecánico-universal y un nacionalismo igualitario-gregario-animal. Mucho es de observar la frecuencia de las metáforas animales en los ingleses que se ocupan de política extranjera: Churchill la empleó en Yalta, refiriéndose a las grandes y las pequeñas potencias: "el águila debe dejar que los pajaritos canten sin preocuparse por qué cantan". Un ex embajador inglés la empleaba en una carta al *Times* sobre tema muy análogo, recomendando a Inglaterra (¡en estos días de bomba H!) que hiciera su política sin preocuparse de los demás porque, decía, "el elefante no se preocupa de los mosquitos". Animal la metáfora, animal el pensamiento. Entre los nacionalistas animalistas y los comunistas mecanicistas, que nos llevan a la igualdad del rebaño o a la del desierto, sostengamos pues tenazmente la libertad del espíritu.

II. LA PELOTA DE GOMA

Vino a mí el niño con la pelota de goma abollada, muy cariacontecido. No sabía todavía que las pelotas de goma se abollan; y al enterarse se creía que una persona mayor la desabollaría, y aun que consideraría el desabollar pelotas de goma ocupación bastante importante y urgente para echar a un lado el periódico que estaba leyendo. Hubo pues que interrumpir la lectura de las abolladuras de la gran pelota que es el planeta para atender a la de juguete. ¿Juguete? ¿Y cuál será más serio?, me preguntaba yo al pasar la abolladura de un hemisferio a otro del planeta..., digo, de la pelota. El caso es que los problemas internacionales de la pelota de goma no se dejaron manipular por mis inexpertas manos y que tuve que volver a las abolladuras del planeta que estaba estudiando en la prensa cuando vino a mí el niño. El cual se fue con los grandes ojos azules menos diáfanos y la boca un tantico más cruel, desengañado de la competencia de las personas mayores.

¿Cómo se las arregla la naturaleza para compensar los dones? Inocencia en los ojos. Maldad en la boca. ¿Qué clase de gente será la criatura humana que en ella parece como que se arreglan para convivir lo divino y lo diabólico? Bueno, dejemos eso y vamos a las noticias. Luego dirán que no progresamos. Hay que ver qué de conferencias internacionales; que si ONU, que si OTAN, que si UNESCO, que si FAO, que si FAI, en fin, que no quedan letras en el alfabeto: sin contar con las reuniones *ad hoc* como Bandoeng, Ginebra y aun Ginebras... y no hablemos de las reuniones y de

la correspondencia a partir un piñón entre el general Eisenhower y los jerarcas rusos que es cosa, vamos, que ni Abelardo y Eloísa, según dicen, que yo no la he visto. Dígase lo que se quiera (y yo me propongo decir mucho), todo esto demuestra una conciencia internacional cada vez mayor, una marcha segura hacia la Federación Universal de los Pueblos que terminará para siempre, etc.

Paso a otra columna y me encuentro con que la Unión Soviética realizó una expedición científica al Antárctico. Si, ha leído usted bien. Escribí *Antárctico* y no Árctico. La Unión Soviética se sabe ya el Polo Norte de memoria y ahora aspira a estudiar al Polo Sur tan científicamente que no habrá más que hablar. Échense a temblar los neozelandeses, australianos, chilenos, argentinos, ingleses y norteamericanos, amén de los noruegos, todos los cuales se dedican a estudiar el Polo Sur cada uno más científicamente que el otro. "Centinela, ¡ten conta!" cuentan en España que en Portugal canta cada hora el primer centinela de una ronda. Y el segundo, tercero, etc., cantan "Eu xa a teño". Y el último de la ronda canta: "¡Eu ainda a teño mais que tú!" Así se disponen las naciones a echar en torno al Polo Sur una ronda de expediciones científicas rivales que no le dejen al pobre Polo ni el menor secreto.

Porque no basta que el Polo tenga tal o cual temperatura, presión atmosférica o higrométrica, pájaros y peces, corrientes, hielos, montes, valles y puertos; es menester además que el Polo se lo revele a tal o cual país precisamente y no a otro, para que el tal país salga a escena y lo cuente como cosa propia y con la fachenda de un Oselito en cualquier colmado de Sevilla. Esto se podría haber llamado insensatez; pero el caso es que se llama prestigio.

Y así estamos en pleno siglo de la bomba de hidrógeno organizando una verdadera carrera de galgos de ciencia

hacia el Polo Sur; malgastando en expediciones rivales el dinero de los pobres ciudadanos que se hinchan el pecho a fuerza de prestigio todo lo que se ahuecan el estómago a fuerza de impuestos, cuando lo que la época exige es una Organización Internacional de Investigaciones Planetarias que ponga la verdadera ciencia al servicio de la verdadera investigación.

Pobre planeta. Procura quitarse la abolladura de la guerra con conferencias y más conferencias; y el prestigio de batallas y conquistas, que creía haberse curado, le sale ahora por el Himalaya o por el Polo Sur. Expulsado de los cuarteles, el nacionalismo rebrota en los laboratorios. Hasta hace un par de años, para ser gran potencia había que tener la bomba atómica, y mejor todavía la bomba de hidrógeno. Hoy ya ha subido la cuota de entrada al Club de las Grandes Potencias. Hay que decirle al portero del club cuándo se llegará a la Luna. Tamañito, el Everest. Vulgar y corriente, el Polo Sur. "¿Gran Potencia? —dice usted—. ¿Cuándo se propone aterrizar en la Luna, digo, alunizar? A ver. Hable usted. Y sepa usted que nosotros tendremos un satélite dentro de dos años." "Pues verá usted. Nosotros tenemos ya muchos satélites desde que ganamos la guerra y volvimos de Yalta." "No, si no va por ahí. No se trata de satélites con marcha internacional, sino con música celestial... un satélite astronómico, un descansillo camino de la Luna." "Pues fecha no podemos dar, pero aguarden y verán, que a nosotros, eso de los satélites..."

Espectáculo tragicómico en verdad este nacionalismo de aldea-planeta frente al proyecto ambicioso de hacer trascender al hombre su limitación terrena. La prensa de los grandes países llenando columnas con los planes lunares de unas y otras potencias para probar que ninguna iba a la zaga. Aun en una empresa tal que su base, sus medios, sus fines,

han de alcanzar forzosamente la escala planetaria, aun así, el nacionalismo provinciano domina la acción e impide la acción conjunta.

El año 1955 ha visto el eclipse de dos hombres que han sido los símbolos de uno y otro espíritu: uno eclipsado por la edad, otro por la muerte: Winston Churchill; Albert Einstein. Ambos a escala mundial por la envergadura de su visión y de sus ambiciones; el uno en la acción, el otro en el pensamiento. Pero Churchill encarna el nacionalismo; mientras que Einstein es universal.

Churchill es un gran inglés; el inglés más grande que Inglaterra haya dado de sí en mucho tiempo. Genial si el genio es intuición; potente si la potencia es voluntad; creador, si crear es transformar su ambiente con propósito a inteligencia; lleno de gracia, de ingenio, de grandeza, de generosidad, de ánimo en la adversidad, de moderación en el éxito, Churchill es un inglés capaz de abarcar y de comprender a la vez el mundo de los hombres y el hombre de carne y hueso que a su lado vive. Por esta ladera de su ser, Churchill asoma a la universalidad.

Asoma nada más. Porque en Churchill encarna también un aristócrata inglés del siglo XVIII; incrédulo, escéptico, fino, indiferente y hasta despiadado para con el sufrimiento de los hombres que no son ingleses. La divisa de la familia ducal de Marlborough, a la que pertenece, está en español, y dice FIEL PERO DESDICHADO. Nada más inexacto. El primer Duque de Marlborough, el famoso Mambrú de las canciones infantiles, fue afortunado pero infiel; y algo por el estilo podría decirse de Winston Churchill. La fortuna política le sonrió pronto, y si su país tardó en darse cuenta de su grandeza, al fin, logró llegar en vida a la cúspide de la gloria. De desdichado pues no tiene nada. Pero ¿y de fiel? Pues no

es fácil contestar a la ligera a pregunta tan delicada; pero algunos de sus sinceros admiradores no ven tan clara y transparente como quisieran su fidelidad para con la verdadera España y para con la verdadera Europa; antes bien, sospechan que entre el poder y la humanidad, Churchill irá derecho al poder. Churchill es un gran inglés. No es un grande hombre.

Einstein sí que lo es. Para la acción le sobró ingenuidad. Para el pensamiento no tuvo límites. Bajo la cabellera blanca que le aureolaba la vasta frente lucían en su rostro dos ojos angelicales. Perseguido por el nacionalismo en su forma más repugnante pasó de un país a otro hasta ir a dar a los Estados Unidos donde también le tocó luchar con formas nada elegantes del mismo mal. Dedicó lo mejor de su espíritu a la física matemática que transfiguró con su teoría de la relatividad; y, cosa singularísima, con un par de memorias breves que apenas un millar de personas eran capaces de entender, llegó a alcanzar tanta popularidad como un boxeador o una estrella de cine.

¿Por qué? Einstein llega al siglo como el tercero y último de los tres grandes profetas hebreos de nuestra era: Marx, Freud, Einstein. Tres relativistas. Marx anuncia que no hay moral universal humana, sino moral histórica, económica, y condicionada por la clase social. La gente se confunde, se preocupa, se pone en guardia contra tan atrevidas teorías. En busca de cobijo contra tamaña granizada, la gente se acoge a las dos grandes ideas de Kant: el imperativo categórico y el orden de las estrellas. Pero viene Freud y nos asegura que eso del imperativo categórico es una ilusión debida al mal carácter de nuestro padre que nos había metido el resuello en el cuerpo, y para recobrar nuestra dignidad le sublimamos las interjecciones en preceptos divinos. Así pues, en el mundo que dejan Marx y Freud, ya no hay moral

humana; sino lucha de clases y lucha de tensiones subconscientes. Ya no hay imperativo categórico sino una familia inaguantable. Ah, se dice la gente en busca de cobijo, pero quedan las estrellas. "¡Estrellas! —advierte entonces Einstein—. No se fíen ustedes de las estrellas. No hay mayores embusteras en el mundo." (Esto, dicho sea entre paréntesis, ya lo sabíamos los españoles, como lo prueba aquel dicho:

Muy fácil es el mentir,
el mentir de las estrellas,
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas.

Sólo que ya este dicho resulta atrasado puesto que nos apercibimos a ir por lo menos a la Luna, como preludio a viajes estelares.)

Einstein no aguardó a las osadías del movimiento físico y se fue a ver si mentían las estrellas en alas de la intuición; y halló que mentían, que daban el tiempo a gusto del observador. Así no hay quien dé la hora.

Y claro: el mundo se hizo relativista. Marx, Freud, Einstein. Cuando llegó Einstein, ya sus dos predecesores habían preparado el terreno para la nueva fe. Estábamos en la era de la ciencia, que la gente creía absoluta. Todo el mundo se sobrecogió al ver proclamada la relatividad hasta en la astronomía. Einstein viene a ser como el primer apóstol de la nueva iglesia, la de la relatividad; y el azar metió baza en el asunto, llamándole Ein Stein, una piedra: repitiendo el juego de palabras tradicional: *tu es Petrus.*

III. LA PETENERA

Hay una petenera que con ser perenne y sin duda vieja de muchos siglos, parece como que cobra ahora cierta actualidad; porque dice así: *Si mi madre fuera mora y yo nacido en Argel renegara de Mahoma sólo por volverte a ver.* ¿Se quiere puente más firme sobre el Estrecho? El parentesco, la convivencia entre España y los tres territorios musulmanes que le están haciendo tan duro el presente a Francia es uno de los más estrechos del mundo entre naciones de cultura distinta. La copla nos lo recuerda con esa intensidad que tienen las cosas que florecen por sí mismas. ¿A qué francés se le hubiera ocurrido jamás dispararle una saeta tan africana a la *demoiselle de ses pensées*? El África del Norte ha sido siempre en la conciencia española una presencia inmediata, algo mucho más hondo, mucho más prístino y vital que un sistema de colonias o un imperio visto y organizado por el intelecto, como lo es en Francia.

Este parentesco, esta convivencia, toma a través de los siglos formas distintas; desde las invasiones hasta las alianzas, desde la piratería hasta la trata de esclavos. Pero en las costumbres, en la experiencia, en la literatura, en el lenguaje, en la música y el vestir y el cantar, el moro no está nunca lejos. Aun hoy cuando una persona mayor quiere advertir a otra que no conviene hablar de tal asunto porque hay niños presentes, lo que dice es "Hay moros en la costa"; y cuando la madrina entrega el niño ya bautizado a la recién parida le dice: "Me diste un niño moro y te lo traigo cristiano."

España ha sido el territorio donde el Islam se enfrenta con

la Cristiandad y termina por ceder. Pero confesemos que los españoles cristianos no se dieron nunca prisa en echar a los infieles. La verdad es que lo que se ha dado en llamar la Reconquista fue más bien un período de convivencia que duró siete siglos, interrumpido de cuando en vez por brotes de guerra civil no siempre coincidentes con la guerra religiosa de que nos hablan los libros de texto. A veces ocurría que guerreaban moros y cristianos contra cristianos y moros. Y aun cuando así no fuese, la guerra no obedecía siempre a inspiración religiosa. Se trataba, para los cristianos, de ganar el pan. Así lo dice el Cid en el Poema famoso.

No esperemos de Rodrigo Díaz de Vivar el entusiasmo bélico-religioso del obispo francés Don Jerôme. Para el Cid las cosas suceden mucho más cerca de la tierra que del Cielo.

¡Grado a ti, Padre spirital!
En sus tierras somos e femosles tod mal,
bevemos so vino e comemos el so pan;
si nos çercar vienen, con derecho lo fazen.
A menos de lid aquesto nos partirá;

No se trata pues de la salvación eterna sino del pan. Minaya, el fiel segundo de la hueste del Cid lo dice bien claro:

"Si con moros non lidiáremos no nos darían del pan."

Y el mismo Cid en una escena inolvidable le expresa a las mil maravillas:

¡Grado al Criador e al Padre espirital!
Todo el bien que yo he, todo lo tengo delant:
con afán gané a Valençia, e ela por heredad,
a menos de muert no la puodo dexar;
entraré en las armas, non lo podré dexar;
mis fijas e mi mugier veerme an lidiar;
en estas tierras agenas verán las moradas cómmo se fazen,
afarto verán por los ojos cómmo se gana el pan.

Cabe suponer que, de haberse producido la contraola que era de esperar, al invadir los cristianos de España los territorios africanos del Islam se habría desarrollado otro período de convivencia con episodios intermitentes de guerra civil. Si le damos otros ocho siglos a este período, que iba a empezar en 1500, no es ni con mucho extravagante suponer que a estas fechas, en vez de estar Francia bregando con la Liga Árabe, la Liga Árabe se encontraría con tres "reinos" cristianos de habla española donde los musulmanes vivirían en perfecta armonía con los hispanoafricanos.

Pues sí, en perfecta armonía, pese a los que se empeñan en pintar al pueblo español como intransigente en materia religiosa, y nada más. Que sí que es intransigente, ¿no lo ha de ser? En las esencias. ¿Pero desde cuándo es la intransigencia incompatible con la transigencia? Lo será en una página de lógica, ¿pero en un año de vida? Las tres religiones (cristiana, islámica y mosaica) vivieron en perfecta armonía en nuestra península durante siglos enteros; porque las tres comunidades se daban cuenta de lo accesorio de sus diferencias y de lo esencial de su acuerdo. Volvamos a la petenera: el español que se imagina hijo de madre mora y nacido en Argel se dice dispuesto por su amada a renunciar a Mahoma, pero no a Alá. Lo de renunciar a Alá no se le ocurre. Quizá no sabe lo que es Alá. Porque para él ser mahometano es creer lo que Mahoma cuenta de Dios, que es poco a menos lo que de Dios cuenta San Pablo: cosas.

Cosas que estarán muy bien o muy mal, pero que no pasan de ser cosas, de las que cabe renegar, sobre Aquello de que no cabe renegar. Y de aquí el área de transigencia en torno al cogollo de intransigencia. Por eso estimo que, si la historia hubiera podido fluir de suyo, tendríamos hoy en el África del Norte un área extensa de convivencia entre moros y cristianos españoles.

Que la corriente histórica iba por ese camino es evidente. Al caer Granada, se cierra el largo período de la llamada Reconquista; y España una y completa por vez primera, se encuentra fuerte, aguerrida y llevada hacia el Islam por un impulso ocho veces secular. El Estrecho es más bien estímulo que obstáculo. Allá van los sueños de Isabel, los planes de Cisneros. En las avenidas todavía ocultas del porvenir aguardan los grandes caudillos españoles, Cortés que conquistaría a Egipto, Pizarro a Argel, Quesada a Túnez, Almagro a Marruecos, España ya dueña de Sicilia y de Nápoles, instalada en Grecia, va a fundar en las costas meridionales del Mediterráneo reinos hispanoafricanos que harán del Mar Romano un Mar Español. A eso va la historia, inevitablemente.

Contra eso surge de la multitud oscura un navegante-pirata-comerciante-soñador, casi seguramente de origen sefardí. Este iluso, asiduo lector de las Sagradas Escrituras, lee en el libros de Esdras que lo enjuto de la tierra es seis partes y la mar sólo un séptimo del total; y mediante una combinación fértil de errores que se compensan, sitúa la costa extremo oriental del Asia (que él llama la India) exactamente donde está la costa atlántica de América. Este iluso se vino a Portugal y luego a Castilla para ver de convertir a un monarca a sus lucubraciones, como en efecto lo consiguió en el caso de Isabel, que a su vez arrastró el cauto Fernando. Trabajo le costó porque las personas de buen sentido que siempre abundaron en Castilla se daban cuenta de que Cristóbal Colón disparataba. Mientras él laboraba en Castilla, su hermano Bartolomé procuraba convencer a Enrique VII de Inglaterra. Avaro, frío, Enrique no se dejó tentar. ¡Qué infortunio para España!

Allá va Colón camino del Norte, rechazado por los Reyes Católicos a causa de la soberbia exorbitante de sus pre-

tensiones. Ya lo habían rechazado antes, pero sus amigos, poderosos en la Corte, Santángel sobre todo, el sefardí que regentaba el Tesoro Real, le habían conseguido una nueva audición. No hubo manera. Intransigente y soberbio pedía el oro y el moro (otra frase de convivencia, dicho sea de paso). Los Reyes lo despiden con cajas destempladas. Ah, si entonces, en lugar de ceder a la última presión de Santángel, la Reina se mantiene firme, si Enrique VII escucha a Bartolomé, si España no descubre a América y la descubre Inglaterra, ah entonces, ¡qué historia la de España, qué distinta, qué plena y qué feliz!

Entonces no habría habido enemistad angloespañola. El Continente americano hablaría inglés. Pero España, la verdadera y completa, con Portugal y Gibraltar, se habría vertido sobre África; Méjico estaría en Egipto; la Argentina en Argelia y Perú en Marruecos; Chile en Túnez; Colombia, Venezuela, en Asia Menor. Y el esfuerzo ingente de los conquistadores se habría podido sostener a distancia de días de vela en lugar de meses.

Vanidad. ¿Cómo escribir una parahistoria? Claro. Pero este juego de imaginación no deja de ser útil y positivo. Como quien termina por conocer mejor a su patria después de un viaje por tierras de fuera, la excursión por una historia imaginada nos revela mejor los rasgos profundos de la historia real. No veamos pues tan sólo en el descubrimiento, conquista y constitución de Hispanoamérica la estampa común y corriente del conquistador, el encomendero, el minero de Potosí, el negrero de azúcar, las flotas de oro y plata; veamos también las fuerzas mayores que determinaron tan ominosa desviación de la Historia innata de España.

Todo un sector de Hispanoamérica siente en su ser todavía el resentimiento de la conquista. Pero la Conquista fue ine-

vitable. Fue un mal-bien o un bien-mal que sufrieron conjuntamente los conquistados y los conquistadores. Desviación brusca de la Historia de Incas y Aztecas, fue también desviación brusca de la historia de los españoles. A Moctezuma y a Atahualpa les quitaron sus imperios Cortés y Pizarro. A Cortés y Pizarro les quitó sus conquistas africanas Cristóbal Colón. A España le impuso el Descubrimiento una desviación histórica tal que no ha logrado rehacerse ni siquiera llegar a hacerse.

A Inglaterra le impuso el Descubrimiento por España y no por ella, una *Commonwealth* demasiado dispersa y que se le va destartalando inevitablemente. A Francia le privó el Descubrimiento de llenar plenamente sus destinos europeos; porque ni España, ocupada en África, ni Inglaterra, ocupada en América, habrían estorbado la labor verdadera de Francia, que era de dirigir la creación de Europa, y hoy se hablaría francés hasta el Elba si no hasta el Oder.

Así la historia, aun a veces en lo que tiene al parecer de más esplendoroso, se revela como una inmensa tragedia; no sólo por lo que ha sido sino por lo que no ha dejado que fuese. El español que cantaba aquella petenera no era hijo de mora. Quién sabe lo que hubiera sido de él, de España, de Europa, del mundo, si lo hubiera sido y si entonces hubiera renegado de Mahoma sólo por volver a España, no a la que es sino a la que pudo haber sido.

IV. EUROPA ENTRE EL OSO Y EL TORO

¿Dónde mejor hablar de Europa que en Aquisgrán? Sólo Roma le iguala como foco de europeidad. De Aquisgrán a Roma se orienta el eje espiritual de nuestro continente. Allá los Papas, aquí los emperadores; herederos, religiosos aquellos, políticos estos, de los Césares romanos. *Pontifex. Imperator:* ¿caben nombres más simbólicos? El que asegura las comunicaciones espirituales; el que garantiza el orden. Entre los dos, la tensión colaboradora de las dos fuerzas sociales: la libertad y el orden, cuyo equilibrio constituye la salud social. El juego de esta tensión es la esencia misma de la historia de Europa.

No hay continente ni más vario ni más uno ni más fecundo. Lleva ya siglos dirigiendo la historia humana; y por primera vez, desde hace siglos, se pregunta el mundo si va a seguir dirigiéndola. Pregunta preñada de destino. Porque su respuesta no significa tan sólo de qué tierra o de qué pueblo van a venir la propulsión y la dirección del mundo; sino qué espíritu va a inspirarla, qué camino va a seguir y hacia qué meta. Y de esta respuesta, preñada de destino, depende que Europa pueda o no resistir a los dos peligros que hoy la amenazan: el oso y el toro.

Claro que no se trata aquí de una Europa estadística, que, en tantos cientos de miles de kilómetros cuadrados mantiene a tantos cientos de millones de bocas con tantos millones de toneladas de trigo. No. Concedamos la enorme importancia del mercado único y de la defensa militar única; pero dejemos a los especialistas el estudio y comentario de estas cues-

tiones económicas y militares. Aquí vamos a tratar de una Europa esencial y más honda que la económica o la política: una Europa cuyo ser se salvará o perecerá según persevere o no siendo lo que es. Porque si Europa cesa de perseverar en su ser, ¿qué salvaríamos salvándola sino su concha vacía?

Toda intuición de Europa, de ser exacta, tendrá que contestar a esta pregunta: ¿por qué son los europeos los que han guiado la evolución humana en los últimos siglos? Y parece que la respuesta pudiera muy bien ser que Europa es el continente de la voluntad-inteligencia. Que esta afirmación es en sí exacta no cabe dudarlo. El europeo es de todos los tipos humanos aquel cuya máxima vitalidad reside precisamente en la voluntad-inteligencia. El asiático posee dones supraintelectuales que el europeo manifiesta muy escasamente; y el africano o el indígena americano le supera a su vez en la vida profunda del instinto. Pero la superioridad del europeo está precisamente en la inteligencia-voluntad, facultad de dos caras que en el europeo se equilibran. No así en el americano ánglico, en el cual suele superar la voluntad, faltándole a la inteligencia el gusto de la especulación desligada de toda acción positiva inmediata o potencial.

Los dones específicos del europeo son precisamente los más conscientes e individualizados del espíritu humano. Así se explica que el europeo sea no ya individualista sino el inventor del individualismo. Esta actitud humana comienza a despertarse en Asia y a adormecerse en los Estados Unidos. En Europa sigue vivaz, porque lo exige el carácter mismo inteligente-voluntario del europeo. Por esta misma causa el europeo es naturalmente liberal.

¿Qué es en el fondo el liberalismo? Es una tendencia a dejar que cada cual busque y halle en el conjunto social el

radio de acción personal de su naturaleza. Cada ser nace con su radio de acción natural. El del ratón no es el del gusano; el del águila no es el del tigre. En los seres humanos, los radios de acción difieren, como en los animales, no sólo en cantidad sino en calidad. El del alfarero no es el del labrador, el del minero no es el del ferroviario; ni el de Sir Winston Churchill es el de Picasso, aunque ambos sean hombres de ámbito mundial. Sólo un ambiente social inspirado en el liberalismo puede permitir a cada cual buscar y hallar su radio de acción. Como los europeos son hombres muy especialmente dotados de inteligencia-voluntad, su liberalismo es más hondo que la mera política. Es una necesidad espiritual.

Consecuencia y causa a la vez de este espíritu liberal es el sentido de calidad que caracteriza al europeo. La calidad es una síntesis de diferencias. La vista más aguda es la que posee mayor poder separador, de línea y de matiz. Así pasa con la inteligencia; que es una especie de vista suprafísica. La facultad de percibir diferencias es la primera forma de la inteligencia. El sentido de calidad que crea la síntesis de estas diferencias en el ánimo es como un precursor del pensamiento. La calidad tiene dos contrarios: la cantidad y la igualdad. Por la cantidad se va a la igualdad; por ésta se va a la cantidad. La calidad pide diferencia y distinción y tiende a la unicidad. La calidad excelsa es siempre única.

Ahora bien, la evolución física tiende a la cantidad y a la igualdad y va irremisiblemente a perderse en el desierto de arena de la uniformidad; pero la evolución vital es por esencia cualitativa y tiende a la unicidad por la calidad. La evolución física va borrando las diferencias iniciales, reduciéndolas a la uniformidad de niveles y temperaturas; la evolución vital por el contrario va acentuando las diferencias desde el liquen hasta la *Novena Sinfonía*.

Ahora comenzamos a vislumbrar por qué los europeos llevan tanto tiempo a la cabeza de la evolución histórica. Representan en efecto las tendencias cualitativas del espíritu humano: el individualismo, la diferenciación, la busca del radio de acción individual, el espíritu liberal, la calidad, la ascensión hacia lo único. De este modo se nos presenta el liberalismo como una actitud humana mucho más profunda que la mera política o que los principios del libre cambio y de la iniciativa privada; como algo consubstancial con Europa y que Europa no podría perder sin dejar de perseverar en su ser, y por lo tanto sin cesar de existir.

Esta Europa, que es la que importa, se encuentra hoy ante una doble amenaza; por un lado quiere llevársela un oso; por el otro, un toro. El oso, ya sabemos todos cómo ataca y mata: con un abrazo. Su lenguaje será pues el de la fraternidad universal. En el mundo de hoy el oso representa la cantidad y la igualdad. Nada de clases; porque quien dice clases, dice calidad, y la calidad, para el oso, es el enemigo. La primera operación de su ataque consiste en reducirlo todo a términos económicos. De este modo se borra de la vida común todo el colorido que le dan los otros aspectos no económicos y hasta antieconómicos que la hacen en Europa tan rica de matices. Se reduce todo el paisaje social a una pirámide de ingresos y gastos dócil a la estadística, y se puede preparar mejor el aplastamiento progresivo de esta pirámide para reducirla a un plano uniforme y mineral, sin resistencia orgánica vital alguna.

No vayamos a imaginarnos que este peligro está ahí fuera, en la región fría que suelen habitar los osos más o menos polares. No. La infiltración del economismo en el pensamiento europeo es ya antigua y quizá anterior a Karl Marx. El pensamiento anglosajón le ha sido siempre muy favorable;

de modo que, gracias a la excelencia de los economistas ingleses, esta tendencia natural de Inglaterra y de los Estados Unidos a pensar sociológicamente en términos económicos se ha propagado por toda Europa; y aun sin quererlo sus promotores, ha venido a preparar el terreno para la difusión del comunismo.

Porque al fin y al cabo, el comunismo es o pretende ser la conclusión lógica del economismo. Si vamos a considerar los grupos humanos —naciones o continentes— únicamente o hasta sobre todo como unidades de producción y consumo, el comunismo podría ser la mejor solución; por lo menos, las razones más profundas para rechazar el comunismo no son de índole económica, sino humana. Ante la amenaza del oso rojo, pues, el mayor peligro para Europa pudiera muy bien ser no tanto la fuerza intrínseca del oso como la propia debilidad de Europa, su secreta tendencia a dejarse llevar por el oso al desierto de arena de la uniformidad.

Vistas así las cosas, pudiera muy bien resultar que el peligro del oso fuera más terrible e inminente en los países donde el partido comunista es más flojo: en la Gran Bretaña y en los países nórdicos. Porque en estos países el Estado asistencial o *Welfare State* está habituando al pueblo a una actitud pasiva que todo lo espera de la maquinaria estatal. El ataque del oso en el terreno político, tal y como se efectúa en Francia y en Italia, acarrea con sus peligros ciertas ventajas que casi lo neutralizan: mantiene, en particular, una inquietud siempre viva que permite a la nación secretar sus anticuerpos y fortalecerse contra la epidemia. El comunismo italiano y el comunismo francés vigorizan por oposición las tendencias liberales de ambos países; mientras que en Inglaterra y en los países escandinavos, la orientación economista hacia la propiedad embota el sentido liberal y aguza las envidias y los resentimientos que piden más igualdad.

La vida de los países europeos más prósperos se deseuropeiza. Pierde calidad. Pierde matiz. El nosotros, "US", gana terreno sobre el yo, "I". Siempre tuvo el inglés cierta tendencia a lo uniforme, que se ocultaba a la observación por su misma espontaneidad. Para uniformar al francés, al alemán, al italiano, al español, hay que ponerlo en filas y comprarle un uniforme. Al inglés no hace falta uniformarlo. Se uniforma solo. Todos los estudiantes de Oxford visten igual. Todos los ingleses de cierto rango (o que aspiran a pasar por tales) visten igual para ir a las carreras de caballos. Estos trajes, establecidos por la costumbre, constituyen un uniforme sutil, adaptable y, sobre todo, espontáneo.

Este gregarismo natural del nórdico europeo convive con su tendencia individualista. Pero mientras el individualismo se alimenta de fe, de valor, de originalidad, de riesgo, el gregarismo pide protección y seguridad, así como satisfacciones materiales. Aquí comienza a ejercer su nefasta influencia el sufragio universal directo. Esta institución es europea en su espíritu e intención, pero antieuropea en sus manifestaciones y consecuencias. Es efecto natural del individualismo, puesto que tiende a asegurarle a cada individuo que se oiga su voz en la hora de las decisiones. Todo lo que no sea gobernar con el asenso de los gobernados es convertir al ciudadano en esclavo, y por lo tanto contrario al espíritu de Europa. Pero si el principio del sufragio universal directo es europeo, no lo es su aplicación, porque en su mecanismo y efectos, el sufragio universal directo es instrumento de la cantidad contra la calidad, despreciador de matices y de competencias y apoyo de la materia contra el espíritu.

El Estado asistencial es una consecuencia inevitable del sufragio universal directo. Bien es verdad que ha merecido elogios por atribuírsele la derrota del comunismo en los

países que lo han adoptado. Pero estos elogios podrían resultar prematuros. En primer lugar, no existe prueba fehaciente del hecho en sí. El comunismo no ha logrado éxito en la Gran Bretaña y en los países escandinavos; pero que ello se deba al Estado Asistencial, queda por demostrar. Además, el economismo que inspira al Estado asistencial es en sí un mal seguro. El sufragio universal directo tiende a exagerarlo. Los partidos, al disputarse en competencia los favores del cuerpo electoral, le brindan ventajas materiales tangibles. A su vez, la índole misma del sistema asistencial es de por sí cumulativa, de modo que los gastos aumentan con el tiempo, lo que lleva a la inflación. Por último, el individuo se desmoraliza, pierde la iniciativa, se habitúa a ceder libertad para ganar seguridad, y se aborreguiza: consecuencias todas favorables a la implantación del comunismo.

No se trata, claro está, de defender situaciones de diferencia inmoral e injusta como las que todavía se observan en Italia y España. De lo que se trata es de asegurar que en todo el organismo social, al aumentar la seguridad no disminuyan la libertad ni la responsabilidad de los individuos y de sus organismos espontáneos. Por una pereza natural, el socialismo, en aquellos países donde logra éxito, tiende a manifestarse en forma de socialismo de Estado. La gloria de Inglaterra fue siempre su gobierno local, así como su fecundidad para crear instituciones espontáneas y libres. En el seno de aquel pueblo, se justificaba mejor que en ningún otro el optimismo de los primeros liberales que creían que la libertad ejercida espontáneamente labora por el bien común. Un siglo de sufragio universal ha bastado para crear dentro de tan admirable colectividad una corriente centralista, un Estado absorbente, una burocracia casi absoluta, un abandono casi total de la actividad social espontánea en manos del Estado, una actitud de infantilismo a la vez con-

fiado, exigente, malhumorado y envidioso como entre los numerosos hermanos hijos de una misma madre dominadora. Esta actitud, en su esencia materialista e irresponsable, es la mejor preparación psicológica para el comunismo.

La posición crítica del proletariado, dominado por la figura de Karl Marx, se orienta tenazmente hacia el problema de la propiedad de los medios de producción. Obsesa con la idea de propiedad, no se da cuenta de que lo que importa en la propiedad es el poder.

Entre tanto, la sociedad por acciones y sus transfiguraciones proteicas disocian el poder de la propiedad; la propiedad se diluye en miles de accionistas y de obligacionistas, y el poder se queda en manos de un grupo restringido de hombres audaces y fuertes. Los socialistas siguen galopando tras la liebre de la propiedad, con gran contento del zorro del poder que desde su cueva les ve pasar sonriente; y así se llega a las famosas nacionalizaciones que otorgan la propiedad a la nación y el poder al Estado. El obrero, entre tanto, se encuentra con que sigue siendo tan proletario como antes. Sólo que antes tenía varios patronos entre quienes escoger y ahora sólo tiene al Estado. Societariamente, ha perdido. Sigue en guerra con su propia industria. Sólo puede defenderse, ya como antes por el procedimiento bárbaro de la huelga, ya por el rodeo de la vía política, pesando con su voto sobre las decisiones del gobierno.

La convergencia del sufragio universal directo con la industrialización parece augurar para Europa una evolución política hacia el socialismo. Si no surgen fuerzas o circunstancias nuevas, esta evolución la llevará hacia un totalitarismo socialista que sería muy próximo, si no idéntico, al comunismo. Es decir, Europa cesaría de existir como tal. La presión del economismo terminaría por borrar sus calidades

y equiparar sus cantidades. Para salvarse, nuestro continente tendrá que reaccionar con energía en defensa de su espíritu, volver por los fueros de la libertad y de la calidad y crear instituciones que las incorporen y garanticen. En lo político, la federación; en lo económicosocial, el gremio; en todo, la descentralización.

Pero he aquí que cuando, para salvarse del oso del comunismo va a refugiarse en la federación, Europa se topa con el toro del nacionalismo. El oso quería raptarla para llevársela al desierto; y el toro quiere raptarla para llevársela a la selva virgen. El uno la quiere retrotraer a la arena; el otro quiere que siga siendo animal.

Con el nacionalismo estamos en pleno nivel animal: leopardos, gallos, águilas de una o dos cabezas (no necesariamente de uno o dos cerebros), unicornios, leones, canguros, osos, tigres, el nacionalismo rebaja la vida humana a un parque zoológico o a una selva donde las fieras viven en alerta constante y en un ambiente de terror.

El nacionalismo es un padecimiento natural de Europa, por ser nuestro continente tan rico en variedades de cultura y ambiente local. Las costumbres, las artes, las ciudades, revelan en seguida al visitante la riqueza de una civilización cuya harmonía resulta precisamente de diferencias de calidad acusadas y maduradas por el tiempo. Las naciones europeas son pues como vasos en los que el tiempo ha ido acumulando una sabrosa crema de tradición; ambientes de cultura humana concreta que importa conservar no sólo por lo que representan como recuerdo sino por lo que auguran como esperanza.

Pero, por paradójico que parezca, esta gran riqueza europea que es su abundancia en tradiciones nacionales se halla hoy amenazada precisamente por el toro del nacionalismo.

¿Por qué el toro? Porque es un animal bravo, y poco inteligente, símbolo del sexo sin seso, de la masculinidad animal. En toda nación se da, como soporte físico de su existencia, un sentido gregario animal análogo al que congrega y segrega las bandadas de pájaros y los bancos de peces. Pero es función de la historia humana elevar al ser nacional de modo que haya menester cada vez menos del instinto defensivo animal de un rebaño de hombres. En Europa, este instinto animal es todavía fuerte, y no siempre favorable a los valores espirituales específicos del país. Recordaré aquí el poco respeto para con Goethe que imperaba en Alemania durante el auge del nacionalismo animal que fue el nazismo.

Nuestro destino como europeos depende de cómo se resuelva esta tensión entre el polo animal y el polo espiritual de nuestro nacionalismo. Pueden vislumbrarse tres soluciones. La primera sería el triunfo del nacionalismo animal. Es hasta ahora lo que parece más probable. El nacionalismo animal se traduce en la vida internacional en términos de política de poder. Es evidente que, hasta ahora, la política de poder es la que impera en el mundo.

Las consecuencias para Europa serán desastrosas. *En un mundo regido por la política de poder, Europa cesará de existir.* Su muerte es segura, aunque no es seguro su modo de morir. En primer lugar, la política de poder implica el riesgo máximo de una guerra caliente, con descarga de bombas de hidrógeno; y en tamaña catástrofe es evidente que el continente más mutilado sería el nuestro. De no haber guerra caliente, la política de poder implicaría varias circunstancias dañinas para la vida europea: primero, la continuación indefinida de la Cortina de Hierro; segundo, una paz armada, con gastos ruinosos para nuestra economía; tercero, una dispersión de esfuerzos entre las naciones europeas, que rebajaría hasta las más fuertes al papel de satélites ya de

Washington, ya de Moscú. Para hacer frente a esta situación, las naciones europeas tendrían que adoptar separadamente una política de productividad pura, y por lo tanto caer en el economismo, antesala del comunismo. Así Europa, que huyendo del oso topó con el toro, huyendo del toro caería en el oso.

Otro tanto cabe decir de la segunda solución: la Unión europea. Porque la unión europea tal y como se suele preconizar es en realidad una abjuración del nacionalismo en manos de un nacionalismo mayor; las naciones europeas dejarían de existir para crear una nación europea. Se trata de incorporar las naciones, ya excesivamente centralizadas, en una supranación que las centralizaría aun más. La mayoría de los europeístas aspira a crear un Estado europeo construido a imitación de las democracias liberales-socialistas del oeste de Europa, con una asamblea elegida por sufragio universal directo. En mi opinión, este camino lleva o al fracaso y al descrédito de una idea fecunda (que es lo más probable) o a la destrucción lenta pero segura del espíritu de Europa. Unas elecciones generales directas en un continente de tanta variedad de carácter serían el colmo de la incoherencia. Lo más seguro es que entre el esfuerzo hacia la uniformidad y las fuerzas contrífugas de la incoherencia, ganara la incoherencia. Pero si ganase la uniformidad, perdería Europa.

Queda la tercera solución. Esta solución consistiría en el triunfo del espíritu nacional sobre el cuerpo nacional, de la libertad sobre la estatificación, y de la calidad sobre la cantidad. Europa se constituiría en una federación de naciones. Es inútil intentar hacer de Europa una nación o ni siquiera un Estado como lo son Francia o Inglaterra o ni siquiera Suiza. Europa es un conjunto humano *sui generis*, cuya característica más acusada es la variedad y vigor de sus naciones. Por huir del toro nacionalista no hay que caer en

garras del oso igualitario. Por huir del oso igualitario no hay que dejarse empalar por los cuernos del toro nacionalista. Una y varia a la vez, Europa tiene que seguir siendo un racimo de naciones distintas pero unidas.

¿Iguales? Según. En espíritu, sí. En fuerza, en acción, en peso, no. Recordemos que en Europa la calidad supera a la cantidad. Si Europa fuera igualitaria dejaría de ser Europa. Pero si unas naciones europeas pretendieran abusar de su fuerza y poder para explotar a otras, también faltarían al verdadero espíritu europeo ya que sacrificarían su inteligencia a su voluntad. El europeo admitirá de buen grado diferencias entre las naciones de Europa en nombre de la libertad, que a su vez asegura a cada cual –hombre o nación– la busca y el logro de su radio de acción natural. La verdadera Europa reconocerá que las naciones no tienen todas el mismo radio de acción ni en calidad ni en magnitud; y hará que sus instituciones permitan el libre ejercicio de esta variedad.

En suma, para salvar a Europa tanto del oso como del toro, habría que adoptar a fondo el principio europeo por excelencia que es el principio federal. Federar hacia fuera de las fronteras nacionales, creando una confederación de naciones representadas por delegaciones de sus organismos políticos ya existentes, parlamentos y gobiernos; y federar hacia adentro, eliminando el sufragio universal directo y creando asambleas representativas en cada nivel geográfico: el municipio, la comarca, la región, la nación; la federación europea. De modo que cada asamblea fuera elegida por las asambleas de la unidad geopolítica inmediatamente inferior. De este modo, Europa sería en lo político una federación continental de federaciones nacionales de federaciones de municipios. El Estado no sería un bloque uniforme, sino un organismo vivo que ofrecería imágenes de sí mismo a cuatro o cinco niveles

como ámbito para radios de acción individuales y colectivos de una gran variedad de magnitudes. La libertad y la responsabilidad circularían así ampliamente por todo el organismo político de Europa; y sus instituciones arraigarían en la tierra fértil de la libertad municipal.

Estas ideas no son hoy de las que atraen a las multitudes ni tampoco a un grupo fuerte de intelectuales que adoran a los nuevos dioses estadísticos. Pero son las ideas que corresponden al verdadero espíritu de Europa. Toda vida colectiva se resuelve en un complejo de hechos comunes, asequibles a la medición, y de hechos singulares que rehuyen toda común medida. Los unos aceptan la disciplina científica y se forman en series que capta y coordina la estadística; los otros siguen esquivos a toda clasificación y medida y apenas si se dejan observar por la psicología. Bajo la presión de la técnica, la vida colectiva tiende a eliminar los hechos singulares para mejor dominar los hechos comunes. Esta tendencia en sí científica del hombre moderno se manifiesta en todo su auge en las dos grandes colectividades rivales: la Unión Soviética y los Estados Unidos. Nada semeja más el ambiente y la actitud de un ruso inteligente y moderno que la de un norteamericano moderno e inteligente. El pensamiento del uno como el del otro está impregnado de economismo de modo que todo lo miran ambos bajo el aspecto de la producción. De aquí un modo de considerar la vida que tarde o temprano tendrá que converger en ambas colectividades hacia instituciones similares.

Entre estas dos inmensas esferas de economismo, de simplificación y de conformidad, Europa está llamada a mantener su espíritu matizado, vario, libre y cualitativo. Por eso conviene no dar excesiva importancia a los argumentos estadísticos que nos invitan a fundar Europa precisamente para

competir en el campo económico con los dos colosos que a sus flancos crecen sin cesar. No. Europa ni debe ni puede proponerse rivalizar con los Estados Unidos ni con la Unión Soviética en producción ni en mercados; porque para servir un fin así tendría que someterse a la supremacía, más aun, al monopolio de lo económico; y el día en que Europa tal hiciera cesaría de ser Europa.

Purifiquemos pues el europeísmo de todos aquellos pensamientos o tendencias que, al querer salvarla, la destruirían. Ante todo no soñemos en una Europa hecha a imagen y semejanza de la Unión Soviética ni de los Estados Unidos. ¿Neutralismo? Jamás. Europeos, estamos con el occidente. Bien es verdad que hemos vislumbrado el peligro de que los Estados Unidos vayan por el economismo hacia una forma que se parezca en exceso a la forma futura de la Unión Soviética. Pero por ahora están con nosotros; y todavía se pueden salvar.

Se pueden salvar si nos salvamos nosotros. Y aquí viene quizá el aspecto más dramático implícito en nuestra actitud. En esta hora crítica para la historia de la humanidad, no se trata de salvar a Europa haciéndole seguir el ejemplo de los Estados Unidos, sino de salvar a los Estados Unidos haciendo que sigan el ejemplo de Europa. A tal fin, hay que comenzar por salvar a Europa misma haciendo que persevere en su ser. Rechazando victoriosa el oso del economismo igualitario y el toro del nacionalismo animal, Europa se salvará por su fidelidad al espíritu.

V. BAROJA, UNAMUNO Y MAEZTU

En mis tiempos de estudiante circulaba de boca en boca en París un gracioso epigrama que decía:

Bourget, Maupassant et Loti
se trouvent dans toutes les gares.
On les sert avec le rôti,
Bourget, Maupassant et Loti.
De ces auteurs soyez loti
en même temps que de cigares.
Bourget, Maupassant et Loti
se trouvent dans toutes les gares.

Andando el tiempo, sin duda me rondaba por el magín el vaivén de este *triolet* porque se me ocurrió escribir unos versos análogos sobre tres escritores nuestros. El otro día me encontré el apunte entre unos papeles amarillentos:

Baroja, Ortega y Azorín
se admiran triangularmente.
Ortega, espectador consciente,
ve en Azorín un ser... afín;
Azorín a Zalacaín
considera estupefaciente;
y Baroja en Ortega siente
la alta cultura de ultra-Rín.
Baroja, Ortega y Azorín
se admiran triangularmente.

Juegos. Meros juegos. Y con todo, a las letras pertenecen, como la espuma al mar. Enfadoso sería que todo el mar fuera espuma, pero un poco de espuma parece como que le va al mar muy bien, por serio y hondo que sea y capaz de enfa-

darse y hasta de ponerse trágico. Y ¿qué diríamos de quien alegase que la espuma es un insulto que se le hace al mar? Absurdo, ¿verdad? A buen seguro que el *triolet* sobre Bourget, Maupassant y Loti comienza por reconocer implícitamente en la mera selección de los tres nombres la talla de las tres figuras nacionales francesas antes de disponerlas en tríptico; y otro tanto haré valer sobre mi *triolet* doble que coloca en triángulo a tres grandes nombres del siglo veinte hispano. Pues qué, ¿vamos a ponernos tan serios que ni una broma nos podamos permitir unos con otros sin tirarnos con bala?

Escribiendo sobre Baroja hace pocos años en un gran diario italiano traje a cuento su nombre junto con los de Unamuno y de Maeztu para ilustrar con un apólogo ese rasgo de la gente vasca que suelo llamar su *monoideísmo*: rasgo, como casi todos los humanos, a la vez gran calidad y gran defecto. Nunca tal hiciera. Al punto, salió a la palestra un turifero del régimen y echando mano de dos mazas, una en cada mano, se dispuso heroicamente a aplastar mi espuma.

Claro que su intención era pésima. ¿Qué he de esperar yo de un servidor del régimen yugoespañol? Las ideas-mazas del macero de Yugoespaña eran: que yo denigro los prestigios nacionales escribiendo "contra" ellos en el extranjero; y que denigro a los vascos.

Mire usted qué casualidad: yo me había figurado siempre que los que estaban denigrando los prestigios y aun el prestigio de España eran los yugoespañoles como este macero del régimen. Porque en efecto, el régimen yugoespañol se funda explícita y abiertamente en que los españoles no somos capaces de gobernarnos a nosotros mismos, de modo que tenemos que ir por el mundo codeándonos tan sólo con los rusos y los chinos, los búlgaros y los rumanos, que sendos caudillos llevan por la Historia al látigo; mientras nos miran

con mal disfrazada conmiseración los pueblos libres, desde los franceses hasta los marroquíes y desde los ingleses hasta los malayos. Así pues, los yugoespañoles, es decir los españoles a gusto con el látigo, que sostienen y apoyan al régimen y ladran por defenderlo son (creía yo) los verdaderos denigradores de todo lo español, los últimos con derecho a reprocharle nada a nadie en cuanto a prestigios nacionales o prestigio nacional. Pues no señor. El equivocado era yo. Los yugoespañoles, que (con tal de seguir arruinando a su patria para engordar ellos) no vacilan en someter a España y a los españoles a la humillación de pasar por un pueblo indigno de libertad, estos yugoespañoles, jenízaros del sultán del Pardo, se erigen en guardianes de los prestigos españoles y de la dignidad de los vascos contra un servidor que según ellos los denigra. Baroja, enemigo del régimen, Maeztu a quien la muerte salvó de un seguro arrepentimiento, porque era noble, Unamuno, que murió de pena de haber apoyado el pronunciamiento, resultan ahora tres tabús que ningún español sin yugo puede comentar ni siquiera mentar sin que se alce en su defensa un mameluco del jedive del Ferrol.

¡Qué sarcasmo! Baroja, con su fobia pintoresca contra los curas, contra todos los curas, buenos y malos; Maeztu, con aquel su catolicismo, mera forma intelectual y probablemente pasajera de un espíritu cambiante; Unamuno, cuyo ser religioso calaba tanto más hondo que esta ñoña gazmoñería que hoy padece Yugoespaña, ¡convertidos en prestigios nacionales yugoespañoles! ¿Qué dirá Monseñor Pildaín que lanzó contra Unamuno su anatema por hereje? ¿Qué entenderán los yugoespañoles por "prestigios nacionales"? ¿Qué sabrán de eso cuando los están destruyendo sin darse cuenta de que lo hacen?

¿Y los vascos? Ahora resulta que soy yo quien denigra a los vascos. A ciertos vascos sí los denigraría... si no se denigra-

sen ellos mismos. Los Lequericas y los Bilbaos y los maceros del régimen y tantos otros que olvidando los verdaderos intereses del País Vasco sirven a Yugoespaña y oprimen las libertades de todos los españoles incluso la de los vascos. ¿Qué queda de la autonomía vasca en manos de los jenízaros del sultán de Yugoespaña? Pero ni aun para rechazar una agresión yugoespañola estoy dispuesto a defenderme de denigrar a los vascos. Hay defensas que ofenden.

¿Qué mejor defensa que mis actos? Mi obligación cesa cuando he dicho lo que estimo ser la verdad, ya en serio, ya en broma, y siempre con limpia intención. ¿Qué se quiere? ¿Que diga que admiro a Unamuno, a Maeztu, a Baroja? Sobre ellos he escrito, y en paz. Y me leyeron, y lo estimaron. Y otro tanto digo de los vascos. A mis libros me atengo, que no a frases sueltas, arrancadas de su contexto y mal traducidas por impericia o mala intención.

Conocí poco a Baroja. Siempre me fue antipático, pero yo creo que es precisamente la impresión que él deseaba producir; de modo que le seguía la corriente. Además, la antipatía suele ser mutua, y es casi seguro que estamos en paz. Pero si como hombre era poco atractivo, como novelista era fuerte. En otro lugar lo digo más largo.

Conocí mucho a Maeztu, el menos importante de los tres para las letras españolas; pero aun así, original como hombre y como autor. Muy histriónico, muy dado a manejar aquel vozarrón que tenía como un San Pablo embistiendo a sus oyentes con la frente vasta y noble que adornaba y agitaba a la vez una mecha negra rebelde. No coincidíamos en nada, y por eso nos veíamos tanto, sobre todo en Londres cuando, allá por el 1917, preparaba Maeztu su obra *Autoridad, Libertad y Función,* donde, a mi ver, inventa el fascismo. Escribía con vigor, y su más bella cualidad literaria quizá sea un don

de decir cosas sustanciosas de un modo sencillo pero inolvidable. En esto me recordaba a Lincoln y a Rousseau. Lo escribí así un día en un artículo y la emoción que le causó el elogio le inspiró una hermosa carta de las muchas que he perdido gracias al glorioso movimiento.

Conocí también mucho a Unamuno. Hacia 1918 comencé a publicar en la revista *España* unos *Romances de ciego* firmados con seudónimo. Unamuno, sin saber de quien eran, los recortaba, se los echaba al bolsillo y se los leía a los amigos en su largos paseos por los alrededores de Salamanca. Me enteré, le mandé todo y me hizo un primoroso prólogo para el volumen.

Pronto tuve ocasión de devolverle el servicio. Un día, presidiendo yo en Ginebra, me vino a ver uno de esos hombres originales que sólo Inglaterra parece producir. Se llamaba Crawford Flitch. Se sabía casi de memoria la obra maestra de Unamuno, *El sentimiento trágico de la vida*, que admiraba hondamente y sentía y comprendía como nadie. Me traía una traducción escrita por él en un inglés sabroso y lleno de vida, en mi sentir la mejor traducción de cualquier obra a cualquier lengua que jamás he leído. Me pedía un prólogo; y así escribí mi ensayo sobre Unamuno que circula en inglés desde 1923 y en español desde 1924.

Nos carteábamos con frecuencia; y estas cartas de Unamuno, escritas en aquella su escritura tan diminuta y puntiaguda y dominada por trazos diagonales, tan característica de su espíritu penetrante y tejido de contradicciones, estas cartas podrían haber contribuido al estudio de los "prestigios españoles" si el régimen yugoespañol no me las hubiera arrebatado ciega y estúpidamente destruyéndolas sin querer y, como todo lo que hace, a tontas y a locas.

En mi ensayo sobre Unamuno decía (en 1923-24): "Don Miguel de Unamuno es hoy la primera figura literaria de Es-

paña. Baroja podrá ganarle en variedad de experiencia externa; Azorín, en arte delicado; Ortega y Gasset, en sutileza filosófica; Ayala, en elegancia intelectual; Valle-Inclán, en gracia rítmica; y aun en vitalidad, quizá, tenga que ceder el primer lugar a ese abrumador atleta de la literatura que se llama Blasco Ibáñez. Pero Unamuno se alza sobre todos ellos por la altura de su propósito y por la seriedad y lealtad, con las que, tal Don Quijote, ha servido toda su vida a su inasequible Dulcinea. Y aun queda otra razón que explica su lugar como príncipe de las letras españolas, y es que Unamuno, por la cruz que ha querido llevar, encarna el espíritu de la España moderna. Su conflicto eterno entre la fe y la razón, entre la vida y el pensamiento, el espíritu y el intelecto, el cielo y la civilización, es el conflicto de la misma España... Así, Unamuno, que por sus cualidades y defectos literarios es el representante más genuino de la variedad masculina del genio español, resulta ser por su vida espiritual el símbolo viviente de su patria y de su tiempo. No puede darse medida más digna de su talla."

Han pasado más de treinta años y no tengo nada que quitar ni poner. Entretanto, en las postrimerías de su vida, hice lo que pude para que se le otorgara el premio Nobel de literatura al que lo creía merecedor con preferencia a los que por entonces se eligieron; y sobre ello crucé correspondencia con mi amigo Sandler, entonces Ministro de Estado de Suecia.

Puesto a citar, copiaré ahora aquí un párrafo de mi ensayo sobre este gran vasco que, como gran vasco fue gran español: "Él fue quien dijo que el vasco es el alcaloide del castellano. Verdad. Mas no completa. Más exacto sería decir 'uno de los dos alcaloides'. Porque si se analiza el carácter castellano se hallarán en él dos principios predominantes: el vasco, rico en fuerza de concentración, substancia, vigor, y el andaluz, más dotado de poder de observación, gracia, for-

ma. Son tipos socialmente opuestos. El andaluz es un pueblo que se ha asimilado muchas civilizaciones y en el que hasta los aldeanos analfabetos poseen cierta educación innata. El vasco es un pueblo primitivo, de montañeses y pescadores, en el que hasta los literatos tienen cierta rudeza aldeana que recuerda la de los buenos *tweeds* escoceses. La mezcla de estos dos elementos, la fueza del Norte con la gracia del Sur, da al castellano su admirable equilibrio y explica la grácil virilidad de hombres como Fray Luis de León y la fuerza femenina de mujeres como Isabel la Católica o Santa Teresa. Será, pues, lógico esperar en hombre tan representativo como don Miguel de Unamuno los rasgos más serios y substanciales del espíritu castellano.

"Y, ante todo, el rasgo fundamental, la concentración de toda su alma en el misterio del destino del hombre. Su actitud a este respecto es netamente castellana, más que castellana, vasca. Hay algo de la austera firmeza de Loyola en su sentimiento trágico de la vida, sentimiento sobre el cual no admite chanza, ligereza ni subterfugio. Heredero de aquellos grandes santos españoles que consagraron su vida a la exploración de los reinos de la fe, es más humano que ellos porque ha perdido el fondo firme en que aquéllos tenían su ancla segura. Y sin embargo, solo en el mundo moderno, se niega a dejarse distraer la tarea esencial del cristiano, la salvación de su alma, que, en su interpretación, significa la conquista de la inmortalidad, de su propia inmortalidad."

Tampoco aquí hay nada que cambiar. Pero ya que el azar (que azar ciego y no otra cosa es el ataque de un jenízaro yugoespañol) me induce a reunir estos tres nombres, Baroja, Maeztu, Unamuno, no resistiré a la tentación de apuntar otra de esas contradicciones o paradojas que tanto abundan cuando de españoles se trata, y sobre todo de vascos. Ya dije que Maeztu tenía un temperamento fuertemente

histriónico. Pero el caso es que Baroja, y hasta Unamuno, también solían dar a veces la impresión de estar en escena y de hablar y actuar para la galería: las "cosas" de Don Pío; la indumentaria de Unamuno... ahora bien, Baroja y Unamuno eran de una sinceridad a toda prueba; Maeztu, aun siendo hombre noble y recto, era algo actor. Pero en su fondo insobornable eran tres caballeros españoles, tres vascos, y los vascos son la gente menos dada en toda España a representar comedias. Si hay algo característico del vasco es su seriedad, su buena ley. La paradoja está no sólo en que estos tres vascos cedían a veces a la tentación de la escena, cosa que se diría antagónica a la seriedad vasca, sino en que llevaban dentro de sí mismos esta seriedad antihistriónica de su gente, porque eran tres caballeros de verdad y de la Verdad.

VI. EXPERIENCIAS COMO ESCRITOR BILINGÜE

Cincuenta y tantos años de vida bilingüe y... como cincuenta de vida trilingüe tienen que terminar por moldear el espíritu de fuera adentro. Al fin y al cabo, el espíritu moldea las lenguas de dentro a fuera y lo probable es que el proceso sea reversible. Todavía recuerdo un par de impresiones de mi niñez al primer contacto con la lengua francesa: ¿cómo era posible que *écrivains* significara *escritores* y no *escribanos*? y ¿cómo se las arreglaban los franceses para pronunciar palabras con más de un acento, como *périmètre*? Las traigo a cuento porque ponen de relieve (descontada la ingenuidad infantil) el *provincialismo* inevitable del monolingüe, y por contraste la emancipación del vocablo que ya el mero bilingüe logra. Para el monolingüe, el objeto se identifica con el vocablo que lo representa. Para el bilingüe ya es posible la liberación del objeto que puede representarse a la mente desnudo de toda vestidura verbal.

Mi primera lengua extranjera fue el francés, cuyo vocabulario se parece tanto al nuestro, que logré asimilarla sin dificultad. No sé si me di cuenta ya entonces de la rigidez de su construcción, que tanto contrasta con nuestro libre y espontáneo castellano; pero todavía recuerdo el camino que iba recorriendo hasta penetrar en su ritmo desde los pareados clásicos que asimilé inmediatamente, pasando por los versos de La Fontaine, cuya música tardé en oir lo menos un año. Poco después me deleitaba con los ritmos (entonces modernos) de Henry Régnier, y los libros de Verlaine, que iban de mano a mano, extramuros de la enseñanza oficial; por

debajo de las mesas donde reposaban Corneille y Racine.

Mis primeros versos en francés se escribieron con tiza sobre los encerados de los "estudios" del Collège Chaptal. Eran improvisaciones borradas apenas escritas. Sólo me queda un verso en la cabeza que se niega al olvido:

Enlacés comme un X deux amoureux passaient.

A veces nos entreteníamos en escribir parodias, como esta de Victor Hugo que publiqué más tarde en *Quatre espagnols à Londres:*

...et la voix d'outre tombe,
glaciale m'a dit: "Puisque tu sais, tu crois."

Car croire, c'est savoir. La foi, c'est la science.
Car l'homme vit en Dieu, Dieu dans sa conscience.
Car la raison a ce flambeau: le sentiment.
Car l'âme est un vaisseau, le coeur est sa boussole.
Car nous allons vers Dieu comme l'aiguille au pôle,
comme va la maîtresse aux bras de son amant.

Âme. Enigme éternelle et sublime. Mot sombre.
Haut sommet de lumière et précipice d'ombre.
Impénétrable tout, issu du clair néant,
est-ce que tu serais le Dieu que l'homme admire
ou le profond miroir où Jéhovah se mire
comme l'immense ciel dans l'immense Océan?

Es-tu l'éclair fuyant d'une étoile éternelle?
Es-tu de l'infini une infime parcelle
comme le grain de sable au coeur des grands déserts?
Es-tu de l'au-delà l'émissaire qui passe,
ou l'éclatant sillon que laisse dans l'espace
le redoutable bras de Dieu, fendant les airs?...

Pero ya este libro, y su versión española (*Arceval y los ingleses*) datan de la época trilingüe; porque en mis años de Escuela Politécnica, y de Escuela Superior de Minas, frecuentaba un grupo de jóvenes artistas ingleses y yanquis, y

aun viviendo en París, hablaba más inglés que francés. De esta manera llegué pronto a manejar indistintamente las tres lenguas, a escribir prosa y verso en las tres y a hablar en público en las tres sin necesidad de texto escrito.

¿En qué lengua piensa el trilingüe? En sus orígenes, cuando el pensamiento es todavía nebulosa de ensueño, no piensa en lengua alguna. Cuando el pensamiento comienza a tomar forma, escoge la lengua en que se va a expresar, aun en el silencio de la meditación. Quizá no la escoja libremente. Se dan circunstancias: la lengua en que se estaba "viviendo" antes; la lengua inherente al asunto. Por ejemplo, si está uno pensando en una conferencia prometida en París, "saldrá" la meditación en francés; si ha estado uno hablando inglés toda la mañana, habrá cierta tendencia a meditar en inglés. Personalmente tengo esta experiencia: cuando, funcionario de la Sociedad de Naciones, estaba dictando a una taquimeca en inglés y me interrumpían en español, era casi seguro que, al terminar la interrupción, siguiera dictando en francés. Parece pues, que, al menos entonces, era el francés mi lengua de reposo por decirlo así; pero pudieran darse otras dos causas circunstanciales: que la taquimeca (aunque también trilingüe) era francesa; y que el ambiente general era francés.

En mi experiencia, hay dos funciones verbales que se hacen siempre en la lengua materna; las cuentas (sumar, restar, multiplicar y dividir) y lo que llamamos en España las *palabrotas*. Dicho sea de pasada este aumentativo de palabra toma esa forma y no otra por atracción de la idea de *brotar*, porque salen a borbotones de la boca del colérico. Y también de pasada diré que las palabrotas españolas difieren de las extranjeras como la moneda oro de la moneda papel. La espontaneidad de la palabrota exige la lengua natal; y en caso de duda sobre cuál es la lengua natal de un poli-

lingüe, basta con hacerle que monte en cólera y oírle despotricar.

La lengua en que se está pensando parece siempre la más rica. Cuántas veces me ha ocurrido pensar que tal o cual de mis tres lenguas carecía de tal o cual vocablo; siendo así que el tal vocablo existía pero no se me ocurría por estar inmerso al momento en otra lengua. Por eso creo que cuanto mejor se conoce una lengua, más difícil es traducirla improvisando, porque se entra más adentro en el texto y es más difícil salirse de él.

Llega un momento en que el conocimiento de una lengua pasa a ser convivencia en el cual la asimilación es casi completa. (No creo que llegue nunca a ser completa sin casi más que en el caso de las lenguas natales o aprendidas en la más tierna infancia.) Quiere esto decir que el ritmo del lenguaje forma ya parte del ritmo del ser. Entonces se escribe prosa o verso de un modo espontáneo y natural y no al modo de un traductor (por bueno que sea). ¿En qué lengua? Volvamos a lo que antes dije sobre la lengua en que se piensa. Hay obras cuya lengua cabe escoger; otras que imponen su lengua. En el primer caso, mandarán razones circunstanciales, utilitarias o no. Por ejemplo, la lengua original de *Ingleses, franceses, españoles* fue el inglés en su primera parte, el francés en dos capítulos de la segunda y el español para el resto, por razones utilitarias. En mis libros históricos escogí el inglés por creer que así me disciplinaría mejor y haría más objetiva mi obra. Pero en cambio tengo tres obras que no sólo impusieron su lengua sino que me parecen intraducibles: *Sir Bob* sólo puede expresarse en inglés; *Le mystère de la mappemonde et du papemonde,* sólo en francés; la *Donjuanía,* sólo en español.

Dicho se está que en una vida trilingüe hay que estar constantemente traduciéndose. La traducción para el autor es

más fácil porque puede hacer de *traduttore traditore* sin que nadie se lo eche en cara. Hay cosas que "no van" en la otra lengua. Pueden abandonarse o sustituirse por equivalencias. Cuando el traducido es otro, la traición no se permite. Ya hace muchos años me dediqué a traducir al español ciertos poetas ingleses. *Sonetos* de Shakespeare, una *Oda* de Shelley, el armonioso *Lycidas* de Milton, un *Soneto* de Wordsworth, cosas de Byron, Burns y otros, entre ellos un maravilloso poema anónimo del siglo XVI. En época más reciente, he traducido el *Hamlet* de Shakespeare, obra de gran dificultad, no tanto por sus momentos cumbres donde el español siempre rinde, sino por la fuerte tendencia al retruécano que distingue a Shakespeare. Los hace a veces en series, casi en cascadas. Doy como ejemplo este que logré trasladar al español en toda su exuberancia:

OFELIA: *De algún tiempo a esta parte,*
Hamlet, señor, me viene dando prendas
de afecto.

POLONIO: *—¡Afecto! ¡Vaya! ¡Qué mozuela!*
Pues sí que eres tú niña de la escuela
bisoña en un suceso
tan peligroso. ¿Y crees tú en sus... prendas
como las llamas?

OFELIA: *—Yo, señor, confieso*
que no sé qué pensar.

POLONIO: *—Pues con que atiendas,*
yo te lo he de decir, para que aprendas.
Tente por criatura sin cautela
si por oro de ley aceptas prendas
que no lo son. Aprende a tomar prendas,
y (para no trocar tan mal retruécano)
no te prendes por prendas.

En el año 1947, a petición de la BBC hice para su Tercer Programa una traducción en verso blanco inglés de la *Numancia* de Cervantes. A petición de mi amigo el compositor Henry Barraud, escribí en verso francés un libreto sobre *Numancia* para su ópera que tanto éxito ha tenido en la Ópera de París. Pero en este caso, como ya había condensado bastante la *Numancia* cervantina al traducirla al inglés, tomé por base mi texto inglés. Nuestro Cervantes, sin duda por su sensibilidad y fondo espiritual el mayor poeta de España, no manejaba bien el verso y tenía que rellenar a veces para lograr la rima. (Hoy hubiera logrado mucho más éxito como poeta a causa de la mayor libertad formal de nuestros días.) Esta circunstancia me permitió condensar al traducir.

Más cercano en su cuerpo al español, la lengua francesa le es más lejana en su espíritu. Y lo contrario cabe decir del inglés. Así se echa de ver cuando se intenta traducir a una u otra lengua lo que el español tiene de más genuino que es la poesía popular. Las coplas de nuestro pueblo, en que hay maravillas dignas de los mayores poetas del mundo, "van mejor" en inglés que en francés. Sólo recuerdo una excepción. Traduciendo al francés mi *Carmen* luchaba por encontrar una versión aceptable de este joyel de nuestra poesía popular:

A mí se me da mu'poco
qu'un pájaro'n l'alamea
se pase d'un árbo'a otro.

y no me salía. Sin pensar en ello, me brotó esta transfiguración:

Le dernier de mes soucis:
qu'un oiseau de ci de là
s'envole de là de ci.

VII. REFLEXIONES SOBRE LA MEDICINA

I

La actitud general para con la medicina es escéptica. Sólo el azoramiento ante un mal grave o las aprensiones del neurasténico logran atenuar este escepticismo, en favor no de la medicina, sino del médico. Ante la agresión de la enfermedad, el enfermo y sus allegados buscan instintivamente la confianza de un aliado especializado, un apoyo moral. Lo que los novelistas llaman "la ciencia" no pasa de ser uno de los elementos constitutivos del médico, y no el esencial ni siquiera el más importante. Lo prueba la defensiva constante de la clase médica atrincherada en su ciencia, contra los curanderos, milagreros y demás taumaturgos extramuros de la facultad.

De instinto, mi actitud para con la medicina es conforme a la general. Al pararme a analizarla, observo que tiende naturalmente a expresarse en forma de adagio: *no hay medicina, no hay más que médicos.* Ahora bien, esta fórmula no es mera humorada. Encierra, por el contrario, una conclusión al problema esencial de la medicina, que a su vez depende de la manera de comprender el hombre. Si el hombre es un mero organismo biológico y la biología es reductible a leyes fisicoquímicas, es teóricamente posible una ciencia o mecánica biológica cuyas leyes rijan las del entretenimiento y conservación de los diferentes órganos y del conjunto de la máquina humana. Entonces habrá medicina y los médicos no tendrán más que conocer bien y aplicar sus leyes con

uniformidad y automatismo y sin gran necesidad de un criterio propio. Si por el contrario el hombre es ante todo un ser eminentemente vivo, siempre, en cada ejemplar, nuevo y original, fuertemente influido por sus facultades ultrafísicas —espíritu, intelecto, emociones—, un conjunto sintético sólo gobernable desde el centro, es evidente que en último término la medicina será ante todo un arte aplicado directamente al enfermo concreto. Y entonces más que medicina, lo que habrá serán médicos.

Convencido como estoy de que la verdad gira entre estos dos polos, pero con marcada aproximación al segundo, siempre he visto de instinto la relación entre el médico y el enfermo no como la relación entre el hombre de ciencia y el objeto de su estudio sino como una de las *relaciones humanas binarias de carácter íntimo*; así las de padre a hijo, marido a mujer, amigo a amigo, maestro a discípulo, confesor a penitente. Y estimo que en esta relación psíquica estriba el elemento esencial del arte de curar.

De aquí, ciertas consecuencias. La primera, que, como esta relación psíquica se da rara vez por no tener los más de los médicos tiempo ni humor para formarla, "la medicina" fracasa con lamentable frecuencia. La segunda, que los médicos buenos no son precisamente los más "científicos": antes bien, hay riesgo de que precisamente por "científicos" sean malos (pero sobre este punto tendré que volver). La tercera es que aun los médicos buenos pueden ser buenos para Juan y malos para Pedro, ya que la relación psíquica binaria depende de ambos términos. La cuarta, que a la fórmula "no hay medicina, no hay más que médicos" corresponde la fórmula "no hay enfermedad, no hay más que enfermos", fórmula que adquiere aquí un valor general psicológico aparte del clínico que le dan los homeópatas.

II

Con estos antecedentes, ya se echará de ver que mi escepticismo para con la terapéutica alopática fuese poco menos que invencible. Pero a las razones apuntadas vino a añadirse la natural desconfianza para con una ciencia tan poco científica a medida que mi propia instrucción científica se iba formando en el magnífico laboratorio educativo de Francia. Temperamento naturalmente crítico pasado al tamiz de una enseñanza matemática y fisicoquímica de admirable método y vigor, ¿cómo podría aceptar como científica, mientras la enfermedad no me anublase el cerebro, toda la faramalla empírica que se enseña bajo el merecido nombre de Materia Médica? Materia, en efecto, y sin el menor espíritu es ese repertorio de recetas sin la menor ilación de causalidad, sin la menor consideración para las incidencias de la droga, sin el menor respeto para el sentido eminentemente sintético de la naturaleza humana.

Bien es cierto que la medicina ortodoxa ha hecho y viene haciendo esfuerzos heroicos para hacerse cada vez más digna del nombre de ciencia. Pero aquí también, el camino emprendido peca precisamente porque al interpretar lo científico con un criterio estrecho y miope, la medicina moderna se aleja de la verdadera ciencia. No hay ciencia sin una relación exacta entre el observador y lo observado. Ahora bien, el objeto de la medicina científica no puede ser otro que el hombre vivo. A buen seguro que para el conocimiento del hombre vivo serán elementos útiles, materiales necesarios, los conocimientos parciales de tejidos, órganos y partes muertas; pero estos elementos de conocimiento no serán jamás el conocimiento. No hay ciencia médica que no sea la clínica, *observación directa del enfermo vivo sintético*

hecha por un hombre completo y concreto con conocimientos teóricos y prácticos suficientes y cualidades innatas y adquiridas como observador. Es evidente que, si bien para los fines de la discusión, todo médico ortodoxo estaría de acuerdo con esta tesis, demasiado evidente, la práctica muy otra lleva a erigir en ciencia médica pseudoobservaciones hechas en el ambiente artificial del laboratorio sobre pseudofenómenos parciales de la materia muerta.

Resulta pues que lo menos científico de la medicina es precisamente lo que más apariencia y aparato científico posee, y que, *stricto sensu*, es más hombre de ciencia el médico de cabecera que lleva muchos años bregando con enfermos concretos que el profesor de laboratorio que, revestido de blusa y gorra blanca, actúa de pontífice máximo en los llamados templos de la ciencia.

III

Estas pues son las dos tendencias maestras que prejuzgaban mi posición ante la medicina, al abordar por la experiencia, primero como "allegado", como enfermo después, la terapéutica homeopática. Exageradas o sistematizadas, pueden formularse por medio de los dos adagios ya citados: *no hay medicina, no hay más que médicos; no hay enfermedades, no hay más que enfermos.*

La dosis infinitesimal que tanto parece ofuscar a los profanos y aun a numerosos científicos, no fue nunca obstáculo para mi aceptación de la tesis homeopática. No sólo venía predispuesto en su favor por lo que sabía de los procesos catalíticos, de la influencia inmediata que ejercen sobre el organismo humano diferencias tan pequeñas de composición química como las que implica un cambio de agua de mesa, no sólo había observado la sensibilidad del organismo hu-

mano ante dosis infinitesimales de materia que se echa de ver en el sentido del olfato, sino que además siempre me ha parecido arbitraria la noción de tamaño normal. La dosis "normal" es la dosis acostumbrada. Los tamaños de la pulga al hipopótamo son para nosotros los tamaños normales. Pero el tamaño de Aldebarán y el del átomo de hidrógeno aunque no sean normales para nosotros lo son para la naturaleza. Y por lo tanto esta disputa sobre las dosis infinitesimales me ha parecido siempre carecer de sentido.

Lo que verdaderamente me impresionó en la homeopatía fue una teoría y una práctica: la teoría del *similia similibus curantur* y la práctica del cuadro de síntomas, analítico primero, pero sólo para llegar a una síntesis después. Aquí, al fin, creía yo encontrar dos características científicas: una hipótesis confirmada experimentalmente y una observación directa sobre el objeto concreto, el hombre vivo.

Entre estas dos características de la terapéutica homeopática existe desde luego estrecha relación. El estado morboso del enfermo se manifiesta en un cuadro de síntomas físicos y morales. Nosotros no sabemos siempre, y nunca con certeza, la causa profunda de este estado y de su cuadro de síntomas. Pero sabemos que existe en la naturaleza un principio mineral, animal o vegetal que administrado a un hombre sano produce un cuadro de síntomas idéntico. La hipótesis Hahnemaniana consiste en suponer que las altas diluciones de este principio convenientemente administradas curarán al enfermo. Esta hipótesis que vino a justificar cerca de un siglo más tarde el descubrimiento de la vacuna, se convierte en ley científica por la experimentación. De Hahnemann acá la clínica homeopática ha confirmado la genial hipótesis con un sinnúmero de experiencias que la consagran como irrebatible. La terapéutica homeopática es pues la única terapéutica científica.

No menos satisfactoria para un espíritu científico tiene que ser la práctica del cuadro de síntomas. Confieso que me causó verdadero placer intelectual verme sometido al interrogatorio vasto pero metódico e inteligente de mi médico homeópata. Mi asombro al oir preguntar detalles como los de la lateralidad de los síntomas o tendencias de carácter intelectual, no se ha borrado todavía. Frente a esta investigación científica del objeto vivo, las consultas alopáticas que antaño había padecido se me antojaban como de mera curandería.

Pero donde la homeopatía llega a sus mayores atractivos intelectuales es cuando se eleva a la concepción del tipo sintético identificado a su *similimum* o remedio óptimo que a su vez por esta identificación parece como que adquiere bulto y carácter humanos: cuando el conjunto de síntomas físicos del enfermo más su aspecto, tipo, modales, gestos, voz, medio de vida, tendencias intelectuales y emotivas permiten al experto homeópata afirmar que tal persona es un "nux vómica" y tal otra un "mercurius". Aquí la medicina homeopática llega a un sintetismo tan bello que de no hallar su sanción científica en la cura, se prestaría al reproche del poeta:

Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza.

IV

Y aquí se plantea un curioso problema de psicología colectiva. ¿Cómo es posible que, en plena época científica, sea precisamente la medicina más científica la que se vea proscrita de la enseñanza, de las corporaciones oficiales, de la consideración general?

Hay una primera explicación: "la homeopatía constituye una seria amenaza contra los intereses de la industria farmacéutica". Sin rechazarla por completo, conviene reducir esta explicación a términos razonables. En primer lugar, ¿es fundado este temor? Desde luego, la inmensa mayoría de los específicos desaparecerían si la homeopatía se generalizase. Con ello, sin embargo, saldrían ganando en dignidad los farmacéuticos a quienes el específico va reduciendo cada vez más a un papel de meros comerciantes al pormenor con notorio menoscabo de sus conocimientos técnicos y de sus diplomas. Pero además, la adopción de la homeopatía transformaría el arte de la farmacia ya que el estudio y la preparación de los remedios homeopáticos requiere un escrúpulo científico, una paciencia y una habilidad excepcionales. Con todo, aunque poco fundado, el temor puede existir. Pero es evidente que no basta para explicar el ostracismo de que es objeto la homeopatía. Pese a las apariencias, los intereses materiales no motivan con la frecuencia que se cree la conducta humana, sobre todo en materia intelectual, y puesto que de pensamiento se trata, habrá que buscar la explicación en la psicología del pensamiento mismo.

Es curioso que este ostracismo que sufre la homeopatía presente no pocas características de la posición de una herejía frente a una ortodoxia. No se arguya que estas son nociones de otra época y no de la nuestra, abierta a todas las luces. Porque la idea de que nuestra época no conoce la intolerancia es una ilusión. Toda sociedad o grupo posee una intolerancia específica que no es otra cosa que el reverso de su fe. Nuestra época se jacta de tolerante porque, heredera de una época obsesionada por los temas religiosos pero indiferente ella misma en religión, admira ingenuamente en sí misma su tolerancia religiosa, tomando por ausencia total de intolerancia lo que es tan sólo un mero desplaza-

miento como consecuencia del desplazamiento de su fe. La evolución de las ideas occidentales desde el siglo XVIII acá se orienta fatalmente del alma al cuerpo, de la otra vida a esta, de la salvación a la salud, del sacerdote al médico. Por tanto, la medicina en nuestra sociedad moderna tiende a ocupar la posición de autoridad y omnipotencia que en el siglo XVI poseía la Iglesia. Citaré entre otros ejemplos de tiranía médica ortodoxa la vacuna obligatoria que sigue siéndolo en los países de contextura mental católica (que desde luego han transferido su intolerancia de lo teológico a lo fisiológico con mayor vigor que los países de contextura protestante) aun cuando en algunas naciones (antaño herejes) como Holanda e Inglaterra se halla en entredicho y ha dejado de ser obligatoria a causa de sus peligros: asimismo la tendencia a la tiranía eugenésica que, apenas liberado el matrimonio de la férula del cura, lo colocaría bajo la del médico; la *clorificación* y en algunos casos la *iodificación*, y aun la *fluorificación* automática de las aguas potables, quieran o no los que han de beberlas, porque así lo manda algún pontífice de la ciencia médica... y obsérvese que en este caso un acto tan importante para la salud de todo un pueblo se puede tomar por la autoridad médica sin intervención alguna legislativa. ¿Para qué más ejemplos?

Sólidamente establecida como la medicina de Estado, la alopatía toma para con la homeopatía la actitud de la religión ortodoxa para con la hereje. Se le niega al hereje la entrada en la Universidad. Conozco el caso de una gran Universidad europea, quizá, al menos financieramente y en número de alumnos la más grande, que rechazó un legado importante para fundar una cátedra de terapéutica homeopática con el pretexto, por hipócrita típicamente ortodoxo, de que era incompatible con la libertad universitaria enseñar la terapéutica bajo una teoría determinada. Esta razón

que naturalmente invocaba la libertad para negarse a concederla, adquiere todo su valor cuando se tiene en cuenta que la Universidad en cuestión tenía entonces por Rector un doctor en medicina.

Este ejemplo característico bastará para fijar el sentido y la intensidad del ostracismo oficial para con la homeopatía, ciencia hereje. PERO no deja de tener interés que la herejía médica haya producido ya sobre la medicina ortodoxa una de las influencias típicas de toda herejía sobre toda ortodoxia: el estímulo a la forma interna o contrarreforma. La tendencia cada vez más fuerte en alopatía a prescindir de la droga o a no recurrir a ella más que en casos indispensables se debe sin duda en gran parte a influencia homeopática (amén de la de otras herejías como el naturismo). Obsérvese también que el campo común en que ambas medicinas, si no ambas terapéuticas, podrían coincidir es amplio, como lo eran entre el catolicismo y la reforma todo el campo de la conducta del cristiano; y sin embargo hay intolerancia médica hoy como teológica antaño.

Creo que la explicación de este interesante problema se hallará considerando la evolución de la ciencia general en su época moderna, es decir desde que de Copérnico a Descartes por Bacon, se funda la observación hasta que con Lavoisier sale la química de los milagros para entrar en los laboratorios. Por razones históricas que se justifican perfectamente, esta ciencia tenía que ser ante todo analítica, severa, casi intolerantemente analítica. Lo analítico y lo científico, categorías puramente contingentes, han pasado así por costumbre a categorías consustanciales para los hombres de ciencia. Necesidad histórica, severa disciplina para que la ciencia pudiera hacer el esfuerzo sintético, que ya va siendo necesario. Esta fuerte tendencia analítica de la ciencia invadió naturalmente a la medicina.

Ahora bien, y sin negar que en la medicina misma haya ejercido sus saludables efectos, la tendencia analítica por las razones que anteriormente he intentado exponer venía en medicina obligada a una gran discreción. *Lo científico en medicina es lo sintético*, sintético no sólo en lo físico sino como amplia síntesis que abarca también a lo ultrafísico. El aparato registrador de la ciencia médica es el propio médico. Olvidando estos hechos, y fieles a lo que noblemente interpretan como su deber de guardianes de la pureza analítica de la ciencia, los alópatas toman naturalmente una postura ortodoxa e intolerante para con una ciencia como la homeopática que profesa un punto de vista sintético.

Era natural que, precisamente por versar sobre un objeto esencialmente complejo y vivo, el hombre, la ciencia médica fuese la primera en lanzarse por el campo aventurado de la síntesis. Predestinada a esta función por su especialidad, la medicina homeopática actúa pues en la historia del pensamiento humano como la precursora de la era sintética que se avecina. Pero el precursor es el hereje. El ostracismo que hoy padece la homeopatía irá pues disminuyendo a medida que las tendencias sintéticas de la ciencia futura vayan influyendo sobre la medicina ortodoxa. No de otro modo fue cediendo la intolerancia de la teología ortodoxa con la reforma a medida que se fue generalizando la tendencia liberal antidogmática en materia religiosa.

VIII. ENSAYO SOBRE EUROPA

¿Toca Europa a su fin? Algo habrá cuando se plantea el problema. Sólo a los más lúgubres pesimistas se les hubiera ocurrido la pregunta antes de 1939. A nadie antes de 1914. Los que conocimos la Europa de principios de siglo hemos vivido una época única en la historia. Circulaba el oro por todas partes: la libra esterlina era moneda universal; y cinco países europeos —Francia, Italia, Bélgica, Suiza y Grecia, formando la llamada Unión Latina— tenían moneda común. Se viajaba de Lisboa a Estocolmo y de Dublin a Constantinopla sin papeles de identidad, y se instalaba uno donde quería sin intervención de la policía. Ni aun en los países más conservadores —con excepción de Rusia— se le hubiera pasado por las mentes al partido más reaccionario que se pudiera prender a un ciudadano más de dos o tres días sin mandato judicial.

En esta Europa libre y pacífica, prosperaban las naciones más creadoras que la historia ha conocido. ¿Que había lacras? Sin duda. ¿Dónde no las hay? ¿Cómo olvidar que en aquella Europa culta y libre, los polacos no gozaban de libertad nacional? Se daban además, períodos de crisis económica, paro, miseria. Pero eran como accesos de fiebre, limitados en el tiempo y en el espacio. El nivel general era alto, se iba elevando de año en año. Europa era en aquellos días el foco de la riqueza. Francia, Inglaterra y Alemania prestaban dinero a todo el mundo, incluso a los Estados Unidos. Europa era también el foco de la cultura. Las universidades europeas eran Mecas para los estudiantes de todo el planeta;

y las ciencias, las artes, las letras, la vida social, habían logrado un esplendor jamás visto.

¿Qué faltaba entonces a Europa? La conciencia de ser. Aquella prosperidad, aquel esplendor, en su fondo generales y europeos, no se conocían a sí mismos más que bajo sus formas nacionales. La idea de que se debieran tanto al vecino como al de casa no había germinado todavía en los europeos. La prosperidad y el progreso del francés, del inglés, del alemán, les parecían respectivamente fenómenos puramente franceses, ingleses, alemanes. Y en cuanto a su libertad, la consideraban como un hecho nacional mantenido no en colaboración con el vecino sino en contra de él y a pesar de él. Aquella Europa tan próspera y culta, no era tal Europa, sino una familia de hermanas mal avenidas, que, bajo los modales sonrientes y suaves de la paz, ocultaban y acumulaban tremendos polvorines de pasiones explosivas.

Esta situación era en sí claro mentís a la doctrina marxista que sostiene la primacía de lo económico en la historia. Porque, en efecto, hacia 1910, la línea evolutiva europea acusaba un orto de la pujanza alemana precisamente en el terreno de la técnica y de la economía. De haber seguido las cosas como iban dibujándose, Alemania hubiera llegado a alcanzar plena supremacía sobre Europa, y a través de Europa, sobre el mundo, por el mero ejercicio de las artes de la paz. Hamburgo simbolizaba entonces este ascenso de Alemania en lo económico y racional. Pero frente a Hamburgo, se alzaba Berlín: foco de lo militar e irracional. Para Berlín, la idea de que Alemania triunfara por sus hombres de negocios y por sus hombres de ciencia no era aceptable. Alemania tenía que triunfar por sus hombres de guerra. En este duelo dentro de Alemania, precursor de la guerra europea, lo que venció no fue lo racional-económico, sino lo militar-irracional.

Hagamos como Espinosa. No lloremos. No nos indignemos. Intentemos comprender. Aquella Alemania junker y militar, que de un colosal sablazo echó abajo como castillo de naipes la fábrica vistosa de la paz y de la prosperidad europeas, ¿era acaso una Brunhilda que bajaba con casco, lanza y escudo de alguna nube supraterrena? ¿Vamos también nosotros a olvidar la unidad esencial de Europa? ¿No vivía, no respiraba Alemania el ambiente europeo? ¿De dónde le venía a Alemania su apetito de poder y gloria militar, moral, colonial, imperial, sino del espectáculo de aquel poder y de aquella gloria en los países ya logrados? Cada una de las grandes naciones europeas, y aun algunas menores, en cuanto alcanza su plenitud, se lanza a la aventura imperial: así, España, Francia, Suecia, Holanda, Inglaterra; de modo que se puede dar como ley histórica que la fase de expansión imperial sigue siempre a la de plenitud nacional. De aquí que los tres países que en la primera guerra mundial asumen el papel de agresores, Alemania, Italia, Japón, sean los únicos tres pueblos que hayan logrado su plenitud nacional en el siglo XIX, los tres hacia 1870.

La guerra de 1914-18 fue en su esencia una guerra civil europea. Las grandes naciones salieron quebrantadas de modo irreparable. Ni Francia, ni Italia, ni Alemania, ni Inglaterra volvieron a ser ya en la historia lo que eran en 1914. Desapareció el oro. La libra cesó de ser moneda internacional. Las monedas de la Unión Latina se dispersaron, por depreciación de todas ellas en proporciones de la diversidad más disparatada. El pasaporte, desconocido antes de 1914, se hizo obligatorio e indispensable, con lo cual se entregaba a los gobiernos un arma formidable contra la unidad de Europa y contra la libertad de los europeos. La desunión y la desconfianza entre los pueblos de Europa aumentó.

Sólo quedaba una esperanza: la que encarnaba la Sociedad de Naciones. Pero aquel esfuerzo para elevar el debate a un plano superior fracasó. La Sociedad de Naciones debió haber sido un principio de federación, si no todavía mundial, por lo menos, europea. Los pueblos de Europa quizá lo hubieran comprendido así. Los gobiernos europeos no alcanzaron a comprenderlo. Los vencedores se empeñaron en mantener intacta la política de poder; y la gran vencida, Alemania, en vez de ir a Ginebra a exigir la aplicación del Pacto, cedió en mala hora a la tentación de imitar a los vencedores, y, en el templo de Wilson, quiso resucitar a Bismarck.

Todo esto ocurría antes de Hitler, pero preparaba el camino a Hitler. La era nazi ha sido el segundo desastre que ha hundido a Europa. El mundo contempló con asombro cómo uno de los pueblos más inteligentes del mundo se dejaba embaucar por un taumaturgo de palabra insensata e intención criminal. La evolución hacia una unidad europea expresa, que ya se había esbozado aunque tímidamente bajo Briand, retrocedió espantada ante el espectáculo de una Alemania ebria de nacionalismo irracional y destructor. La gran Alemania, centro y corazón de Europa, abjura los dos valores europeos permanentes, la libertad socrática de la inteligencia, la disciplina cristiana de la voluntad, y los encierra y tortura en sus campos de concentración. Este espectáculo hunde a Europa entera en la tristeza y la angustia. Vuelve a encenderse en nuestro hogar común europeo el fuego de la guerra civil. Pero esta vez el mal es mucho mayor en lo físico y en lo moral. Las armas destructoras son mucho más potentes; la confianza ha desaparecido ante los ataques de Hitler a pequeños países deseosos de conservar estricta neutralidad. La diferencia entre el nazismo y el nacionalismo de la Alemania imperial es de naturaleza y no de gra-

do. Los militaristas e imperialistas que rodean a Guillermo II son de la misma especie que los Kitchener y los Rhodes, los Lyautey y los Delcassé. Los nazis abren un abismo entre Alemania y el resto de Europa. Como consecuencia, ni Europa ni Alemania respiran, porque Alemania sin Europa no se concibe y Europa sin Alemania tampoco.

La resurrección de Europa después de la guerra parecía pues resolverse en la resurrección de Alemania y su incorporación a Europa. Problema doble. Resurrección física. Resurrección moral. En el cuerpo de Alemania, la guerra causó mutilaciones irreparables. ¿Qué alemán, qué europeo, qué ser humano no lamentará la destrucción de Dresden? Nuestra Europa ha perdido para siempre joyas urbanas de todos sus países, volatilizadas en el crisol de sus pasiones. Nadie que haya visto las ciudades alemanas bombarbeadas se imaginará como ligera la labor de reconstrucción. Pero nadie que conozca el pueblo alemán dudará de su triunfo en este terreno. La reincorporación física de Alemania a Europa se está haciendo día a día con la mayor pujanza y la mayor eficiencia.

Queda su reincorporación moral. Ni los alemanes ni los no alemanes tienen por qué abrigar la menor duda sobre la condición de que depende el porvenir de Europa, su vida o su muerte moral: si Alemania entra plena y sinceramente en una era socrática-cristiana, de libertad de pensamiento y de disciplina de la voluntad, de igualdad sincera y sincero deseo de colaboración con las demás naciones, Europa vivirá, y, con ella, Alemania. Si Alemania recae en el militarismo nacionalista antisocrático y anticristiano, más o menos simpatizante con el nazismo, Europa se muere. Y, con ella, Alemania.

Este es el nudo de la cuestión. La historia otorga hoy a Alemania una tremenda responsabilidad. Para definirla bien, conviene primero justificar nuestro aserto. Si Alemania retrocede en su evolución a la psicología de la selva y del rebaño que le predican sus nazis impenitentes, Europa va a una tercera guerra civil, que la reducirá a cenizas. Para que no haya guerra civil, es indispensable que Alemania no la quiera. Pero para que Europa viva es menester algo más positivo. No basta que Alemania abjure la guerra. Es menester que quiera la paz. Y la paz no es un estado de mera pasividad; sino un movimiento ordenado y armónico de actividad común. En una palabra, para que Europa viva, no basta que Alemania cese de amenazarla con sus hombres de guerra; es menester que coopere a gobernarla con sus hombres de Estado, a guiarla con sus hombres de ciencia, a administrarla con sus hombres de industria. Y para todo esto, es condición indispensable que Alemania reconquiste la confianza que sus nazis le hicieron perder antaño, y sus nazis póstumos, abiertos o solapados, le impiden todavía recuperar.

No se trata sólo de la disposición de Alemania a avenirse a todos los avances de buena voluntad que se le hagan por sus vencedores de ayer; sino de su capacidad para ponerse en primera fila, si no a la cabeza, del movimiento que aspira a crear al fin una Europa verdaderamente cristiana y verdaderamente socrática, es decir, una Europa de verdad europea. Los europeos de buena voluntad que visitamos Alemania y observamos a los alemanes, deseosos y aun impacientes de verlos tomar parte activa y dirigente en este movimiento renovador de Europa, observamos con cierta inquietud la persistencia de síntomas desfavorables. Por un lado, oímos en Upsala, en 1952, a un ex dirigente del partido liberal, el doctor Middelhauve, abogar con elocuencia por el olvido del pasado: por el otro vemos a Hamburgo,

en 1953, celebrar con ostentación el aniversario de su primer bombardeo, lo que lógicamente exige recuerdo y pena por el bombardeo de Rotterdam que el doctor Middelhauve quiere que olvidemos. Por un lado, contemplamos la labor de reparación que hacen en el terreno de las ideas y los sentimientos el Presidente Heuss, y en el de la política positiva el canciller Adenauer; por el otro no falta nunca en Alemania quien nos diga "confidencialmente" que si no se hacen tales o cuales concesiones a Alemania, caerán estos gobernantes razonables y volverán los nazis. Exactamente la política de explotación del miedo que se hizo desde 1918 hasta Hitler. Y mientras tanto resurgen los nazis con su lenguaje de Neanderthal o de Cro-Magnon en pleno siglo xx.

Europa no vivirá si Alemania no se eleva a la estatura que por naturaleza le corresponde en la vida humana. Los países se hacen dignos de gobernar el mundo como los hombres a su patria; no pidiendo más sino dando más. Todo gobierno es una oligarquía; pero debe ser una aristocracia. Y lo que caracteriza y define al aristócrata (en el sentido puro de la palabra) es que asume espontáneamente más deberes que los demás. Alemania tiene que asumir deberes aristocráticos entre las naciones europeas. No puede seguir a Francia y a Inglaterra; tiene que precederlas. Por dos razones. La primera es que estas cosas no se imitan sino que se crean. La segunda es que Inglaterra y Francia entran en el movimiento evolutivo hacia una Europa mejor, cargadas con las hipotecas de sus imperios coloniales todavía a medio liquidar; mientras que Alemania es libre. Si Alemania asume esta labor con un espíritu de reajuste, para podar y tallar la pujanza y el prestigio de sus rivales de ayer, todo estará perdido; pero si se entrega a la obra con un espíritu de creación histórica, Europa vivirá.

Pero ¿y la Unión Soviética? El peligro soviético es triple: militar, ideológico, territorial. El más urgente es el militar. Hay que hacerle frente en el terreno militar. La defensa comprende tres aspectos: el del armamento, el de la economía, el de la confianza. No hace falta gastar palabras para demostrar que en todos estos aspectos, la conversión de Alemania a una política europea humana y generosa es un factor capital.

El punto de vista ideológico lleva a una conclusión idéntica. Para tener a raya al comunismo hace falta una ideología de igual o mayor densidad y amplitud. Sólo la construcción de una Europa a la vez libre y una puede elevar el tono moral del occidente al nivel que le permita resistir la presión constante y tenaz del comunismo. Si Alemania recae en su nacionalismo de rebaño, el oeste no podrá resistir la ideología comunista que sabe llevar la máscara de la universalidad.

Queda el punto de vista territorial. A cualquiera se le alcanza que Alemania no puede tolerar el verse partida en dos más que por dos razones de peso: falta de fuerza para reconquistar su unidad por las armas; y temor (aunque tuviera fuerza) de causar males aun mayores que su propia división. La causa de la unidad y libertad de Alemania no es sólo alemana; es europea y universal. No habrá hombre consciente y bien nacido que no la haga suya. Pero también aquí hay para los alemanes dos maneras de aspirar a la unidad de su país: la nacionalista y la humana.

Si Alemania se lanza a laborar por su unidad en plena indiferencia para con los demás países europeos que sufren tanto como ella, y aun más, bajo la bota soviética, no habrá Europa. La desconfianza, el desamor para con Alemania, que su política nacionalista del pasado causó en países como

Polonia o Checoslovaquia, seguirán envenenando el cuerpo político del Continente; y la Unión Soviética seguirá oprimiendo a las naciones hoy esclavas. Pero si Alemania concibe su unidad y su libertad como parte integrante y esencial de la unidad y de la libertad de toda Europa, el mundo podrá esperar con confianza el día de nuestra liberación de la pesadilla soviética, y del resurgir de Europa entera.

En suma, a la pregunta: ¿toca Europa a su fin?, no hay más que una respuesta: el porvenir de Europa depende de Alemania. Si la evolución humana hacia un tipo de hombre menos esclavo de la sangre y de la tierra, más libre en su espíritu, se revela bastante adelantada en el país que por naturaleza es centro y corazón de Europa, comienza para Europa una era de paz, prosperidad y dignidad nunca igualada. Si la evolución fracasa, y Alemania recae bajo el dominio de tipos humanos retrasados ya, casi fósiles, como sus nazis y militaristas, Europa morirá, en su espíritu primero, y luego, totalmente, en su economía.

Esta conclusión en sí, mide la grandeza potencial de Alemania. De Alemania depende que esta grandeza se realice para bien de Europa y del mundo.

ÍNDICE

Presente y porvenir de Hispanoamérica

I. La familia hispana en la familia universal 9

1. Planteamiento del problema 9
2. Lo hispano 18
3. Lo español 24
4. Integración e inmigración 34

II. Ilustraciones 46

1. Don Yo 46
2. El país que vale un Perú 54
3. Hispanidad e indigenismo 61
4. América y Europa 69

Cosas y Gentes

I. *Bank Holiday* 81
II. La pelota de goma 87
III. La petenera 93
IV. Europa entre el oso y el toro 99
V. Baroja, Unamuno y Maeztu 113
VI. Experiencias como escritor bilingüe 121
VII. Reflexiones sobre la medicina 127
VIII. Ensayo sobre Europa 137

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA TRES DE JULIO DEL AÑO MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A., CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.

DATE DUE

JAN 5 1970			
DEC 15 1969 9			
GAYLORD			PRINTED IN U.S.A.